

Devuélveme la Alegría
En los alrededores del misterio del mal

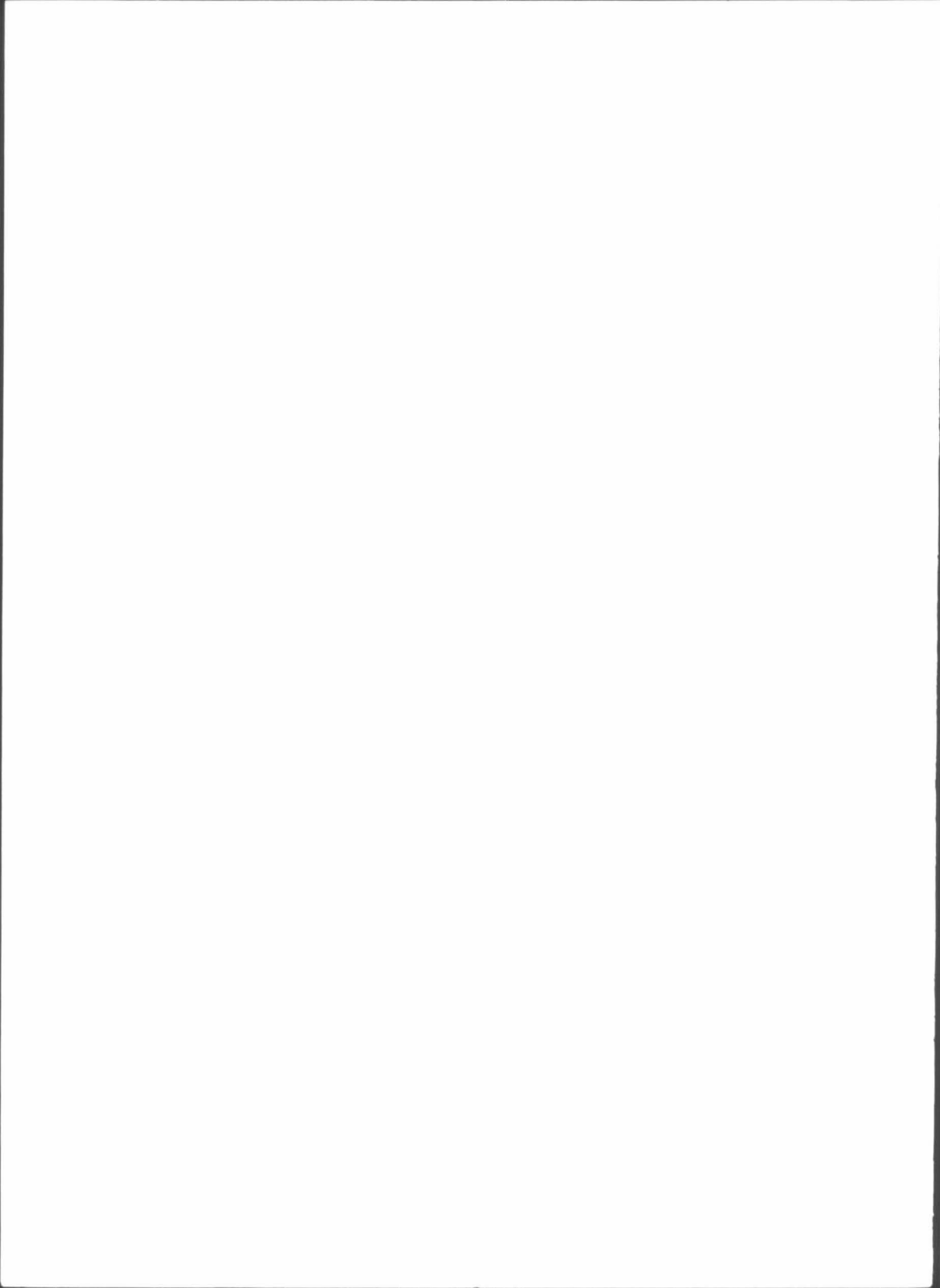


Juan Jesús Priego

Universidad Autónoma de San Luis Potosí
San Luis Potosí, S.L.P., México, 2001

Devuélveme la alegría
En los alrededores del misterio del mal

Juan Jesús Priego



Devuélveme la alegría

En los alrededores
del misterio del mal

Juan Jesús Priego

Universidad Autónoma de San Luis Potosí

San Luis Potosí, S.L.P., México, 2001

Este librito no habría visto la luz si el Mtro. *Ricardo García López*, Profesor investigador de la Facultad de Derecho de la UASLP y Director del Archivo Histórico de San Luis Potosí, no lo hubiera tomado tan en serio y se hubiera puesto él mismo a pasar en limpio los borradores. A él mi gratitud más sincera.

Diseño y formación:

Carlos F. Lobato Moreno

Corrección de estilo:

José de Jesús Rivera Espinosa

Derechos Reservados by

© Juan Jesús Priego

© Universidad Autónoma de San Luis Potosí

ISBN 968-7674-93-8

0731-00140-A0224

Editorial Universitaria Potosina

Índice

INTRODUCCIÓN	11
ADVERTENCIA	15
CAPÍTULO 1 Las quejas del hombre	19
CAPÍTULO 2 El hombre tridimensional	26
CAPÍTULO 3 La vida como molestia	31
CAPÍTULO 4 ¿No era para siempre?	38
CAPÍTULO 5 Cuando el niño cae al pozo	42
CAPÍTULO 6 ¿Por qué Dios no nos hizo superhombres?	47
CAPÍTULO 7 Vivir es despedirse	55

CAPÍTULO 8	
Me río, luego quiero vivir	61
CAPÍTULO 9	
La adoración del presente	67
CAPÍTULO 10	
"Y vio Dios que era bueno"	71
CAPÍTULO 11	
No desconocía mis huesos	78
CAPÍTULO 12	
Los cálculos de un Arzobispo	86
CAPÍTULO 13	
El escultor de sí mismo	92
CAPÍTULO 14	
"Yo te daré libro vivo"	98
CAPÍTULO 15	
Pecador me concibió mi madre	105
CAPÍTULO 16	
Cuando un niño muere, ¿Qué se puede decir?	115
CAPÍTULO 17	
"¿Por qué no has sido el que eres?"	125
CAPÍTULO 18	
Él nos devuelve la alegría	132
CAPÍTULO 19	
Amar es también dejarse amar	144

CAPÍTULO 20

Morir llenos de vida 154

CAPÍTULO 21

Dios pide perdón 161

CAPÍTULO 22

La amabilidad es una forma de justicia 166

ÚLTIMAS RECOMENDACIONES

(Para acordarse de ellas en el momento oportuno) 170

Devuélveme la alegría. En los alrededores del misterio del mal

*Devuélveme la alegría de tu salvación.
Salmo 50, 14.*

*Aún cuando un hombre sea infeliz, ¿se
puede verdaderamente decir que más le
valdría no haber nacido?*

SIMONE DE BEAUVOIR
La sangre de los otros

Introducción

Hace aproximadamente un año, no sé por qué razón, antojo o capricho, me dí a la tarea de buscar en cierta biblioteca eclesiástica las *Obras* del jesuita portugués Antonio Vieira (1608-1697). Algo me decía que cuando menos una de ellas debía andar por allí, ignorada entre los polvorientos anaqueles.

Al cabo de una semana de intensa búsqueda mi empeño se vio coronado con el éxito, cosa ésta tanto más digna de mención cuanto que muy raras veces me sucede. Mi alegría, pues, no fue de las menores cuando pude por fin tener entre mis manos un antiguo libro desempastado en el que se leía: *Aprovechar deleytando. Nveva idea de pulpito deliniada en cinco sermones varios y otros difcursos predicados por el Reverendissimo Padre Antonio Vieyra, lufitano de la compañía de IESVS. Con licencia en Zaragoza por Iuan de Ybar, en la calle de la Cuchilleria. Año 1661.*

Como la biblioteca (más bien era una bodega atestada de infolios y de otras cosas) carecía de buena iluminación, el sacerdote encargado se ofreció a prestármelo por 15 días a cambio de que le firmara una papeleta que, estaba seguro, para mañana mismo andaría ya perdida entre las diez mil carpetas y hojas sueltas que se entremezclaban en su caótico escritorio.

Le agradecí vivamente esa muestra de confianza y me despedí poniéndome a sus órdenes.

Cuando salí de aquel lugar y la luz del día cayó como una espada sobre el viejo libro, pude darme cuenta de una cosa: que el color y la consistencia de las hojas de la primera parte eran muy diferentes al color y consistencia de las hojas de la segunda. ¿Se trataba de dos obras distintas cosidas en un solo volumen? Algo así, pues el sermulario del padre Vieira había sido mutilado (llegaba hasta la página 156, cuando aún no finalizaba el quinto sermón) y le habían sido añadidas 94 páginas manuscritas con una elegante caligrafía.

Aquella misma noche me olvidé para siempre de los sermones del "reverendísimo lufitano" y me puse a leer las 94 misteriosas páginas. El autor de ellas era, según se deducía de la lectura, un clérigo acusado ante no sé qué "poderosas instancias" de su desmedida afición a las "profanas letras". A su modo, esas paginitas constituían el esbozo de un *tratado acerca del mal* que el autor no pudo concluir a causa de la prohibición de sus superiores y de su constante dolor de vientre (esos son los dos únicos ejemplos que menciona al referirse a "todos los males del terráqueo planeta").

Desde allí es dable presumir que este noble varón, temeroso de que alguien pudiera descubrir su "obrita", la hubiera escondido no debajo de su estera, sino anexándola a uno de los libros de su acaso nutrida biblioteca.

Sea ello lo que fuere, la cosa es que me ha parecido bien hacer justicia a este hombre y dar su escrito a la publicación. Para esto he suprimido muchos giros retóricos, infinidad de vanas exclamaciones (del tipo ¡ah! y ¡oh!) y más de trescientas amenazas de infierno, a la vez que me ha permitido introducir nuevos ejemplos y alguna otra cosa que consideré esencial.

No sin cierto escrúpulo he conservado su original estilo grandilocuente, y eso sólo como una especie de homenaje a nuestro desconocido autor. En cambio dejo en su sitio, aunque haciéndolo más amplio, todo el aparato bibliográfico. Respecto a esta cuestión, se excu-

sa el clérigo en la página 2 de su tratado: *Las notas que veréis al final de cada hoja no van allí para presumiros una erudición que no poseo, ni para hacer más farragosa la lectura, sino únicamente para que, caso que os dé la gana, podáis por vosotros mismos ir a profundizar en otros textos. Pensad, por ejemplo, en la misión de Juan Bautista. Este santo varón, si se me permite usar una imagen desconsiderada, no fue más que una gran nota a pie de página, pues su vida toda no tuvo otro sentido que empequeñecerse ante ese divino Alguien del que no se sentía digno de desatarle el cacle.* (Por ser yo del mismo parecer, dejo en donde estaban las famosas notas y, por supuesto, agrego muchas más).

Creo inútil aclarar que no emprendí este trabajo a falta de otra cosa mejor que hacer. ¡Dios sabe cuántas horas robé a mi sueño para poder acabarlo! Lo hice porque yo también necesitaba, como ese viejo sacerdote, exorcizar mi miedo a la muerte, al sufrimiento, al dolor; porque necesitaba comprender.

Esperando que sirva de algo, lo entrego como lo recibí, es decir, con su tono pasado de moda y su hambre de aportar alguna palabra de consuelo.

San Luis Potosí, S.L.P., febrero de 2000.

Advertencia

Esta obrita, como ya lo saben por las páginas precedentes y por el subtítulo que aparece en la portada, trata del misterio del mal.

Es una *indagación teórica* que, dicho sea de paso, no creo que vaya a servir de mucho en los momentos decisivos, cuando las cosas –y nosotros mismos con ellas –parezcan venirse abajo y hacerse añicos: jamás he visto a un hombre que, en lo más duro de la prueba, se levante de la cama como un nuevo Lázaro, arrancándose sondas y vendajes, con el único fin de aplicarse a la lectura de un libro como éste. ¡Para lo que sirven en ese momento los libros! Más bien soy de la idea de que, “cuando llega el dolor, ayuda más un poco de valor (“courage”) que un conocimiento abundante; algo de compasión humana (“simpathy”) más que un gran valor; y la más leve tintura de amor a Dios más que ninguna otra cosa”¹.

Siempre he creído que un libro acerca del mal debe leerse en tiempos no tan aciagos, es decir, cuando la realidad no aparece aun tan injuriente y nuestro corazón puede con toda calma – sin violencias excesivas – apropiarse de unas verdades que ya tendrán la oportunidad de medir su fuerza ante enemigos verdaderos.

En otras palabras, si este escrito tiene un objetivo, ese es el de crear convicciones que en el momento justo se transformen en actitudes

¹ LEWIS, C. S. *The problem of pain*. Macmillan, New York 1966, p. 10. (Trad. Cast.: *El problema del dolor*.) Rialp, Madrid 1995, p. 20.

valerosas y arriesgadas capaces de ayudarnos a soportarlo todo. Muy pobre, como ven, y muy ambicioso al mismo tiempo.

Los invito a no confundir este libro con un mero trabajo académico. Las notas a pie de página y las constantes citas de autores y nombres podrían dar la impresión de que nada hay tan alejado de la realidad como todo esto que leerán en seguida; mas si anda por allí alguna verdad, no hay que dudar que al apropiársela ésta dejará de ser una "idea" para convertirse en "vida".

Si no logro conseguir lo que me propuse al tomar la pluma, perdonenme. Les juro que lo he hecho de buena fe y con la mejor de las intenciones.

Primera parte

Capítulo 1

Las quejas del hombre

He aquí la "definición de hombre" que un niño de quinto de primaria entregó no hace mucho a su irascible maestro de ciencias naturales: "El hombre no es una cebolla".

La llevó escrita con su mejor letra y encerrada en una especie de nube hecha a este propósito con un grueso plumón azul. Para decirlo en pocas palabras, era una tarea primorosamente ejecutada la que el alumno puso en manos del profesor con la mayor de sus ilusiones. ¿Saben ustedes, sin embargo, cuál fue su calificación por este sabio trabajo? Un cinco. Así como lo oyen. ¿Creyó por ventura el maestro que se le estaba tomando el pelo? Yo, en su lugar, le habría puesto al chico un diez, pues estoy firmemente convencido de que, en efecto, "el hombre no es una cebolla"; y tan convencido estoy de este aserto que pido se lo tome inmediatamente como el primer axioma de nuestra antropología.

Pero para que no crean que busco siempre salirme con la mía, pueden cambiar la cebolla por alguna otra fruta o legumbre que sea de su mayor provecho; es más, hasta pueden cambiarla por un animal o por una cosa cualquiera. El enunciado de nuestro axioma, pues, también podría ser el siguiente, si es que les agrada más que el que dijimos al principio: "El hombre no es una alcachofa"; o bien, "El hombre no es un perro": o bien, "El hombre no es una piedra", por ejemplo, que para lo que vamos a decir tanto da una cosa como la otra.

No obstante, diré por qué razón había preferido hablar de la cebolla; es una razón que, como verán, no es del todo absurda ni arbitraria. La razón es la siguiente: todos ustedes saben (y si son amas de casa lo sabrán mejor que nadie) que la cebolla carece, si pudiera decirse así, de un centro de identidad, de una zona específica en la que pudiera residir lo que la cebolla es en sí misma. Quitemos una capa a la cebolla, luego quitémosle otra y otra más. Si seguimos quitando capas nos quedaremos seguramente sin cebolla, pues esa infeliz legumbre padece la maldición de no ser más que lo que son cada una de sus capas.

Veamos, en cambio, al hombre. Quitémosle una pierna, una mano, un ojo. ¿Qué resulta de esas sucesivas mutilaciones? Que habrá un manco, un tuerto, un cojo, o las tres cosas a la vez, pero seguirá habiendo un hombre. Ahora volvamos la vista a la cebolla, reparemos en su color blanco, morado o amarillento y constatemos lo bien que se acomoda con sus otras hermanas cebollas en el montón del supermercado bajo el letrero que indica su precio; ¿no es cierto que, vista así, no es más que una entre otras tantas cebollas que las compradoras meten en la bolsa del mandado? Aún con el riesgo de parecer obsesivos, reparemos en que, a no ser por su tamaño o por algún defecto de naturaleza, sería realmente difícil poder diferenciarla de otra de sus congéneres.

Todo este *excursus* nacido de la monótona contemplación de las cebollas nos debe hacer caer en la cuenta de que la existencia del hombre, en comparación a aquella vida, discurre de un modo muy pero muy distinto. Notemos sobre todo esto: que al hombre siempre le resultará difícil acomodarse a ese lugar que él llama, con pleno derecho y absolutas facultades, "su mundo". En apoyo de esta afirmación nada peregrina se podrían aducir centenares de textos que, claro está, no aduciremos por no parecer prolijos.

No acomodarse es lo mismo que estar incómodo, y por incomodidad entendemos aquí, resumiendo mucho las cosas, ese sentimiento que

hace que no se esté a gusto ni consigo mismo ni con la multitud de cosas que le rodean. Ser calvo en este mundo puede ser fuente de inagotables desdichas, así como ser chaparro, moreno, tartamudo o carirredondo. A este respecto, vean cómo se quejaba Plinio Segundo (23-79) en un texto que bien podría figurar en cualquier (hasta hoy inexistente) *Antología del inconformismo* y que Erasmo de Rotterdam (1469?-1536) recogió con mucho gusto en uno de sus *Adagios*: *La naturaleza no pudo hacer a los hombres mayor merced que la brevedad de la vida. Se embotan los sentidos, atorméntanse los miembros, mueren anticipadamente la vista, el oído, el andar; también los dientes, instrumentos de la alimentación. Y, con todo, ese tiempo se enumera como si fuese vivido*².

Reconozcamos que el poderoso mundo de la cosmética ha hecho notables progresos en orden a que el hombre se guste más a sí mismo, y que la moda, en casi todos sus esfuerzos, tiende al mismo objetivo. Esta última nos dice: "¿Os desagrada el color descolorido de vuestro pelo? Pues cambiadlo por uno negro ala de cuervo. Pero si tampoco os agrada el negro ni ningún otro color convencional, pintáoslo de gris, de amarillo, de verde limón, o haced con él un lindo y vistoso arcoiris. Si sois mujer y calzáis demasiado grande, usad los pantalones acampanados, que además ayudan a resaltar la cintura y otras partes aledañas..." Pero, aún con su nueva nariz, ahora más afilada, ¿será el hombre menos desdichado o estará un poquito más cómodo en el mundo? ¡Ah, definitivamente su vida es muy diferente a la de las cebollas!

Eso sólo por citar algunas particularidades físicas. Faltan todavía las psicológicas, como la predisposición a la melancolía, el miedo excesivo a cualquier cosa, etcétera, etcétera, etcétera.

Con esto no quiero decir que el hermano hombre sea un ser capricho-

2 ROTTERDAM, Erasmo de. *Ensayos escogidos de Erasmo de Rotterdam*. Secretaría de Educación Pública, México 1998, p. 330.

so. ¡Dios me libre de hacer semejante afirmación! Con ello solo he querido poner de manifiesto que no siempre está cómodo en su propia piel (y mucho menos en la ajena). Esto es lo que Graham Greene (1904 - 1991), el novelista inglés, respondió a una periodista que le hizo la pregunta de si se apreciaba a sí mismo: "No, pero, ¿cuánta gente, si reflexiona un poco, se aprecia a sí misma? Sigo estando incómodo conmigo mismo, es verdad... Además, ¿cómo se puede estar a gusto en el propio pellejo?"³

¿Qué situación más diferente a la de las piedras y las rosas! Pero supongamos por un momento que, en lo que se refiere a su persona, todo está bien. ¿No quedarían aún muchas inconformidades en suspenso? ¿Por qué los terremotos y los niños de Kosovo? ¿Por qué tantos pies descalzos cuando abundan las zapaterías, donde a su vez abundan los zapatos? ¿Por qué la diabetes y los sentimientos de culpa? ¿Por qué los cánceres de próstata, de garganta, de pulmón y de casi todo? ¿Por qué el hombre, según una penosísima observación de Thomas Hobbes (1588-1679), no parece ser otra cosa que un feroz lobo para el hombre?

Díganme ustedes si todo esto no significará una gran incomodidad. Pero, ahora, comparemos al hombre con el animal y veamos cuán diferentes son sus respectivas vidas. Las focas no nacen, por ejemplo, en el desierto, ni los camellos se multiplican en el polo sur, mientras que el ser humano, por el contrario, nace siempre donde todas las circunstancias le son adversas, o por lo menos casi todas. Meditemos estas palabras que Jürgen Moltmann, el afamado teólogo alemán, escribió hace algunas décadas: "El hombre conoce a los animales, examina penetrantemente sus formas de vida y su medio ambiente... Conoce, hablando modernamente, que los animales viven en un medio ambiente propio, de índole específica, y que en sus

3 GREENE, Graham. *El otro y su doble*. (Entrevista de Marie Françoise Allain). Emecé, Buenos Aires, 1983, p. 17.

reacciones están ligados a sus impulsos y proceden por instintos. Pero simultáneamente se conoce también a sí mismo, y encuentra que en él esos órdenes de vida no se dan. Él mismo es pobre de instintos y no tiene otro medio ambiente fijo que el de la esfera vital en la que él se mueve. Continuamente está percibiendo cosas a las que no se encuentra aún adaptado, sino que ha de ir penosamente realizando la correspondiente adaptación... El hombre considerado en mera biología no tiene hogar en ningún sitio"⁴.

Muchas cosas hacen desahagible la vida del hombre. Por lo tanto, su existencia no es como la de los otros seres del mundo animal o vegetal. ¿Por qué razón? San Agustín (354-430), el santo de Hipona, explicó esto con su habitual maestría en uno de sus primeros escritos: porque "una cosa es vivir y otra muy distinta saber que vivimos"⁵. Los animales y las plantas viven, esto es indudable, mas sólo el hombre sabe que vive. Este conocimiento, fruto de su inteligencia, es la que introduce en la vida humana una vastísima lista de cosas inéditas. La piedra, la cebolla y el perro están tranquilísimos de la vida allí donde los puso la naturaleza. El hombre, en cambio, vive siempre desahogado, pues sabe que, como dijo Borges, "morir es una costumbre que sabe tener la gente". Este hombre llamado Juan, Apolonio, César, y esta mujer de nombre Mónica morirán un día cualquiera, de una enfermedad o de un accidente cualquiera. ¿Y qué podrían hacer para evitarlo? Por lo que se sabe, hasta el momento todas las búsquedas del elixir de la vida han resultado infructuosas, y, a lo que parece, seguirán siéndolo en el futuro. Si mis palabras no suenan convincentes, leamos juntos una paginita encontrada entre las muchas otras paginitas de una seria revista carmelitana: "Es verdad -y sería injusto no reconocerlo, dice- que la ciencia ha ido ganando importantes batallas al sufrimiento. Pero de ahí a su eliminación

4 MOLTSMANN, Jürgen. *El hombre*. Sígueme, Salamanca 1980, pp. 19-20.

5 AGUSTIN, San. "De libero arbitrio". En *Obras completas de San Agustín*, t. III. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1951, p. 271.

total no sólo queda mucho camino por delante, sino, sobre todo, un trecho de camino que a todas luces parece imposible recorrer. De todos modos, en el supuesto de que incluso se lograra algún día, siempre quedaría la muerte, que sería fuente inagotable de sufrimiento⁶

He aquí una pregunta nada retórica: ¿Cómo fue que el hombre “supo” de la muerte? ¿Cómo la conoció? Quizá no sea aventurado decir que la conoció, antes que nada, como la muerte del otro. Pero no de un otro cualquiera, sino, sobre todo, de la muerte del ser amado. Es verdad que el horror de la muerte puede hacerse patente cuando se ha sido testigo ocular de alguna tragedia, por ejemplo, pero también es cierto que si no existen lazos de afecto con la víctima, la muerte de ese ser anónimo, será para el espectador, en alguna medida, también anónima.

“Sin embargo –escribe Dietrich von Hildebrand, otro teólogo alemán–, en la muerte de los seres a los que queremos profundamente, y, en rigor, solo en la de aquél al que amamos, con amor extremo, más que a todas las otras personas, nos encontramos con este fenómeno de una manera plenamente existencial.”⁷ A decir verdad –continúa–, “en comparación con la muerte del ser querido, todos los otros sufrimientos son accidentales”.⁸

No obstante, el conocimiento del hombre respecto al hecho de morir no acaba aquí, como podrá verse, pues aún falta dar un paso más. Falta que ahora, mediante un riguroso procedimiento lógico, llegue a la conclusión de que él mismo, como cualquier hijo de vecino, morirá.

En otras palabras, y para no seguir abundando en cosas que ya todos tienen por sabidas, debemos conceder que ser hombre es una cosa muy distinta a ser una cebolla, una zanahoria, una piedra, un perro

6 REVISTA DE ESPIRITUALIDAD. (página editorial) *El sufrimiento que nos modela*, Madrid 1990 (195), p. 175.

7 HILDEBRAND, Dietrich von. *Sobre la muerte*. Encuentro, Madrid 1983, p. 16.

8 *Ibid.*, p. 20.

o un gato. (Y esto lo digo de nueva cuenta por ciertos "ecólatras", para quienes da lo mismo ser una hormiga que un hombre de carne y hueso). La cebolla, el gato y la alcachofa están ahí, viviendo una vida que ignoran, mientras que el hombre, por el contrario, vive sabiendo: más aún, sabiendo que sabe. Sabe que sabe que este mundo no es precisamente un paraíso, pues morirá en él y en el será enterrado. "Lo que hay de verdaderamente de distintivo en el hombre respecto a los seres vivientes que la naturaleza ha producido - escribió H. G. Gadamer, ¡otro alemán, pero ahora filósofo!- es que construye sepulturas y a ellas consagra sus sentimientos, sus ideas y su capacidad creadora"⁹

No estaría de más que en la pequeña libreta de pastas azules o verdes que suelen utilizar para el registro de los pensamientos valiosos, anotaran estas palabras de Blais Pascal (1623-1662), el gran pensador francés: "La grandeza del hombre es grande, porque el hombre conoce su miseria. Un árbol no conoce su miseria. Es, pues, miserable el hecho de sentirse miserable; pero es ser grande el hecho de conocer que se es miserable... (Las miserias del hombre) son miserias de gran señor, de rey desposeído"¹⁰.

"El hombre no es más que un junco, el más débil de la naturaleza, pero es un junco que piensa. No es necesario que el universo entero se arme para aplastarle. Un vapor, una gota de agua son bastante para hacerle perecer. Pero, aun cuando el universo le aplaste, el hombre sería más noble que lo que lo mata, porque él sabe que muere. Y la ventaja que el universo tiene sobre él, el universo no la conoce. Toda nuestra dignidad consiste, pues, en el pensamiento"¹¹.

9 GADAMER, Hans George. *La muerte como problema*. En VV.AA. *Sentido y existencia*. Verbo Divino, Estella (Navarra) 1976, pp. 12-13.

10 PASCAL, Blais. *Pensamientos*, XVIII y VIII. Losada, Buenos Aires 1972, p. 160.

11 *Ibid.*, p. 161.

Capítulo 2

El hombre tridimensional

Hasta cierto punto es facilísimo decir que el hombre no es una cebolla. Lo difícil, por el contrario, es afirmar que tampoco es lo que se dice un ángel. Veamos aquí, pintadas por una pluma magistral, las eternas características de un ángel: "Un ángel es puro espíritu, nada de cuerpo ni de materia, incorpóreo, invisible, dotado de una inteligencia clara y de una firme voluntad... El ángel tiene principio, porque el Señor lo creó; pero no tendrá fin, es inmortal, incorruptible, vive para siempre, no conocerá el derrumbamiento de la agonía y el desamparo de unos ojos de vidrio chocado"¹².

Si releemos en voz alta esta admirable descripción, por pésimos fisionomistas que seamos, tendremos que conceder que no es éste precisamente el retrato de un hombre que va al trabajo de ocho a tres, que come de tres a tres y media, que va al baño de tres y media a diez para las cuatro, que lee siempre el periódico durante esos veinte minutos, que corre a su casa a las ocho en punto (a la que llega cansadísimo, tan sólo a dar las buenas noches a sus queridos bebés, quienes ya se acostumbraron a vivir sin padre y sin perro que les ladre) y que se siente tan mal en un mundo en el que sabe que se va a morir.

El ángel nada sabe de las despedidas, de los amores contrariados

12 PEÑALOSA, Joaquín Antonio. *Memorias de un ángel de la guarda jubilado*. Obra Nacional de la Buena Prensa, México 1999, pp. 11-12.

(que tanto menciona García Márquez), de la libertad que se angustia de sí misma, de los dolores un poco abajo de la espalda, de la sospecha que pueda ser un cáncer; en fin, de cosas como éstas que son el pan del que todos los días prueba el hombre una migaja.

Rainer María Rilke (1875-1926), el poeta de Praga, al referirse al ser humano, dijo en una de sus poesías: "Tiene el aspecto de quien dice adiós". Vivir es despedirse y ay de aquel que no sepa contar con esta gran verdad a la hora de apuntar en la agenda sus compromisos de mañana. "Desde que naciste eres llevado a la muerte", escribió Séneca (3 a.C.-65 d. C.) en una de sus famosas *Cartas a Lucilio*; y también: "Morirás no porque estés enfermo, sino porque vives". "Desde que el hombre comienza a vivir, dice San Agustín, ya puede también morir"; "el tiempo de esta vida no es otra cosa que una carrera hacia la muerte".

¿Y la escena en que una mujer agita la mano en el andén diciendo adiós al ser querido no contiene la imagen perfecta de lo que es la condición humana? Los invito a que vean en este pequeño gesto, en este melancólico ritual oficiado a lo largo de todas las centrales camioneras, puertos, aeropuertos y helipuertos el destino al que estamos llamados y que de algún modo quisiéramos olvidar.

Que quisiéramos, pero que no podemos. ¿Por qué? Porque somos hombres, y el hombre, como ya hemos dicho, es consciente; a diferencia de la piedra, de la cebolla, o del perro, "se da cuenta"; en comparación al ángel, "sabe lo indispensable".

El hombre es cuerpo como la cebolla, pero no puro cuerpo; es espíritu,¹³ como el ángel, pero no puro espíritu. Es alma y cuerpo, cuerpo y espíritu en unidad inextricable, indivisible. Es, como dijo Santo Tomás de Aquino (1224-1274), *unitas multiple*, múltiple unidad.

13 Por espíritu entendemos aquí lo específicamente humano, aquello que el hombre no comparte con ninguna otra criatura de la naturaleza y que lo convierte en *sujeto*: la capacidad de obrar libremente, de hablar (dirigir la palabra), de buscar un sentido a su vida y, en definitiva, de relacionarse con Dios.

Los padres de la Iglesia, que fueron a la vez insignes teólogos, vieron siempre en esta tríada (espíritu, alma y cuerpo) el mejor ejemplo de aquella afirmación bíblica según la cual el hombre es imagen de Dios (*Génesis* 1, 27). Sin duda que Viktor E. Frankl, el célebre fundador de la logoterapia, tuvo muy presente el dogma católico de la Santísima Trinidad a la hora de escribir que el hombre era "uno y trino", como Dios, y, por lo mismo, un insondable misterio"¹⁴.

Todo esto, evidentemente, quiere decir que nunca comprenderá al hombre quien lo vea solo como cuerpo, o únicamente como espíritu. El primero se llevará el chasco de su vida al comprobar que este enigmático ser "sabe" de cosas que las cosas no conocen, mientras que el segundo se sentirá decepcionado al percatarse de que, con todo y ser un cabal espíritu (o sujeto), no puede prescindir de esas cosas que son y se denominan materiales. Y ambos, al actuar así, cometerán un pecado antropológico conocido como "destotalización de la totalidad"¹⁵, que consiste, fundamentalmente, en robarle una esencial dimensión al hombre, dejándolo para siempre incompleto y, por lo mismo, incomprensible. El materialista le roba el espíritu; el espiritualista, a su vez, le roba el cuerpo, y de ese modo el ser humano queda hecho no el ser que en realidad es, sino el ente material o inmaterial que se nos antoje que sea.

No se trata, por supuesto, de ser injustos, y sí de reconocer la parte de verdad que tanto el materialista como el espiritualista tienen al tratar de aproximarse al hombre. Por una parte, es cierto que éste "es lo que es en base a la materialidad", puesto que él mismo es cuerpo y nada llega a su intelecto si no es gracias a sus sentidos. Además, precisa de un cerebro que puede medirse y pesarse. Pero, con todo, es también un sujeto, una interioridad, un "alguien" que existe, siente, ama y

14 Cfr. FRANKL, Viktor E. *Psicoanálisis y Existencialismo*. Fondo de Cultura Económica, México 2ª ed., 5ª. reimp., 1992, pp. 48-54.

15 Esta expresión es debida a René le Senne, el creador del test caractereológico que lleva su nombre. Cfr. DONDEYNE, Albert. *Fe cristiana y pensamiento contemporáneo*. Guadarrama, Madrid 1963, p. 54.

sufre. La solución, una vez más, no está mas que en la conciliación de los opuestos¹⁶, o, mejor dicho, en su armónica integración.

Es muy importante que tomemos esto muy en cuenta a la hora de pasar a los capítulos que siguen: si el hombre fuera solo materia, no sufriría en modo alguno, pues la materia es insensible; si fuera solo espíritu, tampoco sufriría, pues al ser de naturaleza inmortal no daría al dolor y a la muerte más importancia que la que da un maestro de álgebra superior a una sencilla suma de quebrados.

San Pablo, el apóstol de los gentiles, al referirse a la multitud de los ministerios, todos ellos valiosos, ejercidos para el bien de la Iglesia, escribió así hacia el año 50 en su primera carta a los cristianos de Corinto: "Muchos son los miembros, mas uno solo es el cuerpo. Y no puede decir el ojo a la mano: "No te necesito". Ni la cabeza a los pies: "No os necesito". Más bien los miembros del cuerpo que tenemos por más débiles, son indispensables (y...) si sufre un miembro, todos los demás sufren con él (12,26). Pues bien, aplicando estas sabias palabras al tema que nos ocupa, con toda justicia podríamos decir que si algo le duele al hombre, aunque este algo sea cosa tan aparentemente anodina (como que tenga una cortada en el dedo gordo del pie izquierdo, o que la dama de sus sueños le haya dicho que no a su propuesta de noviazgo), este dolor será vivido por el individuo entero. "No podemos tocar un cuerpo humano -ha dicho Ladislaus Boros-, sin tocar al mismo tiempo de alguna manera el alma, y viceversa. El cuerpo es también ya alma, y ésta es también ya cuerpo¹⁷."

Una vez un joven escribió a Romano Guardini preguntándole por dónde debía empezar a reformar su vida. ¿Qué había que cambiar primero: la hora de acostarse, la manera de estudiar, los hábitos de higiene o la manera de hacer su oración diaria? A lo que el sabio teólogo y sacerdote respondió que por donde quisiera, ya que siendo

16 Cfr. LUYPEN, William. *Fenomenología existencial*. Carlos Lohlé, Buenos Aires 1984, pp. 22-26.

17 BOROS, Ladislaus. *Meditaciones Teológicas*. Guadalupe, Buenos Aires 1968, p. 33.

el hombre una unidad indivisible, cualquier mejora introducida en lo corporal, en lo anímico, o en lo espiritual repercutiría más tarde o más temprano en toda su persona. Inteligente respuesta.

Si el ángel no puede sufrir y la piedra tampoco, ¿con qué razón suelen decir los mexicanos que “el dolor sólo es cosa de hombres”!

Capítulo 3

La vida como molestia

No se trata, por supuesto, de hacer un inventario de las desgracias humanas. Estoy seguro de que con las nuestras –es decir las de ustedes y las mías– escritas unas detrás de las otras, llenaríamos el presente libro y aun nos sobraría material para hacer una segunda parte. De lo que se trata es de saber por qué sufrimos, o, si se quiere, a causa de quién. He aquí, pues, la pregunta inevitable: ¿Por qué sufre tanto el hombre y a veces de una manera atroz, insoportable?

Ya sé que no basta decir que por que es consciente, sabe y se da cuenta, como no basta constatar que el dolor que sentimos en el cuello débese a un tumor allí alojado, del tamaño de una canica. Lo que en definitiva quisiéramos saber es por qué existen los tumores, y si no se podría concebir la existencia humana de tal modo que no tuviera nada que ver con este tipo de males. En otras palabras: ¿Es inconcebible un mundo donde pueda el hombre realizarse, amar, y vivir en santa paz; un mundo, en fin, donde no exista ni por asomo la angustia de la muerte? Si este lugar es posible, ¿por qué Dios no lo trajo a la existencia con un golpe de su varita mágica? Y si esto no era posible, ¿por qué puso entonces a sus hijos en este calabozo gris, bosque tenebroso y valle “hondo, oscuro”? ¿Por qué?

Una jovencita se arregla el pelo, colorea sus labios, llena su corazón de ilusiones, se encamina al lugar de la tardeada y, en el trayecto, dos individuos obscenos y hediondos abusan de ella y la matan.

Imaginemos su carita desfigurada entre un charco de sangre. ¿Por qué? Una niña de diez años quiere tanto a su hermanita de tres que siempre le dice: 'mi niña, mi muñeca, ¿te cargo un rato?'. Y a la hora de cargarla, el bebé se le resbala de los brazos y muere. Ahora no se imaginen nada. Es demasiado terrible. Pero, ¿por qué tenía que suceder este accidente a la vez inocente y macabro?

Un discípulo de Jean Paul Sartre (1905-1980), el escritor francés Jean Cau, escribió hace años una novela irónicamente titulada *La pitié du Dieu, La compasión divina*. En ella se puede leer la siguiente interrogación que de gratuita no tiene nada: "A ciento veinte por hora, una rueda se suelta y el coche se estrella contra una pared. Va uno al campo y pisa la cola de una víbora. Una sola cáscara de plátano tirada en la acera de una inmensa ciudad, y en esa tiene que resbalarse uno, precisamente (...) ¿Por qué esa pared, esa víbora, esa cáscara de plátano?..."¹⁸

Ante tal siniestro espectáculo, no resulta nada asombroso que un hombre de tanta sensibilidad como Fedor Dostoievsky (1821-1881), haya gritado a Dios por medio de uno de sus personajes de novela: "¡Nunca aceptaré el mundo que has hecho!"¹⁹

Refiere una vieja leyenda judía que en cierta ocasión se produjo una enconadísima discusión entre la escuela del rabino Hillel y la escuela del rabí Schamai acerca de qué era lo mejor, si nacer o no haber nacido nunca. La primera defendía la postura de que, a pesar de todo, lo mejor era nacer, mientras que la segunda abrazaba la contraria. "Más feliz es quien nace que quien queda sin nacer", afirmaba Hillel; pues, no, no, y no, protestaba Schamai, "la vida es triste, trae enfermedades y disgustos. Los días pasan velozmente y espera la tumba abierta."²⁰

18 CAU, Jean. *La compasión divina*. Joaquín Mortiz, México 1962, p. 29.

19 DOSTOIEVSKY, Fedor. *Los hermanos Karamazov*. Porrúa, México 1992 pp. 154-161.

20 Cfr. SCHELINGER, Erna. *La zarza ardiente. Leyendas y cuentos de Israel*. Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1950 pp. 90-91.

No diré en que acabó la discusión para que cada uno lo investigue por su cuenta. Lo que me interesaba sobre todo al traer a colación esta vieja leyenda era dejar en claro que, cuando menos a primera vista, no siempre resulta muy comprensible aquel clásico principio metafísico según el cual "es mejor ser que no ser". Filosóficamente, ésta es una gran verdad. Lo triste del asunto es que no siempre está el hombre en condiciones de poder apropiársela. Aún a riesgo de parecer repetitivo, dedicaré el resto del capítulo a mostrar que no siempre la vida ha sido vista como un gran regalo y sí, en cambio, como una carga molesta.

He aquí otros ejemplos que aclararán lo que quiero decir. Hace muchos, muchos años, vivió en Grecia, el país de los filósofos, un hombre llamado Crates que perteneció a la escuela de los Cínicos. En ella se distinguió como un gran maestro y de su boca salieron, entre otras muchas, las palabras siguientes: "¿Por qué deseas hollar el camino de la vida? Dondequiera te volvieras, lleno está de males. Resuena el foro de litigios de causas que dan enojo. Perpetua cruz es la solicitud de la casa. Si los mares hendieras, oprímte mil peligros. Si vives lejos y tienes hacienda cuantiosa, mísero todo lo temerás y vivirás siempre mal seguro. Y, por contraste, si vacía colgare tu bolsa de dineros, cómo es dura y mísera en el hombre la indigencia. ¿Estás casado? Cuánta cuita te nacerá de ahí. En soledad vivirás si no tuvieres esposa. Si suscitares prole, con harto trabajo le darás crianza. Si no la suscitares, en ciega orfandad discurrirá tu vida. Si fueres joven, vaga y sin sesos es la mocedad; la cana senectud está agotada de fuerzas. Lo que resta, pues, si gozas de sanidad mental es que optes por uno u otro de estos dos extremos: o no haber salido jamás de la lóbrega estrechez del claustro materno, o tan pronto como de allí hubieres salido, ir a sepultarte en las escondidas tinieblas estigias"²¹.

"Lo más ventajoso es no haberse asomado a estas auras -dice Erasmo-

21 ROTTERDAM, Erasmo de. *Op. cit.*, pp. 329-330.

que dice Alexis el Cómico (que de cómico, al parecer, no tenía nada); lo inmediato consiste en desaparecer luego al punto de haber nacido"²²

Diógenes Laercio, el biógrafo de los "filósofos más ilustres" de la antigüedad griega, no se resistió a la tentación de transcribir en el libro décimo de sus *Vidas* unos versos de aquella época que más o menos dicen así:

*Bueno es no ser nacido, o en naciendo
caminar del averno a los umbrales.*²³

Un filósofo alemán del siglo XIX dedicó gran parte de sus días a consignar en libros pensamientos de este jaez: "Debemos considerar la vida cual un embuste continuo, lo mismo en las cosas pequeñas como en las grandes. ¿Ha prometido? No cumple nada... ¿Nos ha dado? No era mas que para recogerlos". "La vida del hombre no es mas que lucha por la existencia, con la certidumbre de resultar vencido".²⁴

Pero aún hay más. Como no queriendo la cosa dijo este mismo señor que "la vida no es más que un episodio que turba inútilmente la beatitud y el sosiego de la nada"²⁵. Según Arthur Schopenhauer (1788-1860), que así se llama el filósofo a quien nos estamos refiriendo, si pudiera dirigirse a Dios y tener con él un cara a cara no le haría más que una sola pregunta, ésta: "¿Cómo te has atrevido a interrumpir el sacro reposo de la nada, para hacer surgir tal masa de desdichas y angustias?"²⁶

Tanto pesimismo solo ha sido superado en la actualidad por un pensador rumano hasta hace poco desconocido pero hoy más de

22 *Ibid.*, p. 329.

23 LAERCIO, Diógenes. *Vida de los filósofos más ilustres*, X, 93. Porrúa, México 1998, p. 276.

24 SCHOPENHAUER, Arthur. *Dolores del mundo. El amor, las mujeres y la muerte*. Edaf, Madrid 1979, p. 102.

25 *Ibid.* p. 95.

26 *Ibid.* p. 113.

moda que los teléfonos celulares: E.M. Cioran, autor de obras tan sugestivas como *Del inconveniente de haber nacido*, *La tentación de existir*, *Breviario de podredumbre* y de muchas otras más. Para saber de qué tratan, es suficiente con leerles el título. Pero si aún eso no fuera suficiente, he aquí, como botones de muestra, dos de sus aforismos. "El mundo es un receptáculo de sollozos". "La única verdadera mala suerte: nacer ... No es de extrañar que todo ser venido al mundo sea un maldito".²⁷

Lo que no he llegado a entender es por qué Cioran se lamentaba de no haber encontrado nunca un pueblo que llorara por la vida y se alegrara con la muerte, si este pueblo existió efectivamente, ¡y era el suyo! Erasmo de Rotterdam en uno de sus *Adagios*, dice que entre los tracios (los rumanos de hoy, esos mismos de quien otro escritor, Virgil Gheorghiu, no se cansó de hablar designándolos con el nombre de "los inmortales") había la costumbre de "recibir con llantos y quebrantos los nacimientos, mientras que festejaban con gran alborozo los decesos". En otro pueblo de costumbres afines, el país de los trausos, "alumbrado el infante, sus parientes, sentados en rededor", lo recibían con lamentos, evocando cuántas calamidades tendría que sobrellevar el ser que acababa de entrar en la vida. Y, al revés, llevaban a enterrar al difunto con juegos y alegría, pensando a cuántos males se sustrajo²⁸.

Pero dejemos en paz las quejas tácitamente formuladas y concentrémonos en este solo acto aterrador: el suicidio. ¿Qué piensa un suicida? Como Cioran, como Schopenhauer, el suicida es de la idea que nacer es lo peor que le pudo haber pasado. Pero de esa idea saca hasta la última consecuencia. No habla, no se rebela, no pierde el tiempo pleiteando contra la vida, ni negocia con su destino: únicamente cierra la boca y pone manos a la obra. Puesto que nada espera

27 CIORAN, E.M. *Del inconveniente de haber nacido*. Taurus, Madrid 1994, pp. 15 y 19.

28 ROTTERDAM, Erasmo de. *Op.cit.*, p. 330

de la vida, huye de ella como de la peste. Y todo esto sin alardear demasiado ni proferir amargos discursos metafísicos. Nada hay más silencioso ni más discreto que un suicidio.

Hace casi un año, mientras redactaba este capítulo (25 de febrero del 2000), la agencia de noticias ANSA dio a conocer a todo el mundo que gracias a una página de *Internet* ya era posible suicidarse por parejas. Un hombre o una mujer que estuvieran hartos de la vida y quisieran abandonarla voluntariamente, podían hacerlo ya junto a un *partner* que tuviera la misma intención. ¿Para qué hacer solos lo que se puede hacer en compañía? Entre dos la cosa es más sencilla.

Según la misma agencia de noticias, un joven noruego de 20 años, antes de encaminarse al lugar desde el que iba a despeñarse con una joven austríaca de 17, dejó una carta de adiós que casualmente no iba dirigida ni a su padre ni a su madre y sí a los creadores y consultores de esa "bendita página": "Antes de irme me gustaría dar las gracias a todos los miembros del grupo; ha sido excepcional poder leer vuestros mensajes..."

¿Qué decían esos mensajes? ¿Con qué palabras se maldecía en ellos la vida? ¿Y de veras se la maldecía o sólo se le dedicaba esa *cierta sonrisa* de resignación que puso de moda Françoise Sagan hacia los años 60's? Y, por lo demás, ¿de veras es tan mala la vida como para no aceptarla bajo ningún concepto?

La pregunta que siempre ha salido de los labios a la hora de hacer el recuento de las desgracias humanas es la que sí resulta compatible tanto mal con la existencia de un Dios bueno y todopoderoso. ¿Es posible que, siendo Él la bondad misma, permita que el mal abata a sus criaturas, o que siendo todopoderoso no haga nada por evitarlo? Desde Epicuro (341-270 a.C.) el dilema se ha expresado así: "Si Dios puede evitar el mal y no quiere, no es bueno; si quiere y no puede, entonces no es omnipotente". Y en ninguno de ambos casos queda Dios muy bien parado que digamos.

Sólo que la cosa no es tan sencilla. Para que se vea lo difícil que es, pasemos, por favor, al siguiente capítulo.

Capítulo 4

¿No era para siempre?

No sé quien dijo una vez que si a alguien temía era al hombre de una sola idea; yo, por mi parte, confieso no temer mas que al hombre de un solo libro. Diré por qué razón.

Hace tiempo conocí a un joven empresario que se había dado a la tarea de leer *Madame Bovary*, la novela más conocida de Gustave Flaubert. Durante casi año y medio fue éste el libro de sus desvelos (leía una paginita cada noche antes de echarse a roncar) y sacó de él un fruto insospechado. Digamos que lo explotó como a una mina. Se refería a él en todas las comidas de negocios, ora haciendo alusión a algún episodio escabroso, ora refiriéndose a la ingenuidad del pobre Charles.

Cuando el tema de la sobremesa era la vida en general o cuando la meditación común se orientaba hacia la muerte, nuestro joven empresario no dejaba de sacar a colación algún pensamiento nacido de aquella lectura. ¿Se me creerá si digo que incluso cuando dio una conferencia acerca de "los efectos de la dolarización en la vida nacional, internacional y planetaria", citó una frase célebre de Flaubert encontrada, precisamente, en *Madame Bovary*? La última vez que lo vi, todavía me dijo: "¿Ve usted? Emma amaba al amor, no a sus amantes. ¡Pobre infeliz! Pero, admírese usted, en un fenómeno que se da comúnmente en la Bolsa me he encontrado con una situación similar..."

Ernest Renan (1823-1892), el maestro de las juventudes intelectuales francesas del siglo XIX, dejó escrita en la introducción a su *Vida de Jesús* estas palabras que sólo por el ejemplo anterior han demostrado ser de una verdad incuestionable: "El pobre hombre que no tiene más que un libro quiere que éste contenga todo lo que le llega al corazón".²⁹ Merced a un mecanismo semejante, nosotros, parafraseando a Renan, bien podríamos decir que "el pobre hombre que no tiene más que una vida, quiere que ésta le revele cuanto percibe su razón".

Y, ¿qué cosa podría percibir la razón con mayor violencia que el misterio del mal? Responder a la pregunta que el mal plantea es, entre otras cosas, responder a preguntas tales como: ¿Por qué *nací* finito y no infinito? ¿Y no el hecho de nacer ya habla de mí como de un ser moribundo, pues según una ley fácilmente observable en la naturaleza, todo lo que nace tiende a morir? Y con mi muerte, ¿se perderá definitivamente tarde que temprano todo lo que en este mundo hice, planté y construí? Y si vine a este mundo, o me arrojaron a él, o lo que sea, ¿a qué vine, quién me arrojó y por qué he de retirarme de él un día? ¿Y retirarme para ir a dónde?

Estas son preguntas que claman al cielo. Yo no creo, y espero que ustedes tampoco, que el hombre se conforme con saber por qué sube la marea a determinadas horas de la noche, por qué los relojes son casi siempre redondos y por qué la palabra "mamá" tiene solo cuatro letras. Todo lo contrario, quiere llegar a lo último de todo, al punto donde ya no son necesarias más preguntas, al fin de la filosofía.

Hace poco, el escritor Fernando Savater sacó a la luz un libro excelentemente escrito (como todos los suyos), titulado *Las preguntas de la vida*. En él dedica un capítulo al problema de la muerte. ¿Qué significa morir? ¿Qué hay después de ese *acto* que viene a ser el último que todo hombre ejecuta en esta tierra? ¿Se acaba todo con él? Su respuesta a estas preguntas es: sí, claro, todo se acaba; morir

29 RENAN, Ernest. *Vida de Jesús*. Compañía General de Ediciones, México 1960, p. 49.

es dejar de ser. Pero cálmense ustedes un poco, no se revuelvan sobre la silla. Piensen en esto: "¿Acaso resulta tan terrible no ser? A fin de cuentas, durante mucho tiempo no fuimos y eso no nos hizo sufrir en modo alguno. Tras la muerte –añade– iremos al mismo sitio o ausencia de todo sitio donde estuvimos (¿o no estuvimos?) antes de nacer (...) Inquietarse por los años y siglos en que ya no estaremos entre los vivos resulta tan caprichoso como preocuparse por los años y los siglos en que aún no habíamos venido al mundo. Ni antes nos dolió no estar ni es razonable suponer que luego nos dolerá nuestra definitiva ausencia". Y termina así, como tratando de dar la estocada final al espanto de sus lectores: "Pues bien, nosotros seremos mortales pero de la muerte eterna ya nos hemos escapado. A esa muerte enorme le hemos robado un cierto tiempo –los días, los meses o años que hemos vivido– y ese tiempo pase lo que pase será siempre nuestro, de los triunfalmente nacidos y nunca suyo, pese a que también debamos inmediatamente morir"³⁰ .

Pero si tenemos que morir, ¿qué *sentido* tiene el que hayamos nacido? Haré mejor la pregunta con palabra de Ionesco, más filósofo en esto que el mismo Savater: "¿Para qué nací si no era para siempre?"³¹ . He aquí una pregunta de la vida que ni intentó plantear siquiera el escritor español. "Si del todo morimos todos, ¿para qué todo? ¿Para qué?"³² , se pregunta angustiadísimo don Miguel de Unamuno (1864-1936). Y con toda razón.

Resulta insuficiente el consuelo de Savater. ¡Ay, despachó la cuestión demasiado pronto, se quedó a medio camino! ¡Quiso que al elefante le bastara un charco de agua!

Albert Camus (1913-1960), el gran escritor francés –premio Nóbel de literatura 1957–, dejó escrita casi al principio de uno de sus libros

30 SAVATER, Fernando. *Las preguntas de la vida*. Ariel, México 1999, pp. 41-42.

31 IONESCO, Eugène. *El rey se muere*. Losada, Buenos Aires 1965, p. 39.

32 UNAMUNO, Miguel de. *Del sentimiento trágico de la vida*. Espasa-Calpe, Buenos Aires 1937, p. 39.

esta especie de advertencia: "No hay más que un problema filosófico verdaderamente serio: (...) Juzgar si la vida merece o no ser vivida. Lo demás, si el mundo tiene tres dimensiones, si el espíritu tiene nueve o diez categorías, viene después. Esos son juegos"³³.

¿Tiene *sentido* robarle al tiempo 30, 40, 50 ó 60 años, si al fin de cuentas todo se va a acabar? Aún si le hubiésemos robado 100 ó 200 ¿cambiarían por eso mucho las cosas? "Si Adán -dice San Agustín-, con vivir tantos años, hubiese muerto hoy, ¿qué le habría aprovechado? ¿Qué duración hay larga donde hay fin?"

Que no sea *Las preguntas de la vida* nuestro único libro. O que lo sea, siempre y cuando, en una edición ulterior, Savater responda a Ionesco, a Unamuno y a San Agustín; exijámosle que responda a la pregunta del sentido. Si en lugar de respondernos se dedica a hablar de otra cosa, no le hagamos mucho caso: pensemos que, según el decir de Camus, está jugando.

33 CAMUS, Albert. *El mito de Sísifo. Ensayos sobre el absurdo*. En *Ensayos de Albert Camus*. Aguilar, Madrid 1981, p. 93.

Capítulo 5

Cuando el niño cae al pozo

Cuando escuchamos hablar del mal, traemos a la cabeza demasiadas cosas. Y no es que pequemos de imaginativos, no; es que tenemos toda la razón del mundo al hacerlo así. Pensamos, por ejemplo, en un niño que se cae a un pozo, en un campesino mordido por una serpiente, en un joven que se estrella a bordo de su BMW (era en realidad un *chico fresa*), en una niña que no tiene zapatos, en un anciano que vive pegado a su tanque de oxígeno, en una madre que muere alrededor de sus pequeños hijos que le gritan que no se muera, en un hombre que empuña la pistola para olvidarse de sí mismo, en otro hombre que para conseguir idéntico objetivo no empuña ninguna pistola pero sí una botella, en un terremoto como el de la ciudad de México en 1985, en una jovencita que descubre a sus dieciocho ilusionados años que Pancho (o como se llame) no la ama, en un amigo olvidado por su amigo de siempre, en un adolescente *chutándose* con coca, en una enfermera negligente y malhumorada, en un maestro que abusa de sus alumnos no precisamente encargándoles tareas, ¡y en tantas y tantas cosas más! Y así es, ya que el Mal, como el hombre, no existe: sólo existen males y hombres. Porque, siendo honestos, ¿quién ha visto al Hombre (en abstracto, con mayúscula inicial) paseándose por el jardín u hojeando curiosamente el diario de la tarde? Decir *Hombre* es decir “todos los hombres”, de la misma manera que decir *Mal* es hacer referencia a “todos los males”.

Pero, ¿qué tienen en común todos los males para que pueda hacerse abstracción de ellos y mencionarlos bajo un solo nombre genérico y universal? En otras palabras, ¿es posible trazar una definición del Mal que agrupe absolutamente todos los males, es decir, los conocidos y los desconocidos, los presente y los por venir?

Definir es siempre una tarea peligrosa, lo sé, pues ya etimológicamente significa poner límites y trazar fronteras. Cuando Platón definió al hombre, por ejemplo, como "bípedo implume", no llegó siquiera a imaginarse que algún tiempo después un adversario no menos inteligente echaría a la Academia un pollo desplumado con un letrero que decía: "He aquí al hombre de Platón". De cualquier manera, aún a riesgo de cometer una imprudencia semejante a la del autor de tan célebre definición, nos atreveremos a decir, citando a un gran antropólogo contemporáneo, que "el mal es todo lo que es reprobable, todo lo que no debería ser. Se dice sobre todo en relación al hombre: todo lo que en el hombre y su condición existencial es equivocado e impide que sea verdaderamente hombre"³⁴.

Ahora releamos todos los ejemplos que mencionábamos al principio a la luz de esta definición. El hecho de que un niño se caiga a un pozo, aún si no muere a causa del golpe, representa algo que no debería ser: los pozos no se han hecho para que en ellos se caigan los niños. Si el niño muere, esto que no debería ser alcanza rasgos en extremo penosos; pero si no muere y queda seriamente lesionado, esa lesión no representará nada ventajoso para su futuro quehacer humano. Desde el punto de vista que se le vea, pues, nunca será deseable ni conveniente que un niño se caiga a un pozo.

Sin embargo, alguien podría preguntar: "Bueno, ¿y por qué el pétreo fondo del pozo no se convirtió en un mullido colchón de plumas en el momento en que el niño se golpeaba contra él? ¿Por qué la serpiente no se hizo de piedra justo antes de morder la pantorrilla

34 GEVAERT, Joseph. *Diccionario teológico interdisciplinar*, t. III. Sígueme, Salamanca 1986, p. 382.

del pobre campesino? ¿Por qué la pared con la que iba a estrellarse el *chico fresa* del BMW no se transformó en una gruesa cortina de aire? ¿Por qué el tumor del enfermo se obstina en quedarse allí, a pesar de la desesperación del paciente y de las lágrimas de padres, hijos, amigos y vecinos?" Las preguntas podrían multiplicarse al infinito; con todo, la respuesta está allí, diáfana y enigmática a un mismo tiempo: ni el fondo del pozo se trocó en colchón de plumas, ni la serpiente se volvió de piedra, ni la pared de enfrente se hizo cortina de aire, ni el tumor aceptó desaparecer con puros tratamientos de lacrimoterapia. Y desde esta perspectiva es comprensible que al mal también pueda definírsele como "la cruel indiferencia del curso de la naturaleza en relación a las aspiraciones más profundas e irrenunciables de la condición humana"³⁵.

Observemos, sin embargo, que aunque los males sean muchos y se los pueda agrupar bajo un solo nombre común, no por eso todos pertenecen a la misma clase ni deben su origen a la misma causa. Para explicar esto me valdré de una distinción muy querida al filósofo Epicteto (50-130, aprox.), según la cual hay cosas que dependen de nosotros y cosas que no dependen de nosotros³⁶. ¿Les parece esto una bobada? Casi lo es; sin embargo, quien no sepa distinguir entre lo que depende de la voluntad humana y lo que no, quedará muy mal parado a la hora de intrincarse en este misterio sin fondo ni orillas que es el misterio del mal.

A quien dijera: "Dios es injusto, pues miles de niños mueren cada día de hambre", ¿qué podríamos responderle? Quizá, antes que decir nada, lo más conveniente sería llevarlo a dar un paseo por un supermercado y hacer que su vista tropezara con la cantidad de pan que hay allí almacenado, con la harina, el azúcar, la leche, las legumbres,

35 FERNANDEZ DEL RIESGO, Manuel. "Exigencias teológicas de una filosofía de la historia". En CIENCIA TOMISTA, 1992: 119 (338), p. 321.

36 EPICTETO. *Manual*, I, 1-2; *Máximas*, 2-5. Porrúa, México '1986, pp. 3 y 21.

y entonces sí, al final del recorrido, incitarlo a que vuelva a hacer aquella declaración. “¿Me decías que Dios es injusto? ¿Y piensas ahora de la misma manera? Dios ha hecho fecundos los campos; el trigo, por más que escasee en una región, no falta en otra; muchos graneros, en este momento, en algún lugar, se hallan rebosantes ¿Y te atreves a decir que Dios es injusto al hacer que millones de sus hijos mueran de hambre todos los días? ¿No piensas, más bien, que la simultánea escasez y abundancia es una invitación a la solidaridad? Si fuésemos un poco más compartidos, más solidarios, el pan no faltaría en ningún rincón del planeta. De la misma manera, te quejas de los pies descalzos. Pero, ¿te has dado una vuelta por nuestras zapaterías? ¿Están repletas! Y en tu *closet*, ¿no hay por lo menos cuatro pares de calzado entre zapatos, tenis, mocasines y botas? ¿Y aún con todo eso sigues diciendo que Dios es injusto? Tampoco digas que Dios es culpable de que muchos mueran por falta de medicamentos: los anaqueles de las farmacias también están llenos. Más bien hazte esta pregunta: ¿Quién ha tomado para sí lo que debiera ser de todos? Jamás esperes que Dios haga lo que podemos hacer nosotros”. A decir verdad, tenía toda la razón del mundo un personaje del teatro de Camus al afirmar que “la justicia es cosa nuestra”³⁷.

El mismo Camus, pero ahora en otra de sus obras, refiere estos casos de maldad humana para terror y espanto de sus lectores:

“¿Sabe usted que en mi aldea, en una ocasión de represalia, un oficial alemán pidió cortésmente a una anciana mujer que tuviera a bien elegir entre sus dos hijos al que habría de ser fusilado?”.

“Conocí a un hombre de corazón sincero que rechazaba toda desconfianza. Era pacifista, libertario; amaba con amor único a toda la humanidad y a los animales. Una alma de excepción, sí, eso es lo cierto. Pues bien, durante las últimas guerras de religión en Europa se había retirado al campo. Sobre el dintel de su puerta había

37 CAMUS, Albert. *Los justos*. Losada, Buenos Aires 1982, p.39.

escrito: "Cualquiera que sea el lugar de donde vengáis, entrad y sed bienvenidos". ¿Y sabe quién le parece a usted que respondió a esta hermosa invitación? Milicianos, que entraron como en su propia casa y lo destriparon"³⁸.

Una vez escuchadas estas historias, ojalá no confundamos nunca a Dios con el oficial alemán, ni, por supuesto, con los milicianos de todas las dictaduras.

Después de la última guerra mundial, la pregunta que estaba en los labios y en el corazón de todos, era: "¿Puede ser Dios el amor y la justicia, cuando hemos visto humear los crematorios de Auschwitz, cuando pudimos contemplar en el pórtico de estos campos de aniquilamiento las montañas de zapatos de niños?" Pero, ¿cómo culpar de esto a un Dios que dijo al hombre desde el principio *no matarás!* (Éxodo 20,13)?

A la hora de hablar del mal, lo primero que hay que hacer es un buen discernimiento para saber lo que es de la incumbencia humana y lo que no, recordando por sobre todas las cosas que el hombre es libre y que no existe ningún hilo sobre su cabeza que pudiera manipular a su capricho y gana algún titiritero.

Sin embargo, no debemos hacernos ilusiones pensando que hemos descubierto el hilo negro; nuestro problema no se agota en este punto. Cualquiera podría decir, con absoluto derecho, que aún quedan en pie muchas preguntas. ¿Y las catástrofes naturales en general? ¿Y los terremotos en particular? ¿Y los infartos? ¿Y las pulmonías fulminantes? ¿Y los cánceres en todas sus modalidades y nuevas ediciones? ¿Y el sida? ¿Y todas aquellas situaciones en las que por más que se busque no se encontrará jamás un culpable? De estos males, ¿quién tiene la culpa? ¿Dios?

38 CAMUS, Albert. *La caída*. Losada, Buenos Aires, 1973, pp. 13-14.

Capítulo 6

¿Por qué Dios no nos hizo superhombres?

Hagamos un pequeño resumen de todo lo dicho hasta el momento.

El hombre, a diferencia de cualquier otro ser de la naturaleza, sabe y sufre: sufre sabiendo que sufre, y sabe sufriendo lo que sabe. No ignora que lo que él más ama morirá, como tampoco ignora nada de lo que atañe a su propia muerte, con la sola excepción del día y la hora. Pero eso no es todo: mientras se encamina hacia la muerte, ha de sufrir todavía muchísimos males.

Ante esta situación nada grata ni cómoda, llega a veces a desesperar de su propia vida. ¿Tiene ésta un sentido? ¿Por qué Dios lo puso en este mundo lleno de desgracias? El dilema es tentador. "Si Dios puede evitar el mal y no quiere, no es bueno; si quiere y no puede, entonces no es omnipotente".

Concedido, hay muchos males que sería injusto endilgárselos a Dios, pues en ellos se alcanza a apreciar nítidamente la mano libre del hombre. Pero, ¿qué decir, en cambio, de aquellos otros males de los que Él parece ser el único culpable?

¿Dónde está la verdad? ¿Puede Dios ahorrarnos el sufrimiento y no quiere? ¿Quiere y no puede? A intentar dilucidar este antiguo dilema se consagrará el presente capítulo.

Hace muchos, muchos años, cuando los perros se amarraban con longaniza y los teólogos escribían, pensaban y se reían en latín, nació en la mente de algún filósofo esta pregunta que de inofensiva no tiene nada: "¿Las cosas, son buenas porque Dios las quiere, o, por el contrario, las quiere porque son buenas?". Por favor, no caigamos en la tentación de decir: "Vamos, hombre, que eso es un juego de palabras", porque la verdad es que no es así. Observemos detenidamente la diferencia que hay entre uno y otro término de la pregunta.

Decir que las cosas son buenas únicamente porque Dios las quiere, equivale a afirmar que no hay en las cosas (ni en las acciones) ninguna bondad intrínseca, y que si son consideradas buenas es únicamente porque una Voluntad Soberana ha decretado que lo fueran. "¿Matar es malo?" "Sí", respondería al punto uno que se adhiriera a esta forma de pensar, pero lo es porque Dios ha *querido* que fuera malo. De otro modo, sería bueno". Supongamos que seguimos preguntando a este interlocutor imaginario: "Luego, ¿no hay en el acto de matar algo malo en sí mismo?" "No", contestaría éste: "Si Dios hubiera dicho: "Matarás a tu padre y a tu madre, el parricidio y el matricidio no sólo no serían actos pecaminosos, sino acciones altamente recomendables". Y añadiría como para darle a su respuesta un tono irrefutable: "¿Cuántos son 2 más 7? ¿No son 9? Pero si Dios quisiera que fueran 10, ¿qué? Si las cosas sucedieran de otro modo, Dios ya no sería el Ser Todopoderoso y Todo Libre que nos conviene que sea, pues estaría sujeto y como encadenado (¡Él, que es la Libertad Suprema!) a las rígidas leyes morales y matemáticas que Él mismo ha creado para orden y belleza del mundo. En otras palabras, Dios es libre para hacer lo que le venga en gana.

"Entonces, ¿por qué decimos que unas cosas son buenas y otras malas?, ¿qué significa *bueno* y *malo*?", supongamos que seguimos preguntando. "Oh, nada de eso significa nada" respondería nuestro interlocutor: "Son sólo bonitos nombres, inútiles calificativos (ya que no *califican* nada) puestos a las acciones y a las cosas". Constatemos

esto: ¡las palabras han perdido todo su sentido: detrás de ellas no hay realidades, cosas, significados; son sólo ruidos que el animal humano produce al abrir la boca! (A los partidarios de esta manera de pensar se les llamó después *nominalistas*, pues *nominae*, en latín, significa nombre: bondad y maldad, desde el punto de vista divino, son sólo nombres, no realidades objetivas ocultas tras los nombres).

¿Y qué es lo que se quería defender al adoptar esta extrañísima postura? Ya lo dijimos: la suprema libertad de Dios. Según los nominalistas, si Dios tuviera que querer lo bueno, ya no sería del todo libre, pues se hallaría *condicionado* por la misma noción de Bien.

Para no contravenir el orden actual de las cosas, un nominalista resumiría su postura de la siguiente manera: El Bien no es lo bueno, sino aquello que Dios quiere; el Mal no es precisamente lo malo, sino aquello que Dios no quiere. Y asunto concluido.

Pero observemos que si esto fuera así, nosotros, pobres hombres, no sabríamos a qué atenernos en muchas situaciones de nuestra vida, y tendríamos que esperar revelaciones privadas de Dios cada tercer o cuarto día para que nos dijera personalísimamente qué quiere de nosotros y qué no. Esto sin contar que nunca podríamos estar seguros de que Dios, jugando con su libertad soberana, hubiera cambiado de parecer respecto de ciertas cosas. No nos imaginamos a un anciano diciendo: "En mis tiempos abusar de una jovencita era un acto difícilmente perdonable, pero ahora que Dios ha cambiado las reglas del juego, lo siento mucho por las jovencitas".

¿Dónde quedaría entonces el poder de la razón humana, ese poder capaz de discernir entre lo bueno y lo malo y de elegir el bien y rechazar el mal? El hombre sería el ser más abandonado de todos los seres abandonados, pues viviría en la más profunda ignorancia de las cosas fundamentales.

A principios del siglo XII, San Anselmo (1033-1109), obispo de Canterbury, protestó contra la tendencia nominalista, diciendo: "Si Dios

mandara todo lo que bien le viniera, no habría que suponer que todo fuera bueno. Si Dios mandara la mentira, no se seguiría que la mentira es honesta, sino que tal Dios no sería Dios"³⁹

Gottfried Willheim Leibniz (1646-1716), el genial filósofo alemán, se pronunció seis siglos después (¡ay, no pudo hacerlo antes porque aún no había nacido!) acerca de este asunto, y he aquí sus palabras: "Al decir que las cosas no son buenas según regla alguna de bondad, y sí por la sola voluntad de Dios, se destruye, a mi parecer, sin pensar en ello, todo el amor de Dios y toda su gloria. Pues, ¿cómo alabarle por lo que has hecho, si hubiese de ser igualmente alabado de haber hecho todo lo contrario? ¿A dónde va a parar su justicia y su sabiduría, si sólo queda en pie un cierto poder despótico, si la voluntad ocupa el lugar de la razón, y si, según la definición de los tiranos, lo que place al poderoso es justo solo por placerle?"⁴⁰

Tan peligroso le parecía a Leibniz este *subjetivismo teonómico* (o voluntarismo divino) que en otra de sus obras volvió a decir: "Los que creen que Dios ha establecido el bien y el mal por un decreto arbitrario... le privan del título de bueno; pues ¿qué motivos habría para alabarle de lo que hace si obrare igualmente bien haciendo lo contrario? Todos estos dogmas, a saber: primero, que la naturaleza de la justicia es arbitraria; segundo, que es fija, pero que no es seguro que Dios la observe, y, por último, tercero, que la justicia que conocemos no es la que él observa, destruyen tanto la confianza en Dios, que constituye nuestro reposo, como el amor de Dios que constituye nuestra felicidad. Nada impediría que un Dios semejante obrara como un tirano"⁴¹.

Ante este desolado panorama, con cuánta razón escribió Leszek Kolakowski, el profesor polaco de la Universidad de Yale, que "en la

39 Cfr. FLASCH, Hurt. *El hombre como medida de Dios*. En KUTSCHKI, Norbert (Ed.). *Dios hoy, ¿problema o misterio?* Síqueme, Salamanca 1968, p. 41.

40 LEIBNIZ, Gottfried. Wilhelm. *Discurso de Metafísica*. Porrúa, México, 1977, pp. 7-8.

41 LEIBNIZ, Gottfried. Wilhelm. *Teodicea, o tratado sobre la libertad del hombre y el origen del mal*, nn. 176-177. M. Aguilar, Madrid s.f., pp. 240-242.

historia de las ideas, la tendencia nominalista de hacer recaer la responsabilidad de nuestra lógica y nuestra ética sobre el arbitrario *fiat* del Creador marcó el comienzo de su separación del universo: Si no hay modo de entender el decreto tal cual es en términos de la esencia de Dios, simplemente no hay camino desde las criaturas a Dios. En consecuencia no tiene mucha importancia para nuestro pensamiento y nuestras acciones que Dios exista o no⁴².

Y admirémonos, pues en esto también el español Julián Marías es del mismo parecer. Así dice en su *Historia de la Filosofía*: desde el momento en que se afirma que Dios es puro libre albedrío, voluntad sin trabas, ni siquiera las de la razón, "Dios desaparece del horizonte intelectual, y deja de ser objeto propio de la mente, como había sido en la Edad Media hasta entonces. En ese momento comienza el proceso que se puede llamar *la pérdida de Dios*, y cuyas etapas son las de la Edad Moderna"⁴³.

Si los nominalistas tienen razón, entonces el viejo dilema ya está resuelto: "Dios puede evitar el mal; no quiere, luego no es bueno". Claro que esto no lo confesarán tan abiertamente los nominalistas pero, por otra parte, no necesitan confesarlo: ya lo hicieron desde el momento de admitir las dos premisas que hacen inevitable la conclusión. (¿No es verdad que el Dios de los nominalistas lo puede todo, todo, todo?)

Sin embargo, ¿puede Dios hacer un círculo cuadrado? Un círculo, por su misma esencia, no puede ser más que circular, de la misma manera que un triángulo no puede tener más que tres ángulos. ¿Puede Dios hacer un triángulo cuadrado? Evidentemente no. Dios sólo puede hacer triángulos que tengan tres lindos y cabales ángulos. Si hiciera una figura geométrica de cuatro ángulos, no estaría fabricando precisamente un triángulo, sino un cuadrado.

42 KOLAKOWSKI, Leszek. *Si Dios no existe... Sobre Dios, el diablo, el pecado y otras preocupaciones de la llamada filosofía de la religión*. REI, México 1993, pp. 24-25.

43 MARÍAS, Julián. *Historia de la Filosofía*. Revista de Occidente, Madrid ¹⁹1974, p. 174.

Esto quiere decir, ni más ni menos, que *Dios no puede hacer lo que es lógicamente imposible*; en otras palabras, que no puede pensar ni ejecutar absurdos. A este respecto, leamos juntos un párrafo de C. S. Lewis (1898-1963), el prolijo escritor inglés: "La omnipotencia divina significa un poder capaz de hacer todo lo intrínsecamente posible, no lo intrínsecamente imposible. Podemos atribuir milagros a Dios, pero no debemos imputarle desatinos. Esto no significa poner límites a su poder... Las combinaciones disparatadas no adquieren súbitamente sentido por anteponerles la expresión "Dios puede". En cualquier caso, sigue siendo cierto que para Dios son posibles todas las cosas pues lo intrínsecamente imposible no es una cosa, sino una no entidad. Realizar dos alternativas que se excluyen mutuamente no es más posible para Dios que para la más débil de sus criaturas. Y ello no porque su poder encuentre obstáculo alguno, sino porque un sinsentido no deja de ser un sinsentido por ponerlo en relación con Dios"⁴⁴.

¿Negamos la omnipotencia divina al afirmar que Dios no puede hacer que 3 por 3 sean 28? ¿La negamos igualmente si decimos que le es imposible fabricar un pentágono hexagonal? Claro está que no. Esos son absurdos. ¿Y si decimos que Dios no podía crear un hombre que fuera libre y al mismo tiempo no pudiera pecar, que fuera carne y espíritu y al mismo tiempo no pudiera sufrir? ¿Y que tampoco podía crear una piedra que al contacto con la carne humana se convirtiera en un mullido colchón de plumas? Por más que nos duela, la piedra es piedra, y basta.

Imaginémonos un *hombre* todopoderoso, inmortal, imperturbable, impasible, infinito. Pero, ¿nos lo podemos imaginar de veras? ¿No son estas las características de un dios o de un Supermán, más bien que las de un hombre? ¿Hablar de un hombre infinito y todopoderoso no es tanto como hablar de un círculo rectangular? Si esto es así, Dios *no podía* crear un hombre semejante porque simplemente es un absurdo. Ser hombre es ser libre y ser mortal.

44 LEWIS, C.S. *Op. cit.* p. 36.

Todo esto lo tuvo en cuenta Leibniz al momento de escribir su famosa *Teodícea*. "Si ser hombre es tener que ser libre, Dios no hubiera podido crear un mundo en el que el bien resultante de la libertad de elección de las personas estuviera unido a la incapacidad de éstas de hacer el mal, puesto que este mundo sería tan imposible como un triángulo cuadrado."⁴⁵

Esto no quiere decir que, por ser libre, el hombre tenga que pecar; únicamente quiere decir que puede hacerlo. No está programado para hacer el bien, como tampoco está programado para hacer el mal. Ambas cosas son para él una posibilidad real. Si no pudiera hacer el bien, ¿sería libre? Si no pudiera hacer el mal, ¿en qué consistiría su famosa libertad? Por eso vuelve a decir Kolakowski: "En lugar de sujetos humanos libres, Dios podía haber creado unos seres incapaces de pecar, pero sólo al precio de privarles de su libre voluntad, que incluye, inevitablemente, la posibilidad de pecar y los actos pecaminosos de hecho. Y Dios calculó que un mundo habitado por autómatas sin pecado produciría mucho menos bien que uno que contuviera seres humanos dotados de libertad de elección y que, por lo tanto, pudieran preferir con frecuencia el mal"⁴⁶

Si esto es así, en el orden moral, lo es igualmente en el orden metafísico. Preguntarle a Dios por qué sufrimos, pues, es casi como preguntarle que por qué no nos hizo dioses como él, o supermanes. Es que somos hombres y, al serlo, no podemos sustraernos al dolor y a la muerte, como no se puede sustraer el mundo material a su propia finitud. La indiferencia de la naturaleza no es propiamente indiferencia, sino imposibilidad: no puede ser otra cosa que lo que es. ¿No dijimos al principio que la materia es insensible? Pues bien, lo es, aunque nos demos de frente contra ella. Si no fuera así, dejaría al instante de ser materia.

45 KOLAKOWSKI, Leszek. *Op. cit.*, p. 22.

46 *Ibid.*, p. 21.

Y si debemos morir, ¿qué de raro tiene que la muerte nos llegue, tarde que temprano, vestida de cáncer, de sida, de infarto o de angina de pecho?

Comprender que Dios no nos hizo dioses es quizá la tarea más difícil que se nos haya encargado ejecutar (recordemos que Jean Paul Sartre dijo una vez que el hombre es la pasión de ser Dios). Ojalá que ustedes y yo podamos realizarla bien a lo largo de nuestra vida (no es una tarea escolar, de esas que son "para mañana") y que nuestra nota sea un poquito más alta que la del chico del capítulo primero.

Capítulo 7

Vivir es despedirse

Esto que acabamos de decir no es precisamente una feliz noticia. Saber que no somos dioses, que nos enfermaremos un día y que al siguiente nos moriremos, no es lo mismo que saber que le hemos pegado a la quiniela. A decir verdad, hay algo de muy grave en todo esto. No fue, pues, por ganas de parlotear o por no quedarse callado que el filósofo francés Paul Ricoeur habló de *la tristeza de lo finito*. Es tristísimo eso de ser mortales.

¿Nos hemos dado cuenta ya de que vivir es despedirse? Nuestros ojos son ojos de exiliados que un día cualquiera, quizá cuando empezaban a acostumbrarse al país extranjero, incluso cuando ya dominaban la lengua y habían hecho cantidad de amigos, se ven forzados a regresar a su patria.

¿A qué patria? Repitamos en voz alta las palabras que José Arcadio Buendía, así, bajita la mano, lanzó casi al principio de *Cien años de soledad*, "la novela en lengua española más significativa del siglo xx": "Uno no es de ninguna parte mientras no tenga un muerto bajo la tierra"⁴⁷. Y si nuestros muertos están aquí, aunque subterráneamente presentes, ¿a qué otra patria podíamos pertenecer?

Pero dejemos en paz esta pregunta y fijemos nuestra vista en los ojos de los seres humanos. ¿Qué dicen esos ojos, qué leemos en ellos? Son

47 GARCÍA MARQUEZ, Gabriel. *Cien años de soledad*. Espasa- Calpe, Madrid 1984, p. 71.

ojos que se despiden hoy porque no saben si podrán hacerlo mañana. Leamos ahora este bellissimo soneto que por su perfección ha sido traducido a varias lenguas. En él, Joaquín Antonio Peñalosa supo encarnar muy bien a toda la humanidad en su calidad viajera, o, si se prefiere así, de caminante:

*Por si viene a la hora señalada
como el perfume inunda la azucena,
por si me deja mudo con la pena
de irme de prisa por la madrugada;*

*por si la voz me queda aprisionada
en un violento acoso de colmena,
por si la muerte todo me enajena,
hasta el discurso que hay en la mirada,*

*no he de esperarme, no; ya es tanto y tanto
vivir sin empezar la despedida
ni ensayar de una vez el duro abrazo,*

*que por ahorrarme tiempo y a ti llanto
voy a decirte adiós desde la vida,
por si acaso no puedo, por si acaso⁴⁸.*

Y si el hombre se va a morir (cosa que él sabe, puesto que se despide), ¿tiene sentido aquél momento cercano o lejano en que abrió los ojos por primera vez a la luz de este mundo? ¿Vale la pena nacer aún cuando tengamos que morir? ¿Sirve de algo empezar lo que un día tendrá que acabarse?

¡Con qué imagen tan elocuente explicó Blais Pascal lo que era la

48 PEÑALOSA, Joaquín Antonio. "Voy a decirte adiós: sonetos desde la esperanza", En *Hermana Poesía: Poesías completas*. Verdealago-Ponciano Arriaga. México 1997, p.101.

condición humana! "Imagínese -dice- un número de hombres encarcelados y condenados a muerte todos, unos de los cuales son ejecutados cada día en presencia de los otros. Los que quedan ven su propia condición en la de sus compañeros, y, mirándose unos a otros con dolor y sin esperanza, esperan a su vez: tal es la condición de los hombres"⁴⁹.

¡Condición de condenados a muerte! ¡Terrible espera! En esto no hay indulto posible. "El niño que vemos nacer crecerá o no crecerá -escribe san Agustín-; quizás llegue a viejo o quizás no; quizás sea rico, quizás sea pobre; quizás sea honrado, quizás despreciado; puede ser que tenga hijos y también puede ser que no los tenga... Ve enumerando todas las cosas buenas que se te ocurran. Pero no te olvides de contar también las cosas malas; en todas ellas, en unas y en otras, el quizás las unifica a todas; quizás sean unas y quizás sean otras. Pero, ¿puedes decir de igual manera que ese hombre quizás muera o quizás no? En cuanto un hombre nace hay que decir que de la muerte no se escapa"⁵⁰. "Como los médicos, que examinan la situación y conocen el inminente desenlace, dictaminan la sentencia: "Está a morir; de esta no sale" - insiste san Agustín - así se ha de decir también desde el momento en que nace un hombre: "De esta no sale"⁵¹

Otra imagen de Pascal: la vida como una tragedia. "Por muy bella que haya venido siendo la comedia, el último acto será siempre sangriento"⁵² "El destino del hombre es siempre trágico, porque la tragedia se caracteriza por la muerte de los protagonistas, y todos nosotros estamos destinados a morir".

49 PASCAL, Blais. *Op. cit.*, XXII, IV, p. 195.

50 AGUSTÍN, San. *Ennarraciones in psalmos*, 38, 19. Cit. en PIEPER, Josef. *Muerte e inmortalidad*, Herder, Barcelona '1977, p. 25.

51 AGUSTÍN, San. *Sermón 97,3*. Cit. en BOROS, Ladislalus. *El hombre y su última opción. Misterium mortis*. Paulinas- Verbo Divino, Madrid- Estella '1977, p. 24.

52 PASCAL, Blais. *Pensamientos*, 227 (Brunschvicg) Aguilar, Buenos Aires '1963, p.112.

Ante esta *situación límite*⁵³ que es la *necesidad* de tener que morir, la historia del pensamiento registra tres tipos de reacciones: 1) la no aceptación, la rebeldía, el rechazo absoluto; 2) el agnosticismo radical, el no saber qué pensar o qué decir, y, por último, 3) la aceptación. Veamos por el momento únicamente las dos primeras.

- 1) *La no aceptación*. Es la postura de los que afirman que, puesto que existe la muerte, no tiene sentido la vida (al menos *a priori* no lo tiene). Son los que dicen con Albert Camus: "A causa de la muerte, la existencia humana carece de todo sentido. Todos los crímenes que podrían cometer los hombres nada son si se comparan al crimen fundamental de la muerte".
- 2) *El agnosticismo*. Empleamos esta palabra no en otro sentido que el puramente etimológico. Si el prefijo *a* indica negación y el verbo *gnosein* quiere decir en griego "saber", "conocer", agnóstico es aquel que confiesa no saber, el que suspende el juicio hasta no tener sobre un asunto determinado una opinión lo más cercana a la verdad (o a lo que él considera la verdad). Todo parece indicar que, al menos en lo que respecta a la muerte, Heidegger, el filósofo de Messkirch, perteneció al grupo de los agnósticos. He aquí una síntesis muy apretada (y por ende muy incompleta) de su pensamiento.

Según Heidegger, el hombre no es otra cosa que (un) *ser-para-la-muerte*. Ante esta posibilidad, por cierto la más suya, que es la de tener que morir, no puede hacer más que dos cosas: divertirse o apretar los dientes. *El hombre divertido* (mejor dicho, *el hombre auténtico*) es aquel que entre el barullo de la fiesta y la embriaguez de los cocteles, trata de olvidar que la muerte lo espera a la vuelta de la

53 La expresión *situaciones límites* es debida al filósofo alemán Karl Jaspers (1883-1969). Son aquellas situaciones "de las que no podemos salir y que no podemos alterar", tales como la muerte, el sufrimiento, la lucha, el acaso, la culpa". Cfr. JASPERS, Karl. *La Filosofía*. Fondo de Cultura Económica, México 1988, p. 11.

esquina; vive, pues, enajenado, perteneciendo a aquella clase de seres que, según el decir de Pascal, al no pensar en su destino, se esfuerzan por parecer felices. *Vive pareciendo feliz*, sí, esa es la verdad, pero olvidando quién es y a dónde va (es decir, a la muerte). *El hombre auténtico*, por el contrario, es aquel que, si bien no lo sabe todo, sabe al menos lo más importante: que desde que nació es lo suficientemente viejo como para morir. Este conocimiento, este saber, por cierto, no lo hará dichoso; aún más, lo angustiará de una manera indecible, pero es sólo gracias a esta *angustia* que él podrá considerarse humano. De cualquier manera, aunque no pueda cambiar el orden de las cosas, siempre podrá apretar los dientes y aceptar valerosamente la propia condición mortal.

El hombre auténtico es por fuerza un hombre recio, serio: "Todo violento apego a la vida cede lugar a la amarga sobriedad de una conciencia viril del bíblico *vanitas vanitatum et omnia vanitas*" ("vanidad de vanidades y todo vanidad")⁵⁴.

La muerte es el final del *ser-ahí*, afirma Heidegger. Pero, ¿qué más? ¿Hay algo más o no lo hay? El filósofo calla, hace un profundo silencio, evita pronunciarse y da carpetazo a la cuestión. Si ya estamos en este mundo por haber sido *arrojados* en él, parece querer decir, lo único que resta es cerrar los puños y desafiar lo que venga (aunque, por otra parte, ya sabemos lo que tarde o temprano vendrá: la muerte). En realidad, Martin Heidegger (1889-1976), al menos a este respecto, viene a ser así como una versión muy siglo xx del viejo estoicismo de hace veintitantos siglos⁵⁵.

Puede aceptarse o no aceptarse la propia condición mortal; puede decirse que el mundo es una cloaca y la vida una miseria. Sin embargo, y no dejemos de advertir esto, ni aún los pesimistas más desespe-

54 PRINI, Pietro. *Historia del existencialismo*. Herder, Barcelona 1992, p. 108.

55 Cfr. HEIDEGGER, Martin. *El Ser y el Tiempo*. Fondo de Cultura Económica, México 2ª ed., 5ª reimp., 1988, p. 278 ss.

rados como Cioran, Camus, Sartre o Schopenhauer, renunciaron a seguir viviendo; casi todos ellos, salvo Camus, que murió a los 47 años de edad en un accidente automovilístico, se fueron de este mundo "colmados de días". Si la vida es tan absurda como ellos dijeron que era, ¿por qué se aferraron a ella a pesar de todo? Y nosotros mismos, en los momentos más negros, ¿no nos hemos expresado de manera semejante, aunque con palabras menos bellas? Y aquí estamos todavía, luchando, abriéndonos paso, creyendo que mañana las cosas irán mejor.

Hagamos alto justamente en esta pregunta; la hizo una vez Alan Paton, un novelista hoy casi olvidado: "¿Quién nos mantiene vivos y luchando mientras todo se quiebra en torno nuestro?"⁵⁶.

Como podrá verse, la pregunta tiene su importancia. ¿Quién nos mantiene vivos y luchando? Porque eso hacemos exactamente, pese a todo. ¿Quién y por qué? Pero demos vuelta a la hoja y pasemos al siguiente capítulo.

56 PATON, Alan. *Tierra mártir*. Emecé, Buenos Aires 1951, p. 73.

Capítulo 8

Me río, luego quiero vivir

En este capítulo seguiremos ahondando en la pregunta de Alan Paton: “¿Quién nos mantiene vivos y luchando cuando todo se quiebra en torno nuestro?” Porque, generalmente, eso es lo que hacemos. Sí, gimoteamos, maldecimos, damos un puntapié al gato, hacemos carantoñas, pero seguimos aquí, enfadados y vivos al mismo tiempo. ¿Quién nos dota de semejante resistencia? Vamos a morir, lo sabemos, pero mientras llega nuestra hora, nos aferramos a la vida. ¿Qué otra cosa hicieron Sartre, Camus, Schopenhauer y todos los demás que hemos citado en este trabajo? También ellos se agarraron a la vida como un náufrago se agarra a la única tabla que encuentra a su paso, mejor dicho, a su nado. (He utilizado el verbo agarrar con toda premeditación: siempre hay algo de salvaje, de animal, en eso de hincar las garras). ¿Puede alguien, entonces, maldecir la vida y al mismo tiempo agarrarse a ella? ¡Sí! ¡Sí! Y, a veces, quienes más la desprecian oficial y teóricamente, son los que menos deseos tienen de abandonarla.

No es esto un reproche; es más bien una constatación. Camus, que había dicho que la existencia de la muerte privaba a la vida de todo sentido, escribió un libro entero (*El mito de Sísifo*) para decir que a pesar de todo el suicidio no estaba permitido, y luego otro libro (*El hombre rebelde*) para proponer el único sentido que podía tener una vida consciente de su propia muerte: la rebeldía. ¿Se suicidó Sartre,

el filósofo para quien la palabra *náusea* era la más a propósito para referirse a la vida? ¡Tampoco! Por lo regular, los grandes pesimistas filosóficos no se han dado muerte a sí mismos. ¿Por qué razón? ¿Qué los mantenía vivos, luchando y escribiendo?

Si las cosas son así, hemos de reconocer que hay algo en el hombre que se resiste a la desesperanza total. Pero, ¿qué es este algo? ¿Una idea, una creencia, una intuición? Por lo menos una idea no es.

Como ha dicho don José Ortega y Gasset (1883-1955), el filósofo español, una idea es una ocurrencia nuestra: nosotros la producimos, la sostenemos, la discutimos, la propagamos. Es algo así como un producto de nuestro ingenio: "Una idea es todo aquello que en nuestra vida aparece como resultado de nuestra ocupación intelectual"⁵⁷.

Lo que nos preserva de la desesperación no puede ser una idea. De alguna manera conocemos las *ideas* de aquellos pensadores y podemos afirmar que son muy diferentes a este *algo* que queremos descubrir qué sea.

¿Es una creencia? Vuelve a decir Ortega y Gasset: una creencia, al contrario de una idea, no surge en tal día y hora de nuestra vida, no arribamos a ella mediante un acto particular de pensar, no es, en suma, un pensamiento que tenemos, no es una ocurrencia y ni siquiera un razonamiento. No es una idea *con* la que nos encontramos, sino una idea *en* que nos encontramos, "que parece estar ahí ya antes de que nos ocupemos en pensar". *La ocurrencia se tiene; en la creencia se está.*

Cuando alguien va al trabajo, por ejemplo, está en la creencia de que volverá a encontrar su casa en el mismo lugar en que la dejó por la mañana. Ni por asomo se le podría ocurrir que su casa, jugando a las escondidas, se hubiera desplazado tres cuadras más al norte. Pues bien, esta es una creencia, algo que se da por supuesto y con lo que

57 ORTEGA Y GASSET, José. *Ideas y creencias*. Espasa-Calpe, Madrid '1968, p. 21 y ss.

se cuenta de manera incondicional. Si este alguien dijera a su esposa: "Cariño, nos vemos a la noche, si es que puedo encontrar la casa", la mujer podría responderle con toda justicia: "¿Estás loco? ¿Qué quieres decir con eso de que si puedo encontrar la casa? ¿Me estás advirtiendo que esta noche te irás de parranda con tus amigos?" También la esposa cuenta con que la casa no se moverá de su sitio por nada del mundo, vive en esa seguridad. Una creencia, pues, es algo que no pensamos pero que está ahí, en forma inconsciente, interviniendo en nuestro comportamiento.

Ese *algo* de lo que hablamos, ¿es una creencia o una intuición? La intuición es una forma privilegiada de conocimiento, mediante la cual aprehendemos una verdad sin la mediación de otras verdades ya conocidas por nosotros: es un conocimiento inmediato y total⁵⁸, más parecido a una flecha que al volar por los aires se incrusta en el objeto, que a un hombre trepado a un palo encebado (o cucaña) buscando con ahínco la verdad que descansa en el punto más alto. Es un "cazar al vuelo" muy diferente a lo que podría llamarse una corazonada. Ésta es un *presentir*, aquélla es un *presaber*, un saber anterior a cualquier concatenación lógica, aunque saber cierto al final de cuentas.

¿Es posible, entonces, que más allá de sus propias ideas pesimistas, hubiera en estos filósofos un conocimiento existencial que les hiciera decir sí a la vida, a pesar de todo lo que les pudiera sugerir la lógica de la razón? ¿Resultaría improbable que este conocimiento causara los mismos efectos en nosotros, que tan a menudo nos quejamos de la vida, aunque continuamos en ella sin querer abandonarla? Y si esto es así, ¿cuál es la verdad a la que nos introduce esta creencia, intuición o lo que sea? Puesto que nos libra de la desesperanza total, bien pudiera ser ésta: *Pese a todo, vivir vale la pena; espera un poco y lo verás*. De otra forma, ¿cómo se explicaría que él (o los) que tanto ha(n) maldecido la vida, se aferre(n) a ella como borracho(s) al único poste?

58 ABBAGNANO, Nicola. *Diccionario de Filosofía*. Fondo de Cultura Económica, México 1974, p. 685.

Ignoro si habrán leído ustedes ya *Los locos de Chaillot*, una obra teatral del dramaturgo francés Jean Giradoux (1882-1944). En la primera escena de esta pieza, un hombre intenta quitarse la vida, pero una mujer, precisamente una loca, lo detiene sujetándolo del brazo. En eso llega un policía que empieza a anotar cosas en su pequeña libreta de bolsillo: ha descubierto el intento de suicidio y ahora quiere registrar todos los pormenores. Al parecer, lo único que le interesa a este burócrata del orden es hacer jeroglíficas anotaciones. La loca se desespera, se agita y, por último, exclama: "Aparte su cuaderno de notas y consuélale... A los mandatarios del Estado les corresponde consolar a todo aquel que quiera quitarse la vida mostrándoles ésta en toda su gloria... *La vida es limpia y muy valiosa, dígaselo*"⁵⁹.

¿Y no es esto exactamente lo que nos dice, sobre todo en los momentos más difíciles, aquella creencia o intuición que nos preserva del suicidio? Como en la pieza de Giradoux, bien pudiera ser que quien nos susurrara esto al oído fuera loca, o un loco, o que estas palabras constituyeran una locura. Trataríase, sin embargo, de una bendita locura a la que habría que hacerle un elogio al estilo de Erasmo de Rotterdam. "La vida es limpia y muy valiosa". ¿Quién nos mantiene vivos y luchando cuando todo se quiebra en torno nuestro? Acaso sea esta verdad la que nos dota, sin darnos cuenta nosotros, de nuevas esperanzas o de una enérgica resistencia.

Pondré ahora a su consideración dos ejemplos de cómo la vida de todos los días se burla de nuestras ideas más pesimistas, y de cómo nosotros mismos, sin caer en la cuenta de ello, negamos el absurdo hasta en los más rutinarios actos de nuestra existencia. El primero de estos puede encontrarse en las obras de dos ilustres personajes, uno del mundo de la sociología y otro del mundo de la teología; me refiero a Peter L. Berger y a Leonardo Boff.

59 GIRADOUX, Jean. *Los locos de Chaillot*. Para un buen comentario de esta obra, Cfr. HEER, Friedrich. *Humanismo abierto*. Estela, Barcelona 1968, pp. 66-68.

“Un niño despierta en la mitad de la noche: siente miedo a la oscuridad y llama a gritos a su madre. Esta llega a donde él y, acariciándole el pelo, sentada a su lado, le dice: ‘No tengas miedo. Todo está bien querido mío’. Y entonces el niño se duerme otra vez, ahora lleno de una dulce serenidad”.

“Este gesto pertenece a la rutina de la vida –comenta Boff–, pero esconde una profundidad radical que se manifiesta en la pregunta: ¿Estará la madre engañando al niño? ¿El mundo no está en orden, ni está todo bien! Ambos, el niño y la madre, un día habrán de morir en este mundo. Y, sin embargo, sentimos que la madre no está mintiendo al niño. El gesto de la madre revela la confianza de que, a pesar de los desórdenes que puede aducir la razón práctica, impera un orden fundamental en la realidad”⁶⁰.

Hemos tomado el otro ejemplo de uno de los tomos del diario de Eugène Ionesco, el padre del teatro del absurdo y uno de mis autores favoritos: “En navidad me encontraba en un país nórdico –escribe–; las familias se reúnen los días de fiesta, ante un árbol, precisamente. Hacen fiesta, van todos vestidos de fiesta, en una casa adornada para la fiesta, se intercambian regalos, *ríen como si todo fuese lo mejor del mundo, como si no supiesen que existe el abismo*. Se sonríen los unos a los otros, son gentiles, amables, educados... se besan como si se adorasen. *Sin embargo, saben muy bien lo que les espera*. Fingen no saber. Tienen valor, tienen paciencia, tienen ignorancia, o acaso sabiduría, o quizá sepan secretamente, quizá sepan inconscientemente lo que yo no sé, todo lo que yo no consigo saber”⁶¹.

Pero Ionesco también lo sabía. Sin darse cuenta lo sabía. Lo sabía sin saberlo. De lo contrario no hubiera esperado 82 años para morir; de lo contrario, tampoco nosotros estaríamos hoy aquí, escribiendo y

60 BOFF, Leonardo. *El destino del hombre y del mundo. Ensayo sobre la vocación humana*. Sal Terrae, Santander 1985, p.26; también: BERGER, Peter L. *Rumor de ángeles*. Herder, Barcelona 1978.

61 IONESCO, Eugene. *Diario I*. Guadarrama, Madrid 1968, p. 105. (Los subrayados son míos).

leyendo estas líneas. Hay *algo*, pues, pese a nuestras más arraigadas ideas, que nos persuade de que *la vida es limpia y muy valiosa*, y, por lo tanto, digna de ser vivida, de ser llevada hasta el *natural* final. ¿Hemos advertido ya que la risa no es solamente un fenómeno específicamente humano, sino además una negación (muchas veces inconsciente) del absurdo? El que ríe, pone entre paréntesis los *dolores del mundo* y se entrega, aunque sea por un momento, a la fiesta de la vida: "Me río, luego quiero vivir".

Pensemos, además, en los nacimientos que tienen lugar todos los días en el mundo, en la bien o mal llamada explosión demográfica. ¿Qué quiere decir que sigan naciendo niños? Que, a pesar de todo, persiste la fe en la bondad de la vida. De lo contrario, nadie los haría nacer. Decía Rabindranath Tagore, el poeta indio, que cada niño es la señal de que Dios sigue esperando en el hombre. Pero advirtamos que eso no es todo: cada niño que nace es también la señal de que el hombre sigue confiando en la radical bondad del universo.

¿Qué es una fiesta de cumpleaños? Una celebración de la vida. Se celebra lo bueno que es estar aquí; se *celebra* el nacimiento, la venida a este mundo.

Lean atentamente estos signos, descubran otros más por su cuenta y digan si no la vida concreta de todos los días da al traste con las más elaboradas de las teorías por muy verdaderas que parezcan. La vida se burla a cada paso de la burla de la vida.

Capítulo 9

La adoración del presente

Ahora hablaremos del suicidio, ese fenómeno que parece contradecir lo que hemos dicho en el capítulo anterior. Si es verdad que hay en el hombre un *algo* que lo preserva de la desesperación total, ¿cómo entender que haya personas que se den muerte a sí mismas? Reconozco que el asunto no es tan sencillo y que cualquier explicación corre el riesgo de quedarse corta.

Empezaré con una pregunta: ¿Se les ha ocurrido pensar alguna vez que la vida es absurda, que no tiene sentido, que está vacía? Supondré que sí, aunque es posible me equivoque. Y bien, ¿cuáles son las causas de que uno, en determinados momentos, llegue a pensar de semejante manera? Estas son variadísimas. Y es que hay momentos tan difíciles, que uno querría con toda el alma multiplicarse por cero y literalmente desaparecer. Las cosas no nos salieron como habíamos esperado; a pesar de nuestros mejores esfuerzos, todo se ha venido abajo, incluida nuestra esperanza. ¿Qué nos ha quedado de ese personal naufragio? La cabeza da vueltas, el pulso se agita, el corazón languidece, y gemimos en actitud suplicante: "Señor, llévame ya. No soporto más"; o bien, imitando las expresiones de muchos personajes de las novelas de Kazantzakis, gritamos: "¡Esta vida, puah, el diablo se la lleve!" Y en cualquiera de ambos casos nos vamos a la cama con un aullido en la garganta muy parecido al que suelen emitir los perros apaleados.

Digamos que esto es lo ordinario. Pero he aquí lo extraordinario: ¡a la mañana siguiente somos ya otros! La sonrisa se extiende hasta los ojos, el corazón vuelve a saltar en el pecho (sic) y la lengua empieza a tararear una melodía que ya creíamos olvidada. ¡Como si hubiéramos vuelto a nacer! ¡Adanes y Evas en el sexto día de la creación!

Les confesaré con mucha vergüenza y todo que no han sido pocas las ocasiones en que me he ido a dormir pensando en lo mal que deberían sentirse tales o cuales personas si durante la madrugada me diera un infarto o algo así; en los cargos de conciencia que tendrían que sufrir y en los sentimientos de culpa que deberían cargar por haber hecho conmigo lo que hicieron. Pero, ¡oh sorpresa!, al otro día me encuentro con que el disgusto se me ha pasado y que no guardo ningún rencor. Es más, hasta me burlo de mí mismo por mis nocturnos deseos de muerte. ¡Ay, si anoche me hubiera colgado de la viga más gruesa, no podría gozar del bienaventurado día de hoy! ¡Qué bueno que superé la prueba!

Hoy se habla mucho de *vivir el momento*. Y está bien. Creo con firmeza que no puede haber verdadera dicha si no se acepta ser contemporáneo del minuto presente. Pero, ¡cuidado! También el presente puede ser peligroso si no se lo vive con cierta dosis de relativismo. Imaginémonos a un hombre en lo más espeso de su noche: si este hombre no reconoce que su situación actual es pasajera, corre el riesgo de pegarse hoy mismo un tiro en la cabeza.

Vivir es también pensar en el futuro, mejor dicho, en el propio futuro. Quien por la razón que sea llegue a olvidar esto, perderá la medida exacta de las cosas y quedará como encapsulado en un presente del que quizá no pueda (ni deba) expresarse bien. Si se me permite hablar así, un hombre que no piensa en el futuro, es un hombre sin futuro, o sea, sin porvenir.

Me preguntarán que esto a qué ha venido. Lo diré enseguida. A que estoy profundamente convencido de que todo suicidio implica una

arbitraria *eternización del presente*. Para el suicida no hay más que un pasado triste engarzado a un presente más triste aún, pero sin el consuelo del futuro.

Al escribir su *Eudemonología* o tratado de la felicidad, Arthur Schopenhauer definió que una vida feliz es aquella que, “después de una fría y madura reflexión, ha decidido que es mejor la existencia a la no existencia”⁶². Pero, ¿cómo es posible que yo pueda hacer un juicio semejante si aún no he vivido *toda* mi vida? ¿Cómo juzgar lo que aún no conozco? Los días venideros se escapan a mi consideración, no puedo juzgarlos de antemano. ¿Cómo, si no es por un *prejuicio*, podría afirmar que serán más terribles que los días pasados?

Viktor E. Frankl (1905-1997), el eminente psicólogo vienés, ha hablado en casi todos sus libros de la imposibilidad de que alguien pueda hacer un balance *objetivo* de su propia vida. Por lo menos nunca, sostiene, dicho balance podrá ser tan negativo “que necesariamente haya de considerarse carente de significado el seguir viviendo”⁶³. Y para justificar esta afirmación suya propone un ejemplo elocuentísimo:

“Un negro condenado a trabajos forzados a perpetuidad fue embarcado en Marsella con destino a la Isla del Diablo. En alta mar estalló un incendio en el barco que lo conducía con otros presos... El negro, que era extremadamente vigoroso, fue liberado de sus grilletes y salvó la vida de diez personas. Si todavía en el muelle de Marsella, al embarcarse rumbo al presidio, alguien le hubiera preguntado si creía que su vida tenía algún sentido, probablemente hubiera contestado que no”.

Y concluye: “Nadie puede saber si tiene o no algo que esperar de la vida y qué horas grandes le aguardan en ella todavía”⁶⁴.

62 SCHOPENHAUER, Arthur. *El arte del buen vivir*. Siglo Veinte, Buenos Aires 1943, p. 7.

63 FRANKL, Viktor E. *Psicoanálisis y existencialismo*, Fondo de Cultura Económica, México 2ª. ed., 5ª reimp. 1992, p. 95.

64 *Ibid.* p. 100.

El futuro es la tierra de promisión, el lugar de las posibilidades, el tiempo de lo que aún-no-es-en-nuestra-vida; solo que hace falta paciencia para esperarlo. "Mientras el hombre exista, tiene futuro –dise Bernard Delfgaauw en una de sus obras–. Aún en el caso de que esté por completo abandonado en el Polo Norte, *puede* siempre venir la salvación. Aún en el caso de que en su vida no vea en parte alguna una salida de las penas que la hacen insoportable, siempre queda una salida, viéndolo desde fuera, y si no hubiera otra, quedaría la posibilidad de sufrir... Mientras no se ha producido la muerte, hay otras posibilidades"⁶⁵.

El suicida, pues, no niega ese *algo* del que hablábamos al principio. En última instancia, él sigue siendo libre para aceptar o no la invitación que se le hace de reconocer la bondad de la vida. Con su muerte lo único que consigue (a decir de Camus) es negarle la oportunidad a lo posible.⁶⁶

El pueblo judío tiene un proverbio que dice así: "El que no puede sobrellevar lo malo, no vive para ver lo bueno". Desafortunadamente, ningún suicida podrá darse cuenta nunca de la profunda verdad que encierra. ¡Si tuviéramos la paciencia de esperar a mañana! Creo de todo corazón que no habría suicidios en este mundo (o que ciertamente los habría menos) si pudiéramos decir en los días de mayor aflicción: "Esperaré a mañana. El mañana también es mío, es parte de mí. Si lo espero anclado en la confianza, seguro que no me traicionará; seguro que me hará ver sus maravillosas sorpresas".

65 DELFGAAUW, Bernard, *La historia como progreso*, t.2. Carlos Lohlé, Buenos Aires 1968, p. 81. Véase la gran similitud de este pensamiento con este otro del Doctor Frankl: "Hay que arreglárselas – escribe- para convencer a estos (que buscan el suicidio como el único fin de sus desgracias) no sólo de que pueden seguir viviendo sin necesidad de tener aquello de que carecen, sino incluso de que deben considerar en buena parte como el sentido de su vida el sobreponerse interiormente a su desventura, fortaleciéndose en ella y mostrándose a la altura de su destino cuando algo falle". FRANKL, Viktor E. *Op. cit.* p. 97.

66 En realidad las palabras de Camus son: *Lo posible también merece una oportunidad*. Cfr. CAMUS, Albert. *Calígula*. (Precedido de *El malentendido*). Acto I, escena XII. Losada, Buenos Aires 1976, p. 67.

Capítulo 10

“Y vio Dios que era bueno”

¿ Por qué tendría que ser la vida limpia y muy valiosa? ¿ Y quién es el que infunde en nuestro interior esta creencia que nos ha ayudado a sortear las pruebas más difíciles? Espero de todo corazón poder contestar esta pregunta inspirándome en los presupuestos de la fe cristiana.

Declaro de antemano que no será tarea sencilla. Un prejuicio muy extendido entre nuestros contemporáneos es el de pensar que la época de la fe ha terminado y que el cristianismo, al no tener más que decir, debería callar. Nada menos que Fernando Savater, a quien ya mencionamos hace algunos capítulos, fue quien escribió en cierta ocasión que “hoy la religión se nos aparece en todo caso como propia de una mentalidad incurablemente *blanda*, frente a la posición *dura* representada por la ciencia”, y que “en cada opción concreta, el proyecto religioso se revela como particularmente aguado”.⁶⁷

Lo más cómodo para mí en cuanto autor de estas líneas, sería ponerme a tono con los tiempos que corren y aconsejar que nos dejemos de preguntas, que vivamos la vida a nuestro aire, es decir, lo más divertidamente posible, y que en cuanto sintamos un dolor que ya no se calme con aspirinas ni con nada, llamemos a un médico o a quien haga sus veces para que nos ayude a practicar la *muerte volun-*

67 SAVATER, Fernando. *La piedad apasionada*. Sígueme, Salamanca 1977, pp. 14-15.

taria. Traicionándome un poquito podría hacerlo: al fin y al cabo gastaría la misma tinta. Pero, pensándolo bien, ¿por qué cuando han vuelto a ponerse de moda las brujas, los brujos, los talismanes y el tarot, no tendría nada que decirnos Dios, de quien los cristianos decimos que es el autor de la vida? Si hablan los filósofos y los adivinos, ¿por qué tendríamos que hacer callar a Dios? Si El es quien creó la vida, ¿no tendría que ser Él, en definitiva, quien nos diga por qué la hizo, o para qué?

De cualquier manera, somos libres para elegir entre la explicación de la fe y cualquiera otra explicación. Reparemos, sin embargo, en que no hay término medio: o la vida tiene sentido o no lo tiene en absoluto; lo que no vale es jugar a dos barajas: decir que no lo tiene y hacer *como si* lo tuviera. ("Hay que imaginarse a Sísifo feliz", decía Camus. No lo era, pero había que imaginárselo. *Como si* lo fuera...)

Una vez dijo un filósofo que no creía en las respuestas de la fe porque eran respuestas demasiado seguras de sí mismas, demasiado fáciles: algo así como jugar con cartas marcadas: antes de empezar la partida, ya se sabe quien se llevará la mejor parte. Respeto mucho esta manera de pensar, como respeto a aquellos que no contestan el llamado del teléfono cuando éste suena. ¿Es demasiado fácil recibir un mensaje de Inglaterra con sólo levantar la bocina? Sí, es fácil, pero si lo quieren más difícil, siempre pueden tomar un avión y hablar cara a cara con el interlocutor. Y si lo quieren más difícil todavía, existen los barcos... No sé si me haya explicado. Este filósofo (y después de él muchos otros más) reprochan al cristianismo la seguridad y facilidad de sus respuestas, cuando a ellos les ha costado tanto sudor la adquisición de tres o cuatro certezas. Están en su derecho. Pero que no olviden que el cristiano funda su fe en una *revelación*, es decir, en unas verdades que no ha descubierto él mismo, sino que ha recibido gratuitamente de aquél al que llama la Verdad.

Dios dirige su palabra (su revelación) a todos. Cristiano es aquel que escucha esta Palabra y además la acoge. Su nombre de cristiano nace,

precisamente, de esta acogida. No es que sea cristiano con independencia de la Palabra: más bien es su actitud con respecto a ella lo que le confiere un nuevo nombre: el nombre de cristiano. Acusarlo por eso de *comodino* sería exactamente lo mismo que despreciar a alguien por haber recibido un regalo: "Es que no le ha costado nada a ese mequetrefe"; en efecto, no le ha costado nada. Pero, hombre, es un regalo que tú también podrías recibir con solo extender el brazo. Va para todos.

Merced a esta Palabra, a esta revelación, el hombre que es todo cristiano llega a conocer su destino, su vocación (aquello a lo que ha sido llamado), su origen, el designio que Dios tiene sobre él. La fe en cuanto tal es la respuesta humana a esta Palabra: "Señor, *creo* lo que me dices; *me fío* de tu Palabra; *confío* en que es verdad". ¿Parece esto algo sobrehumano?

Sin embargo, por nada del mundo debemos caer en la tentación de creer que por su fe el cristiano vive en un mundo color de rosa. Ojalá así fuera, pero no es así. Él también, como todo hombre, está sujeto a la muerte, a la angustia: tampoco él querría morir. ¡Ay, su fe no le hace más fáciles las cosas! Pero sabe algo importante: que en el origen de su existencia hay un designio divino. La fe no le da comodidad: sólo le aporta una seguridad: "que su vida está compuesta de sentidos coherentes que ciertamente desconoce, pero que al abrirle su Autor el corazón, podría entregarse a él confiadamente. Y esto ya es mucho, más que mucho.⁶⁸ Un famoso crítico literario francés lo dijo con otras palabras: "Soy cristiano, lo cual no resuelve ningún problema; pero ello me obliga a pensar con certeza que hay una solución".⁶⁹

El cristiano puede desesperarse, pero también puede abandonarse. Puede gritar como Iván Karamazov: "¡Nunca aceptaré el mundo que has hecho!", pero puede también decir: "Esto no lo comprendo, no lo puedo comprender, pero mi vida está en tus manos. Con saber eso me basta".

68 Cfr. THIELICKE, Helmuth. *Si Dios existiera...* Desclé de Brouwer, Bilbao 1971, p. 24.

69 BOISDEFRE, Pierre de. *Metamorfosis de la literatura*, t. I., Guadarrama, Madrid 1969, p. 33.

Meditemos juntos estas palabras que el escritor francés Georges Bernanos (1888-1948) puso en boca del párroco de Torcy en la más conocida de sus novelas; ellas resumen admirablemente cuanto puede decir un cristiano en relación con el sufrimiento: "Pues bien, hijo mío, de habernos dejado obrar a nosotros, la Iglesia habría dado a los hombres esa especie de *seguridad soberana*. Cada cual hubiera tenido también su parte de contrariedades. El hambre, la sed, la pobreza, la duda. Pero el hombre se sabría hijo de Dios... ¡Tal hubiera sido el milagro!"⁷⁰.

Hace ya algunos años, un biólogo metido a filósofo, Jacques Monod (Premio Nóbel de Medicina 1965), escribió un libro titulado *El azar y la necesidad*. En él, después de más de 200 páginas de análisis bioquímicos y de otras cosas, llega a la misma conclusión a la que llegó Demócrito, el filósofo griego, en el siglo IV a. C.: "Todo lo que existe en el universo es fruto del azar y de la casualidad". Un buen resumen de la obra de Monod, podría ser éste: "Es superfluo buscar un sentido objetivo de la existencia: sencillamente no existe. El hombre no es un elemento dentro de un plan que dirige a todo el universo. Es producto de la más ciega y absoluta casualidad que se puede imaginar. Los dioses han muerto y el hombre se encuentra solo en el mundo. Demócrito tenía razón: Todo lo que existe en el universo es fruto de la casualidad y de la necesidad"⁷¹.

Observemos que esta es una postura si no verdadera por lo menos coherente consigo misma: Dios no existe, luego no hay sentido objetivo de la existencia humana, no puede haberlo.

De cualquier manera, los cristianos estamos seguros de una cosa: que Dios nos creó. Si vivimos en esa seguridad es porque Él nos dijo que nuestra vida había salido de sus manos: "Creó al hombre a imagen suya..." (*Génesis 1,27*). Y por eso es que nosotros, todos los domingos durante la Misa, puestos de pie, proclamamos nuestra fe

70 BERNANOS, George. *Diario de un cura rural*. Luis de Caralt, Barcelona 1954, p. 23.

71 Cfr. MONOD, Jacques. *El azar y la necesidad. Ensayo sobre la filosofía natural de la biología moderna*, Planeta- Agostini, Barcelona 1993.

en el "Dios Creador y Señor de todas las cosas". Si esto no fuera verdad, Monod tendría razón y todo lo que sigue en el *Credo* (y en la vida) no serían más que paparruchas.⁷²

Leamos atentamente el primer capítulo del libro del *Génesis* y prestemos atención a lo que se dice después de haber sido creada cada cosa: "Y vio Dios que era bueno". Ya sé que Schopenhauer se reía a carcajadas de esta declaración divina de la bondad del universo, pero esto, a decir verdad, no quiere decir nada.

Confesar que Dios es Creador equivale a decir que todo lo que Él trajo a la vida, lo trajo porque *quiso*. No por una especie de capricho, ni porque alguien lo obligara a ello, ni porque se sintiera muy solo en la infinita, monótona y vasta eternidad. Nada de eso. "Dios no tiene otra razón para crear que su amor y su bondad" —dice el Catecismo de la Iglesia Católica—⁷³. San Agustín habló de este misterio mejor que nadie. Dirigiéndose a su Señor, exclamó: "*Creasti me quia amasti me*": me creaste porque me has amado. En el principio no fue la creación, sino el amor. Aquella es consecuencia de éste.

Antes de su conversión, Giovanni Papini (1881-1956) escribió un curioso relato de tendencia más bien maniquea⁷⁴ en el que pone en

72 Aquí se impone una aclaración: como lo ha demostrado ya la tradición filosófica, la verdad de la creación es susceptible de ser aprehendida por las luces de la sola razón. No hace falta la fe para creer en esta verdad. Sin embargo, la revelación ahonda más en este conocimiento al responder a la pregunta: "¿Para qué?".

73 CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, n. 293, Coeditores Católicos Litúrgicos de México, México 1997, p. 81.

74 El maniqueísmo es una especie de secta o religión (fundada por Mani o Manes alrededor del siglo III d.C.) que se extendió rapidísimamente por Asia, Europa y el norte de África. Concebía la existencia de dos dioses (o sustancias originales): el dios creador del Bien (el *buen dios*) y el dios creador del Mal (o *príncipe de las tinieblas*). Según la gnosis maniquea, el hombre y el mundo son malos porque están formados por una mezcla anormal de espíritu y materia, de bien y de mal. El hombre, en cuanto ser material, es malo. Si al buen dios le interesa el hombre, es por su ser espiritual. La salvación es el acto mediante el cual el dios del Bien rescata del ser humano aquello que le pertenece, no lo que pertenece al principio contrario. En definitiva, la salvación propuesta por el maniqueísmo es la salvación del alma (y eso sólo por una suerte de orgullo divino) mediante la aniquilación del cuerpo.

boca de Dios estas palabras terribles: "Mi primera culpa es haber hecho el mundo... Para mí, el mundo, este mundo, es el fruto de mi pecado, es el aborto angustioso de un mal amor, de una debilidad sin consuelo... La creación es rebajamiento, es el paso de lo perfecto a lo imperfecto, de la idea absoluta a la realidad grosera, del espíritu a la materia, de la perfección de la nada a lo innoble existente. La existencia es esfuerzo, es dolor, es deseo... El ideal es lo no real, lo no creado... La creación es el pecado de Dios, es mi pecado, mi caída... La confesión es dolorosa pero necesaria: dos fueron las razones de mí caída: el orgullo y el aburrimiento"⁷⁵.

Según este relato del que Papini se arrepintió más adelante, nuestra vida es el resultado de los aburridísimos ocios de un ser todopoderoso. Pero eso no es cierto. "Ser creado significa ser *querido* por Dios, ser pensado por su bondad"⁷⁶.

Todo ser venido a este mundo puede decir con todo derecho: "El me llamó por mi nombre, me trajo de la nada al ser. Me quiso. Si amar un ser es querer que sea, el me amó, me ama". Gracias a esta verdad (la de haber sido querido) es que yo puedo decir *sí* a la vida, aunque no alcance a comprenderla del todo. De otra forma, ¿por qué debería afeerrarme a una existencia en la que no fui querido ni pensado, y en la que todo lo que pueda hacer, sufrir o soñar va a perderse irremediamente hoy o mañana? "El ente dotado de razón no admite no haber sido pensado; el corazón capaz de amar no admite no haber sido amado"⁷⁷, escribió Francois Mauriac poco antes de su partida de este mundo.

Los teólogos medievales decían que "si Dios nos olvidara por un instante, volveríamos a caer en la nada como si jamás hubiéramos existido"⁷⁸. Eso significa ser creados: saberse, ante todo, amados. "El

75 PAPINI, Giovanni. *Memorias de Dios*. Empresa Letras, Santiago de Chile 1934, pp. 18-21.

76 SCHEFECZYK, Leo. *El hombre actual ante la imagen bíblica del hombre*, Herder, Barcelona 1967, p. 41.

77 MAURIAC, Francois. *Lo que yo creo*. Taurus, Madrid 1963, p. 34.

78 STEINMANN, Jean. *La fe cristiana hoy*. Carlos Lohlé, Buenos Aires 1971, p. 33.

creer cristiano es fiarse, confiar, porque somos obra de Dios, porque estamos en las manos de Dios. *No nos hubiera creado si todo tuviera que acabar mal*".⁷⁹

79 VIVES, Josep. *Creer el credo*. Sal Terrae, Santander 1986, p. 53. (El subrayado es mío.)

Capítulo 11

No desconocía mis huesos

Viéndolo bien, la historia del pensamiento y de las religiones registra únicamente cuatro maneras de explicar el misterio de la presencia del hombre en la tierra. Las aquí explicadas:

1. El panteísmo

Según esta filosofía, cosmovisión o lo que sea, nada hay, mejor dicho, nada es, si no es al mismo tiempo divino. *Todo es Dios. Dios es todo.* Una piedra, por el simple hecho de *ser*, de estar ahí, es una parcelita de Dios, como lo es también un sapo, un rábano, una jirafa, un chile verde y un hombre.

Si la concepción panteísta de la vida se viera en el deber de expresar en pocas palabras el contenido de su "fe", diría únicamente esto: *El Ser es Uno.* Hacia el siglo VI a. C., Parménides, el filósofo griego, demostró de manera inimitable que no puede haber más que un Ser y que éste es, precisamente, el Ser Divino. He aquí cómo, partiendo del principio de identidad (*el ser es, el no ser no es*), llegó a semejante conclusión: No puede haber dos Seres.

Suponiendo que los hubiera, uno *sería* lo que *no es* el otro, pues si no hubiera distinción alguna entre uno y otro, no se podría hablar de dos seres, sino de uno solo. Pero si se habla de dos, tiene que afirmarse la diferencia, y en este caso uno es lo que el otro no es. Y si esto es así, ambos son una mezcla de ser y no ser (uno *es* lo que el

otro *no es* y viceversa), lo que significa, en definitiva, que ni uno ni otro son, pues *el ser es* y *el no ser no es*. Por lo tanto no puede haber dos seres. *El ser es Uno*.

Pero ahí no acaba la cosa. El Ser además de Uno es *Eterno* ¿Por qué? Porque si no lo fuera, tendría principio y tendría fin. Si tiene principio, hubo un tiempo en que no fue, en que era *no ser*; y si tiene fin, habrá un tiempo en que no será, en que se irá al fondo del no ser. Y como el Ser no puede no ser, éste tiene que ser *Eterno*.

El razonamiento continúa. El Ser, además de Uno y Eterno, es *Inmutable*. No puede cambiar, porque todo cambio es dejar de ser lo que se era para llegar a ser lo que no se era. Antes del cambio, un ser *no era* lo que es; después del cambio, será lo que *no era*. En otras palabras, o el Ser es *Inmutable* o *no es* en modo alguno.

Además de Inmutable, el Ser es *Infinito*. No tiene límites. Porque, ¿qué habría más allá de los límites en que el ser *es*? El *no ser*. Y el no ser no es. Si el ser es aquí pero no allá, allá no es. Luego la infinitud es también uno de los atributos del único Ser.

¿Y eso es todo? No. El Ser es también *Inmóvil*, no puede moverse, porque moverse es dejar de estar en un lugar para estar en otro lugar. Si deja de estar en un lugar, ya no es en ese lugar, y si llega a otro lugar, es en ese lugar pero no ya donde era en un principio. El Ser tiene que ser todo en todo lugar y al mismo tiempo: tiene que ser *Inmóvil*.

Según Parménides, pues, las características del Ser (con mayúscula) son la unicidad, la eternidad, la inmutabilidad, la infinitud y la inmovilidad.

Pero, ¿y entonces los *seres*? Estos nacen, mueren, sufren, se mueven, ¿luego no son? A Parménides no se le escapa este problema y, a su manera, intenta solucionarlo: "Este mundo abigarrado de colores, de sabores, de olores, de movimientos, de subidas y de bajadas, de cosas que van y vienen, de la multiplicidad de los seres, de su variedad, de

su abigarramiento, todo este mundo sensible es *una apariencia*, es una ilusión de nuestros sentidos, de nuestra facultad de percibir"⁸⁰

¿Una apariencia? ¿Quiere esto decir que entonces yo no soy, o que solo soy un sueño, un fantasma o algo parecido? No tanto eso, respondería con pleno convencimiento un panteísta: "sois únicamente una partícula divina, un trozo de la divinidad que más tarde o más temprano irá a fundirse con el Todo, con el Uno".

Esto significa que mi existencia personal, es decir, mi individualidad, es sumamente engañosa. En realidad yo no soy la persona que pienso ser, ni tengo límites, ni estoy empequeñecido por aparentes fronteras corporales o psicológicas. Lo que sé del Ser puedo aplicármelo a mí mismo: soy eterno, inmutable, infinito e inmóvil, pues soy parte del Uno. Así pues, ese dolor que creo mío no existe en absoluto, es un puro engaño producido por la materia y los sentidos. ¿Recuerdan ustedes el famoso *mito de la caverna* de Platón? Los pobres hombres que viven allí encerrados, "¿creéis que pueden ver otra cosa de sí mismos y de los seres que están a su lado que las sombras que van a producirse en el fondo de la caverna?" "Pues bien, mi querido Glaucón, el antro subterráneo es este mundo visible"⁸¹. No vemos aquí más que sombras engañosas que buscan confundirnos. Pero nada del mundo hará que nos apartemos de esta gran verdad: yo no soy yo, sino el Todo, el Uno.

"Te liberas del sufrimiento –ha dicho recientemente un apóstol panteísta– cuando comprendes que la parte es una ilusión; que no hay un ser aparte que sufra... Eres siempre el Todo, que no conoce otra cosa que libertad, liberación y esplendor. Comprender el todo es escapar del destino de la parte, que no es mas que sufrimiento, dolor y muerte"⁸².

80 Para ahondar en el asunto, vid: GARCÍA MORENTE, Manuel. *Lecciones Preliminares de Filosofía*. Porrúa, México 1989, pp. 62-63.

81 PLATÓN. *La República o el Estado*, libro VII. En *Obras de Platón*. Edaf, Madrid 1969, pp. 1269-1272.

82 WILBER, Ken. *La conciencia sin fronteras*. Kairós, Barcelona 1988, pp. 77-78.

¡Vamos, que no pasa nada, que no hay dolor, que nada existe salvo la armonía, la paz, el bien y la belleza! Un bonito cuento de hadas muy parecido a aquel que una vez contó Epicteto (50-120) y que más o menos empieza así: "Cuando se te ofrezca algún hecho enojoso, acostúmbrate a decir en ti mismo que no es lo que parece, sino figuraciones"⁸³.

2. El dualismo

Si los panteístas dicen que el Ser es uno, los dualistas hablarán de dos principios creadores, es decir, de dos dioses: El dios del bien y el dios del mal; el dios creador de las realidades invisibles, espirituales y eternas, y el dios creador de lo visible, lo material y lo grosero.

Según esta "teoría" -llamémosla así-, en el origen, estos dos dioses o principios vivían felices cada uno por su lado, respetándose mutuamente; pero, por ciertos motivos que nadie conoce, el dios del mal quiso hacerle la guerra al dios del bien y se entabló entre ambos una lucha feroz, a muerte. En el transcurso de esta batalla divina una parte de la sustancia luminosa cayó y quedó mezclada con la sustancia de las tinieblas. Por esa razón es que la realidad (es decir *todo*, es decir el hombre también) está constituido de bien y de mal, de luz y tinieblas, de muerte y eternidad. En un famoso libro sobre los cátaros (una secta de entraña enteramente dualista que se extendió por Europa durante la Edad Media), Gérard de Sède escribe:

Puesto que Dios es bueno por definición y el mundo es presa del mal, el mundo no es la obra de Dios, sino la de un espíritu maligno, y toda su historia es la de una lucha sin cuartel entre dos principios igualmente poderosos: el bueno y el malo, el Espíritu y la Materia, que se oponen "como un rey a un cerdo". En el curso de su primer enfrentamiento, una parcela de luz emanada del Padre de la Grandeza quedó prisionera en la creación carnal del Príncipe de las tinieblas; por eso nuestro mundo es el de la mezcla: la presencia en su seno de ese germen espiritual le promete, empero la salvación

83 EPICTETO. *Manual*, I,5. Porrúa, México 1986, p. 3.

por un sistema complicado de depuraciones sucesivas, al término de las cuales Luz y Tinieblas, Espíritu y Materia quedarán separadas como en el comienzo de los tiempos, sin que sea posible una nueva contaminación del uno por la otra⁸⁴.

Después de la lucha y el desgarramiento de la sustancia luminosa, ésta no va a quedarse de brazos cruzados y saldrá a recuperar lo divino que hay en el mundo, o sea, en los dominios del dios malvado. En el hombre, va por el alma; el cuerpo no le interesa en modo alguno, pues es hechura de manos enemigas. El cuerpo es lo primero que hay que abatir. Es más, si de veras el hombre quiere verse libre de lo que el mal ha puesto en él, debe colaborar con la divinidad benévola, aniquilando en sí mismo, mediante rigurosos ejercicios ascéticos, todo lo que tenga relación con el principio opuesto. Para el dualismo *salvarse* significa salvar el alma, matar el cuerpo y nada más.

Si esto es así, las siguientes conclusiones son inevitables:

- a) El dios bueno nunca podrá *aceptarme* en mi situación actual, pues soy un híbrido de bien y mal; tengo algo suyo, cierto, pero también tengo algo del enemigo. *No le intereso ni le pertenezco todo yo.*
- b) Mi vida no se explica por el amor, sino por el conflicto. Soy el resultado de un accidente más que de una libertad soberana. Si el dios bueno no hubiera sido desgarrado por el dios malo, mi vida nunca habría tenido lugar.
- c) Si el dios bueno no me acepta (ni puede aceptarme) como soy, es decir, como cuerpo y alma, entonces tampoco yo puedo aceptarme a mí mismo, y lo único que me queda es autoaniquilarme, pegarme contra las piedras para que salga de mí la chispa de la inmortalidad que guardo en lo más profundo.
- d) Si el mundo es intrínsecamente malo, yo no debo interesarme por él. ¿Qué los demás se mueren de hambre? ¿Qué bueno, así se libran de una vez de este infierno material! ¿Qué hay que ser más

84 SEDE, Gérard de. *El tesoro cátaro*. Plaza & Janés, Barcelona 1972, p. 28.

justos, más solidarios? ¿Y para qué? Mientras más rápido se acabe este mundo, mejor que mejor. El desinterés por lo efímero es para el dualista la virtud fundamental.

- e) Si el mal fue creado por un dios, entonces el mal existe por sí mismo (es una *sustancia*) y tiene igual poder que el bien. Ya nos podemos rebelar, ya podemos gritar y pegar patadas: el mal existirá independientemente de la finitud y de mi libertad.

3. El nihilismo

Una tercera explicación (si es que puede llamarse explicación), es la llamada *nihilista* (*nihil* en latín significa *nada*), y la síntesis de su pensamiento podría enunciarse de la siguiente manera: *nada es*. "¿Buscáis a Dios para que os explique por qué hizo el mundo y todo cuanto contiene? Pues bien, buscáis inútilmente: no hay Dios. ¿Buscáis el traído y llevado sentido de la vida? Tampoco hay tal sentido. En todo caso, hay el absurdo, el azar, la casualidad. Este mundo, como dijo Shakespeare, es más bien cuento contado por un idiota".

En su novela más importante, *La náusea*, Jean Paul Sartre (1905-1980), el filósofo existencialista, hace decir a Roquetin, el héroe (o antihéroe) de la novela, mientras éste hace un recuento de sus últimas experiencias: "Yo estaba allí inmóvil y yerto, sumido en un horroroso arrobamiento. En el seno mismo de este éxtasis algo nuevo venía a aparecer: yo comprendía la náusea, la poseía. Lo esencial es la contingencia. Existir es ser ahí simplemente. Todo es gratuito, este jardín, esta casa, yo mismo... He ahí la náusea"⁸⁵.

Contingente, gratuito, significa sin una razón, sin un por qué. Posteriormente a estas líneas de Sartre se ha llegado a decir no sólo que el hombre es gratuito, sino que ni siquiera merece la pena hablar de él: "A todos aquellos que quieren hablar aún del hombre de su reino o de su liberación, a todos aquellos que plantean preguntas sobre lo

85 SARTRE, Jean Paul. *La náusea*, Losada, Buenos Aires ¹⁵1975, pp. 148-149.

que es el hombre en su esencia, a todos aquellos que quieren partir de él para tener acceso a la verdad... no se puede oponer otra cosa que una risa filosófica"⁸⁶.

4. La creación

Pero existe una cuarta explicación, que se opone abiertamente a las tres anteriores, según la cual ni somos dioses, ni infinitesimales manchones en la pavorosa vastedad de la nada, ni una mezcla aborrecible de principios opuestos. Si pudiera decirse así, representa el camino intermedio entre el entusiasmo de aquellos que creen serlo todo, la pesadumbre de los que piensan no ser nada y la desesperanza de los que se saben entre el diablo y Dios. Este camino es el de la creación. "El hombre ha sido creado por Otro, que es lo absoluto, y ha sido creado por amor".

Dios sigue siendo Uno, eterno, inmutable, infinito e inmóvil pero quiere que yo también sea, que sean ustedes. Mi ser no es estorbo para su Ser. Al contrario, él quiere que mi ser se enriquezca con el suyo: "Dios es El que es, y nosotros podemos ser ante él".

"Si queremos acercarnos a la verdad de que Dios ha creado -dijo un día Romano Guardini en una de sus homilias dominicales- debemos hacerlo pensando: Dios me ha creado; ha creado al mundo, y a mí en el mundo... Dios tiene intención de mí. Yo existo por su voluntad. Vivo de su mirada"⁸⁷. (Me creó como soy: en cuerpo y alma. Nada hay en mí que Él no haya querido de antemano. Ama mi alma, ama mi cuerpo, me ama entero).

Un padre no puede dejar de amar a su hijo. Cuando sabe que su hijo existe, aunque no sea mas que en el seno materno, el padre lo ama con ternura, gratuitamente: lo sabe carne de su carne y hueso de sus huesos. En una palabra, lo ama por la sencilla razón de que es. Pero

86 FOUCAULT, Michel. *Las palabras y las cosas*. Siglo XXI, México 1981, p. 333.

87 GUARDINI, Romano. *Verdad y orden*, t. I. Guadarrama, Madrid 1960, p. 33.

de Dios, cuyo amor va más allá del amor humano, hasta la misma raíz de la existencia, no podría decirse lo mismo. *No nos ama porque seamos, sino que somos porque nos ama.* Escuchemos con qué palabras el autor del salmo 138 confesaba su fe en la ternura divina como amor originante:

*Señor, tú me sondeas y me conoces;
me conoces cuando me siento o me levanto,
de lejos penetras mis pensamientos;
distingues mi camino y mi descanso,
todas mis sendas te son familiares.*

*No ha llegado mi palabra a mi lengua,
y ya, Señor, te la sabes toda...
Tu has creado mis entrañas,
Me has tejido en el seno materno,
Conocías hasta el fondo de mi alma,
No desconocías mis huesos.*

¡Cuando mis huesos se iban formando en el seno de mi madre, Dios estaba atento de mí! Se necesitaría ser un verdadero místico para comprender en todo su sentido las palabras de este salmo. Pues bien, esto es lo que significa el dogma de la creación.

“¿Quién nos mantiene vivos y luchando cuando todo se quiebra en torno a nosotros?” Ahora ya podemos responder mejor a esta pregunta: Aquel para quien nuestra vida es siempre querida y muy valiosa: Dios.

Capítulo 12

Los cálculos de un arzobispo

Suele decirse que uno de los golpes más bajos que ha recibido la fe en la creación vino del puño de Charles Darwin (1809-1882), el célebre naturalista inglés, al publicar *El origen de las especies* (1859), un libro mediante el cual se propuso dar a conocer su "teoría de la evolución". Según ésta, todo cuanto existe –incluido el hombre, por supuesto– es fruto de una larga y milenaria evolución. Todo avanza, se transforma, cambia. Nada ha sido como lo conocemos actualmente, ni nada será tampoco como lo hemos conocido.

El hombre, para llegar a ser lo que es, tuvo que "esperar" una gran cantidad de siglos. Primero fueron los peces, después los anfibios, más tarde los reptiles, luego los mamíferos y, por último él. Parecía que no le iba a tocar turno. "Geológicamente hablando, (el hombre) es un brote tardío en el árbol de la Evolución".

Para que podamos hacernos una idea de lo reciente que es la vida humana sobre la tierra, los antropólogos contemporáneos han dicho que si calculamos en *un año* la edad del mundo material, en comparación con ella la edad del género humano es apenas de un segundo, "justo el tiempo necesario para decir sí".⁸⁸

Si esto es verdad, si *en el principio* no hubo un Adán ni una Eva, como asegura el libro del *Génesis*, sino un organismo monocelular

88 KOENIGSWALD, G. H. R. V. *Historia del hombre*. Alianza, Madrid 1981, pp. 15-23.

que con el tiempo, tras una larguísima (y muy lenta) evolución, pasó a ser un hombre tal y como hoy lo conocemos, ¿dónde queda la verdad de los textos bíblicos que nos aseguran que “en el principio Dios creó al hombre y a la mujer”? Si la teoría de la evolución resulta ser cierta, es decir, si deja de ser una teoría para convertirse en una verdad científica, entonces un antropólogo de nuestros días tiene toda la razón cuando dice que “el primer hombre tuvo necesariamente y por definición un padre y una madre animales.”⁸⁹

Después de la publicación de *El origen de las especies* no fue infrecuente escuchar de labios increíbles agresiones como éstas dirigidas a los cristianos: “Con que os creíais de manufactura divina, ¿eh? Pues bien, sabedlo todos ustedes, orgullosos, : vuestro padre y vuestra madre no son sino un par de simios perdidos en alguna isla lejana”. Y los cristianos agachaban la cabeza sinceramente abatidos. Para muchos de ellos, la nueva teoría era una seria objeción a los principios enseñados por la doctrina cristiana. Como consecuencia, no pocos abandonaron su fe, mientras que el resto fiel buscaba por todas partes un punto, un mínimo punto que pudiera conciliar los opuestos. Hacia 1836, Sir Charles Lyell en *The antiquity of Man* escribió: “Y sin embargo, sólo al hombre se le dio la fe”⁹⁰. Como diciendo: “Está bien, en parte tenéis razón. Y, sin embargo, sólo al hombre le habló Dios, no al mono”. El dilema se presentaba de una manera terrible: o aceptar los resultados de la ciencia y dar la espalda a la fe, o vivir de la fe renunciando para siempre a la ciencia. O científicismo o fideísmo: tal parecía ser la única vía de escape. Todavía a principios de siglo, conciliar evolución y fe parecía una lucha de titanes. Jean Guitton (1901-1999), el filósofo católico, dice en uno de sus libros que su madre se angustiaba terriblemente por el conflicto entre la fe y la ciencia, y que en cierta ocasión, cuando él tenía apenas diez años, lo

89 HIERNAUX, Jean. *Recientes descubrimientos sobre el origen del hombre*. Ayuso, Madrid 1971, p. 16.

90 Cit. en BAUMER, Franklin L. *El pensamiento europeo moderno. Continuidad y cambio en las ideas 1600-1950*. Fondo de Cultura Económica, México 1985, p. 332.

llevó aparte y le dijo así, inesperadamente, que “nada se oponía al hecho de que el cuerpo del hombre proviniese del cuerpo de una simia”⁹¹. Como si para esta santa señora el problema cobrara rasgos de verdadera obsesión.

Hoy las cosas se presentan de otra manera. Tanto la teología en general como la exégesis bíblica en particular, parecen no ver ningún peligro en que un cristiano crea en la teoría de la evolución, si sabe contar, claro está, con ciertos presupuestos (de los que hablaremos casi al final del presente capítulo).

Supongamos que en el principio solo había organismos monocelulares, y que a partir de ellos se inició el gran movimiento evolutivo que ha dado origen a los complejos sistemas que conocemos actualmente. Demos esto por aceptado. Pero, ¿un organismo monocelular no es ya en sí algo vivo? ¿Y quién *hizo* este ser vivo a partir del cual se desplegaría todo el proceso de la evolución? Y antes de estos seres de una sola célula, ¿qué había? ¿Materia inanimada? Y si solo había materia inanimada, ¿cómo se logró dar el paso del *no ser* al *ser*? Hay aquí un misterio que ni los más grandes científicos del momento han podido desentrañar. ¿Quién hizo o *creó* este ser rudimentario? Un creyente, pues, bien podría hacer suya la teoría de la evolución sin apartarse un ápice de sus convicciones fundamentales si *cree* que la vida –aunque solo sea una vida monocelular– ha tenido su origen en Dios. Como ha escrito Gilbert K. Chesterton (1874-1936), el genial escritor inglés, para *salvar* el dogma (o la verdad) de la creación, basta con afirmar que “en el principio, cierto poder inconcebible dio lugar a un inconcebible proceso”⁹².

Quizá siga en pie esta pregunta: ‘Bueno, ¿y qué pasa entonces con el relato del *Génesis*? Allí se lee muy claramente que todo cuanto existe fue creado por Dios en únicamente seis días. Y si es cierto que la Biblia no puede mentir’...

91 Cfr. GUITTON, Jean. *Perché credo*. Società Editrice Internazionale. Torino 1973, p.17.

92 CHESTERTON, Gilbert K. *El hombre eterno*. Poblet, Buenos Aires 1942, p.23.

De acuerdo, la Biblia no puede mentir. Pero séame permitido decir algo que no dejará de ser importante. *Los relatos de la creación (Génesis 1-3) no pertenecen al género de los libros históricos.* ¿Qué quiere decir esto? Que el autor (o los autores) sagrado (s) no intentaban, al escribir, hacer historia. A esta conclusión han llegado en la actualidad la mayoría de los teólogos. He aquí la razón de ello: *Entre los orígenes humanos y los autores inspirados a los que debemos Gén. 1-3, no es posible imaginar una tradición directa que nos proporcionara una documentación realista acerca del drama vivido por el hombre; falta, por lo mismo, a su relato, un documento constitutivo del género histórico, no sólo en el sentido moderno de la palabra, sino incluso en el sentido que le daban los medievales o los griegos: la apelación al testimonio.*⁹³

Para que la historia pueda ponerse por escrito hace falta el testigo; en el caso de los tres primeros capítulos del *Génesis*, falta un hombre anterior al hombre. Karl Rahner, el teólogo de Friburgo (1904-1984), se expresó acerca de esta imposibilidad. He aquí sus palabras: "El relato de la creación no es en todos sus detalles el 'reportaje' realizado por uno que presenciaba lo acaecido; en términos más cultos: la narración bíblica no refleja aquello que relata en la fenomenalidad del suceso y, por tanto, no es como la narración de uno que por haber sido testigo presencial, cuenta o puede contar sucesos visibles de tipo histórico... La pregunta es, pues, esta: ¿de dónde sabe el autor del Génesis lo que narra?"⁹⁴

Quien crea que los tres primeros capítulos del *Génesis* constituyen algo así como un manualito de *historia* sagrada, tratará sin duda de perfeccionar los cálculos que en 1654 hizo el arzobispo de Irlanda. Este piadoso prelado, estudiando atentamente los datos que proporciona el libro del *Génesis* (lo que Rahner llamó la *fenomenalidad*), llegó a la conclusión de que el mundo había sido creado el día 26 de octubre del

93 GRELOT, Pierre. *El problema del pecado original*. Herder, Barcelona 1970, p. 22.

94 RAHNER, Karl-OVERHAGE, Paul. *El problema de la hominización*. Cristiandad, Madrid 1973, p. 39.

año 4004 a.C., a las nueve de la mañana. Sólo le faltó decir que ese día había sido viernes, porque Dios tenía que descansar el sábado⁹⁵.

Hoy día, el común de los escrituristas está de acuerdo en afirmar que el relato de la creación pertenece más bien al género sapiencial, y que es "como un meteorito que, desprendido de los libros sapienciales, ha caído en medio de los históricos"⁹⁶.

No nos meteremos ahora en el problema de los géneros literarios de la *Biblia*. Sería como dar un rodeo al rodeo ya dado: ¿A dónde iríamos a parar? Baste con saber que la literatura sapiencial, al contrario de la literatura histórica, es aquella que busca suscitar fe y confianza más que llenar la cabeza de fechas, lugares y números. El autor del relato de la creación (no hay que olvidarlo: autor inspirado por Dios) no quería *ni podía* hacerla de reportero: no había estado en el lugar de los hechos. Su propósito era suscitar, por parte de los creyentes, una fe obediente en el Dios que no sólo los había sacado de la esclavitud de Egipto, sino que también los había sacado de la nada. En otras palabras, lo que el *autor sagrado* quería al elaborar la narración de los orígenes del hombre y del mundo, era dejar en claro algunas cosas que con el tiempo llegaron a ser los presupuestos de la fe del pueblo judío. ¿Cuáles son estos presupuestos? Veámoslos aquí:

-Existe un solo Dios. No muchos, como afirman los paganos. Uno solo y éste creador: "En el principio creó *Dios* los cielos y la tierra"... (*Génesis* 1,1).

-El mundo es absolutamente distinto de Dios (todo lo contrario de lo que dice el panteísmo). Dios creó separando. "Separa las aguas de arriba de las aguas de abajo. Separa el mar de la tierra. Y, al crear, se separa él mismo de su creación. Nada de lo que hay en el mundo es Dios o divino. Ni siquiera el sol ni la luna,

95 KOENIGSWALD, G.H.R.V. *Historia del hombre*. Alianza, Madrid 1981, p. 18.

96 GONZALEZ CARVAJAL, Luis. *Esta es nuestra fe. Teología para universitarios*. Sal Terrae, Santander 1989, p. 22.

considerados como divinidades astrales en la religión babilónica. Todo lo divino se encuentra concentrado en Dios⁹⁷.

-El mundo no tiene una existencia absoluta: fue creado por Dios. "Es finito en el tiempo, tuvo un comienzo y tendrá un final".

-El hombre no es una simple parte del mundo natural. Es, pues, más que una hormiga y un camello. Dios lo hizo a su imagen. Por esta razón (y por otras muchas más), su vida es infinitamente más valiosa a los ojos de Dios que todo el mundo material. "Es la única criatura a la que Dios ha amado por sí misma".

-Entre Dios y el hombre no está de por medio la indiferencia. Entre uno y otro es posible una cálida relación personal. "Dios no es un ser infinitamente alejado del hombre. Es un padre amante y fiel".

-Que todo lo que hizo, lo hizo *muy bien*. Dios, pues, no es el creador del mal, como afirman los fieles de las religiones idolátricas.

No importan las fechas. No importa que el hombre haya sido creado el viernes 26 de octubre, o el lunes 8 de noviembre, o el domingo 10 de enero del año que sea. Lo que importa es que ha sido creado y que, por lo tanto, "no ha sido arrojado despiadadamente a este mundo por un destino ciego; no anda errante, como pelota, de una oscuridad a otra". Ha sido creado, es decir que "en el mundo de Dios no es un extraño ni un expatriado. En él puede sentirse seguro y en casa"⁹⁸. Esto es justamente lo que el autor de los relatos la creación quería decir. Nada más (;pero tampoco nada menos!).

Queda aún por decir algo del pecado, de la desobediencia que también mencionan los tres primeros capítulos del *Génesis*, pero de eso nos ocuparemos en el siguiente capítulo.

97 BOUCHERIE, Henri. *¿Quién es Dios?* Edicep, Valencia 1990, p. 14.

98 DAECKE, Sigurd. "Dios creador". En KUTSCHKI, Norbert (Ed.), *Dios hoy, ¿problema o misterio?* Sigue-me, Salamanca 1968, p. 87.

Capítulo 13

El escultor de sí mismo

Sin embargo, decir que el hombre ha sido creado es a todas luces insuficiente: hace falta agregar que ha sido creado libre. Esto significa (entre una infinidad de cosas más) que puede hacer el bien, pero que también puede hacer el mal; que puede decir sí a todo lo bueno, justo y santo, pero también que puede decir no; que puede acoger amorosamente la invitación que Dios le hace a que *sea*, pero que también que puede no acogerla. Que el hombre es libre quiere decir que *todo es posible* y que, en lo que a él respecta, nada está dicho. El animal y la máquina se mueven en el ámbito de lo necesario: sus instintos y sus mecanismos internos respectivamente los obligan a no hacer más que lo que están predeterminados a hacer; imposible pedirles otra cosa. Pero en el hombre no es así: su libertad abre un mundo de posibilidades totalmente inesperadas e inéditas.

Muchos pueblos de la antigüedad —entre ellos la razonable Grecia— creyeron en la existencia de un cierto poder omnipotente y caprichoso al que llamaron *hado* o *destino*, del que ningún mortal podía sustraerse. Ya diera Edipo diez mil rodeos, ya se escabullera por otros tantos caminos, al final de su ruta estaba siempre el incesto. Era su destino, la sentencia dictada por los dioses: ¿y cómo enmendar la plana o huir de ese designio ineluctable? La tragedia griega nacerá de la triste constatación de que la vida del hombre ha sido arreglada de antemano sin su consentimiento. Los rieles están puestos: ¿qué

puede hacer entonces el pobre tren si no dejarse ir por ellos para llegar al punto prefijado? "No pidas nada: de la suerte que el destino tenga asignada a los mortales no hay quien pueda evadirse"⁹⁹, exclama el Coro al final de *Antígona*, la tragedia de Sófocles (496-406 a. C.). ¡Y qué terrible debió sonar esta sentencia en el teatro a través de las máscaras de los actores! Las cartas están marcadas: ¿Pretenéis ganarle la partida a los dioses?

De esta concepción de la vida como destino surgieron los oráculos. Puesto que en lo que a mí se refiere ya está todo escrito, es posible que pueda enterarme de algo. A los adivinos, esos seres privilegiados, los dioses les han permitido darle una hojeada al libro de mi vida. Por eso les pregunto: "¿Qué se lee allí? ¿Habéis visto algo? ¿Qué me espera para dentro de diez años?" Hay libros excelentes acerca de la adivinación en la antigüedad¹⁰⁰, pero sigamos adelante. Lo que en este momento me interesaba decir es que el cristiano no cree mucho (ni poco) en las artes adivinatorias. Ya desde el Antiguo Testamento, el adivino era alguien de quien había que mantenerse alejado. "No acudáis a los que invocan a los muertos ni a los adivinos, ni los consultéis para no mancharos con su trato", dice el libro del *Levítico* (19, 31) [ver también *Jeremías* 10, 2 e *Isaías* 47, 13: "No temáis los pronósticos celestes, pues son los paganos los que temen de ellos"].

¿Estará escrito en algún libro divino que yo tenga que matar a mi hermano? A decir verdad, puedo hacerlo; pero puedo también no hacerlo. Puedo elegir ser asesino de la misma manera que puedo elegir la inocencia. Si esto no fuera así, los hombres no seríamos mas que unas estúpidas piezas de ajedrez que se sienten muy libres en el tablero, ignorantes de que una mano las mueve a su antojo realizando ella misma todas las jugadas:

99 SÓFOCLES. *Antígona*. En *Teatro griego completo*. Edaf, Madrid 1970, p. 665.

100 Vid. BLOCH, Raymond. *La adivinación en la antigüedad*. Fondo de Cultura Económica, México 1985 y FLACELIERE, Robert. *Adivinos y oráculos griegos*. EUDEBA, Buenos Aires 1965.

*Tenue rey, sesgo alfil, encarnizada
reina, torre directa y peón ladino
sobre lo negro y blanco del camino
buscan y libran su batalla armada.*

*No saben que la mano señalada
del jugador gobierna su destino,
no saben que un rigor adamantino
sujeta su albedrío y su jornada.*

*También el jugador es prisionero
(la sentencia es de Omar) de otro tablero
de negras noches y de blancos días
Dios mueve al jugador y éste, la pieza.
¿Qué dios detrás de Dios la trama empieza
de polvo y tiempo y sueño y agonías?¹⁰¹*

Hace varias décadas, Erich Fromm extendió el diagnóstico: al hombre (no al de hoy, al de siempre) le da miedo ser libre. Por eso es que nunca (y hoy menos que nunca) ha podido prescindir de los magos, los adivinos y los astrólogos: en el fondo le gustaría que ya todo estuviera escrito, así no tendría que angustiarse por nada.

Cuenta don Bernardino Fernández de Velasco y Pimentel en su *Deleite de la discreción* que un esclavo de Zenón, el filósofo de Elea, robó una vez un pollo a su amo, y que éste, al descubrir el hurto, mandó darle muchos azotes. El esclavo, pensando que podría disculparse fácilmente si daba razones superiores, dijo: "Lo siento en el alma, señor, pero robar es mi destino". Con esto quería decir que le era imposible sustraerse al hado que movía su voluntad para apoderarse de lo ajeno. A lo que respondió el filósofo con razones todavía más

101 BORGES, Jorge Luis. "El ajedrez" (de *El Hacedor*). En *Obra poética de Jorge Luis Borges*. Emecé, Buenos Aires "1998, p. 123.

superiores: "Pues si tu destino es robar, el mío es azotarte"¹⁰². ¡Sabia respuesta! Si el esclavo recurría al destino, el amo también podía hacerlo y con mejores resultados.

En cierta ocasión me dijo un hombre al oído mientras yo trataba inútilmente de guardar distancia de su aliento alcohólico: "Mire usted, yo soy un borracho. Esa es la verdad, ¿para qué iba a negarlo? Sí, soy un borracho. Pero ya he descubierto por qué lo soy. Acérquese usted un poco más. Porque mi mujer me tiene embrujado. Así como lo oye. Mi mujer me ha embrujado para que mientras yo esté ausente de la casa, ella pueda hacer lo que le dé la gana. Pregunta: ¿se puede vivir en un mundo así?". Respuesta: Propóngase no tomar y verá cómo se rompe el hechizo.

Ser hombre es aceptar ser libre y *responder* de la propia libertad, es decir, *ser responsable*. Un hombre responsable es aquel que dice: "En efecto, esto es obra mía; es posible que sin querer haya obrado mal o causado algún estropicio. Pero respondo por lo que mi acción haya desencadenado". "El hombre, ha dicho Jean Paul Sartre, está condenado a ser libre. Condenado, porque no se ha creado a sí mismo, y sin embargo, por otra parte, libre, porque una vez arrojado al mundo es responsable de todo lo que hace. El existencialista no cree en el poder de la pasión. No pensará nunca que una bella pasión es un torrente devastador que conduce fatalmente al hombre a ciertos actos y que por consecuencia es una excusa; piensa que *el hombre es responsable de su pasión*"¹⁰³.

"El que hizo al hombre, afirma el libro santo, lo dejó en manos de su propio albedrío. *Si tú quieres* guardarás los mandamientos, permanecer fiel a ellos es cosa tuya. El te ha puesto delante fuego y agua, a donde quieras puedes llevar la mano. Ante los hombres está la vida y la muerte, lo que prefiera cada cual se le dará" (*Eclesiástico 15, 14-17*).

102 Cfr. FERNÁNDEZ DE VELASCO Y PIMENTEL, Bernardino. *Deleite de la discreción y fácil escuela de la agudeza*. Espasa-Calpe, Buenos Aires 1947, p. 136.

103 SARTRE, Jean Paul. *El existencialismo es un humanismo*. Quinto Sol, México ¹⁰1992, pp. 40-41.

Los condicionamientos existen. No es lo mismo nacer ciego que con los dos ojos sanos, por ejemplo; pero sigue siendo cierto que la libertad humana se impone a cualquier hado, destino o condicionamiento. Lo más natural del mundo es que un hombre tímido no acepte nunca pronunciar un discurso público, pues sabe que tan pronto como tenga que tomar la palabra, las manos le empezarán a sudar, las piernas a temblar y la lengua a hacérselo un nudo gigantesco. Digamos, pues, que está condicionado por su temperamento a no ser nunca un orador fluido y desenvuelto. ¿Significa entonces que está decretado por no se sabe qué poder que este tímido entre los tímidos jamás tome la palabra y diga lo que quiera o tenga que decir? De ningún modo. A pesar de todos sus condicionamientos, es decir, aún con sus manos sudorosas, sus piernas tembleques y su lengua anudada, este hombre es libre para subir al estrado, vencer sus miedos y provocar que los demás lo escuchen. Recordemos los nombres de Demóstenes (el más elocuente de los oradores griegos) y por supuesto el de Hellen Keller (esa gran mujer que a pesar de haber nacido ciega y sordomuda terminó varias carreras universitarias y escribió unos cuantos libritos). Como ha dicho un gran intelectual cristiano, Ignace Lepp, "la libertad confiere al hombre el poder creador que le permite escapar a las leyes mecánicas de la evolución cósmica y tomar en sus manos su propio devenir existencial. Los psicoanalistas y caractereólogos pueden en verdad comprobar que tal hombre, con un pasado y un temperamento determinados, reacciona generalmente de tal manera en ciertas circunstancias; mas, a causa del poder creador de la libertad será siempre imposible predecir con exactitud cómo va a actuar o reaccionar dicho hombre. Siempre está en condiciones de inventar, gracias a su libertad, una actitud original que ninguna ciencia podría prever"¹⁰⁴.

Para decirlo de una vez, la libertad humana no es una *libertad de*,

104 LEPP, Ignace. *Filosofía cristiana de la existencia*. Carlos Lohlé, Buenos Aires 1963, pp. 32-34.

sino una *libertad para*. "Evidentemente, la libertad del hombre no es una libertad *de* condicionamientos, sean estos biológicos, psicológicos o sociológicos; no es de ninguna manera una libertad *de* algo, sino una libertad *para* algo, a saber, para tomar posición ante todos los condicionamientos"¹⁰⁵. No por capricho los pensadores que han hablado acerca del miedo, el principal condicionamiento de toda existencia, han aconsejado siempre a los que lo padecen tener esta máxima como la norma de su vida: "¡Realizad precisamente aquello que teméis! ¿Os da miedo conducir? Pues aprended cómo se conduce y a tomar el auto; ¿teméis la oscuridad? A apagar la luz".

Ser libre es *elegirse*. Todo acto humano es un acto mediante el cual el sujeto que lo realiza se elige a sí mismo. Me elijo libre o me elijo esclavo de mis condicionamientos; me elijo temeroso, o me elijo arriesgado; me elijo hombre o me elijo bestia: no olvidemos por falta de uso la pequeña libreta de pastas azules o verdes que habíamos reservado para guardar pensamientos valiosos. Saquémosla de donde está y transcribamos ahora este pequeño párrafo. Pertenece a un breve tratado acerca de la dignidad del hombre escrito hacia el siglo xv por Picco de la Mirandola (1463-1494), un joven conde renacentista de largo saber y corta vida (no alcanzó ni los 32 años de edad):

"Dios, al crear al hombre le habló de esta manera: 'No te dimos ningún puesto fijo, ni una faz propia ni un oficio peculiar, ¡oh Adán!, para que el puesto, la imagen y los empleos que desees para ti, esos los tengas y poseas por tu propia decisión y elección... Ni celeste ni terrestre te hicimos, ni mortal, ni inmortal, para que tú mismo, como modelador y escultor de ti mismo, más a tu gusto y honra, te forjes la forma que desees para ti. Podrás degenerar a lo inferior, como los brutos; podrás realizarte a la par de las cosas divinas, por tu misma decisión'"¹⁰⁶.

105 FRANKL, Viktor E. *Psicoanálisis y existencialismo*. Fondo de Cultura Económica, México 2ª ed., 5ª reimp., 1992, p. 14.

106 MIRANDOLA, Picco de la. *De la dignidad del hombre*. Editora Nacional, Madrid 1984, p. 105.

Capítulo 14

“Yo te daré libro vivo”

El hombre, como el río de Heráclito, es libre para seguir el curso de sus propias sinuosidades. Pero debe darse cuenta de una cosa: que en un punto del trayecto hay un gran dique que puede desviar sus aguas. Una vez llegado a este punto, el río sigue fluyendo como si tal cosa, pero va a donde nadie lo espera: anda perdido, extravió el camino; lo más seguro es que caiga por un acantilado en vez de llegar a la apacible inmensidad del mar, que es su destino.

Repárese en esto: los cristianos, como los griegos, también contamos con la palabra destino en nuestro diccionario, sólo que con un significado muy diferente. Para nosotros, el *destino* es una meta, un estado en el que estamos *invitados* a participar. Dios dice al hombre: “¿Queréis llegar al punto en el que seréis plenos e inmensamente felices? Pues bien, manos a la obra. Tenéis todo para llegar a él; de vosotros depende. No escojáis otro camino que el que os ha de llevar allá”.

La Iglesia siempre ha creído —porque así lo enseña la Revelación— que el hombre fue creado libre para que él mismo, valiéndose de sus propios pies, pueda llegar al *lugar* que Dios le ha preparado desde antes de la creación del mundo. (No hagamos mucho caso a la palabra lugar. Ya veremos más tarde por qué).

Dice así una reciente encíclica: “Quiso Dios dejar al hombre en manos de su propio albedrío de modo que busque sin coacciones a

su Creador y, adhiriéndose a Él, llegue libremente a la plena y feliz perfección"¹⁰⁷.

Sólo para eso fuimos creados: para que nuestra humana finitud participara de la indecible infinitud de Dios (ése es nuestro destino). Movi-do por este propósito fue que Él nos trajo de la nada al ser. Pero por su parte, y esto debe entenderse, el hombre tiene que *querer* esta vida plenificada; de lo contrario, Dios violaría una libertad que en sí misma debiera ser inviolable, y se convertiría al punto en uno de esos odiosos personajes de las películas de vaqueros que secuestran al trote a la mujer deseada y la trepan al caballo mientras ésta grita, gime, escupe y patalea. Bruce Marshal, el escritor irlandés, lo dijo mejor que nadie por boca del padre Bonnyboat en la más simpática y bella de sus novelas: "Amados hermanos, ninguno de vosotros despertará jamás en el cielo preguntándose cómo es posible que haya llegado allí"¹⁰⁸.

A decir verdad, la existencia del infierno solo tiene sentido si se la ve desde la perspectiva de la libertad humana. Dios no quiere la perdi-ción del hombre, ¿cómo va a quererla!, pero respetará la libertad del que *no* quiera la salvación. "Él funda y respeta, promueve y ayuda, pero no suplanta. Ni siquiera impone aquello que en su actuar busca y quiere ante todo: nuestra salvación. Nos asegura la posibilidad de conseguirla, pero podemos no aceptarla; podemos, con la libertad, torcer el uso de la libertad; podemos frustrar la propia realización. Podemos condenarnos"¹⁰⁹.

La libertad, pues, nos ha sido dada *para* algo; está al servicio de una causa. El buen deportista sabe mucho de todo esto. Con todo y su amor al deporte, ¿puede éste irse de parranda todas las noches? Cla-ro que puede. ¿Puede beberse, barrica a barrica, todas las bodegas de don Pedro Domecq? Si su hígado resiste la experiencia, también pue-

107 JUAN PABLO II. *Veritatis splendor*, n. 39. Edicep, Valencia 1993, p. 49.

108 MARSHAL, Bruce. *El mundo, la carne y el Padre Smith*. Luis de Caralt, Buenos Aires 1954, p. 38.

109 TORRES QUEIRUGA, Andrés. *¿Qué decimos cuando decimos infierno?* Sal Terrae, Santander 1995, p. 60.

de hacerlo: y, sin embargo, no lo hace. Su existencia, digámoslo así, está regida por ciertas normas disciplinarias que le sería muy peligroso transgredir. Pero si se abstiene de algunas cosas, entre ellas de desvelarse y beber, no digamos que ha dejado de ser libre. Es que quiere ser un deportista destacado; respetémoslo: a lo grande no se accede por casualidad. Una sola demostración gimnástica de 10 minutos, lleva a sus espaldas 100 horas de arduos entrenamientos, de sacrificios, de renunciaciones.

Y el cristiano, que aspira no a los aplausos del público, ni a una presea de latón (o de oro, que ya es decir), sino a la *vida eterna*, ¿no debería esforzarse mucho más que un deportista? "Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos", dice el Señor Jesús (*Mateo* 19, 17) al hijo de papi que le pregunta qué es lo que tiene que hacer para conseguir la vida eterna. "No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no levantarás falso testimonio, honrarás a tu padre y a tu madre, amarás a tu prójimo como a ti mismo" (*Mateo* 19, 18). Si la libertad no quiere volverse loca, debe orientarse con esta brújula, tomar los mandamientos como punto de partida y de llegada. Cada uno de ellos es como un *lazarillo de ciegos caminantes*. "Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz es mi sendero" (*Salmo* 118), cantaba agradecido el salmista en las fiestas religiosas del antiguo Israel.

Pero para que esto no quede como una cosa abstracta, séame permitido traer a colación un ejemplo comparado. La primera parte de él pertenece a la vida de Jean Paul Sartre, y la segunda a la de Viktor E. Frankl. Cuenta el filósofo existencialista que en cierta ocasión fue a verlo uno de sus alumnos para pedirle consejo. Su situación era ésta: su padre había huido de casa y su único hermano acababa de morir en la ofensiva alemana. ¿Qué debía hacer? Estaba ante este dilema: o quedarse con su madre, "que no vivía más que para él", o dejarla sola y partir a vengar a su hermano, uniéndose a las fuerzas francesas libres. O el abandono de la madre o la venganza del hermano. ¿Cuál era la salida correcta?

Sartre, que creía en una libertad sin restricciones de ningún tipo, lo despachó como había venido: "¿Quién puede elegir por usted? Nadie. Usted es libre, elija, invente. Ninguna moral general puede indicar lo que hay que hacer; no hay signos en el mundo"¹¹⁰.

Este muchacho estaba perdido, literalmente perdido. Si es verdad que no hay signos ni referencias, ni brújulas, ni Norte, ni Sur, ni Este, ni Oeste; si todo es según él quiere que sea, ¿a dónde podría ir sin perderse? Y, sin embargo, allí estaban las palabras, los consejos de vida: "No devolváis mal por mal, ni insulto por insulto"... Habéis oído que se dijo: *Ojo por ojo y diente por diente*, pero yo os digo: no resistáis al mal; antes bien, al que te abofetee la mejilla derecha ofrécele también la otra". (*Mateo 5, 38 ss.*); "Quien da gloria al padre vivirá largos días; obedece al Señor quien da sosiego a su madre... Como blasfemo es quien abandona a su padre, maldito del Señor quien irrita a su madre" (*Eclesiástico 3, 6.16*). De haberlos escuchado y seguido, la vida de este joven, sin perder su libertad, hubiera sido muy otra.

Dice Sartre que no hay signos. Ahora veamos este otro caso. Se trata de un episodio decisivo en la vida de Viktor E. Frankl. Es el año de 1940. En Viena, su ciudad natal, las sinagogas han sido destruidas y la persecución de los judíos se encuentra en su apogeo. Al doctor Frankl, pese a su origen semita, le ha sido ofrecida una visa para que pueda partir cuanto antes a los Estados Unidos. ¿Qué hacer? Ahora el dilema es éste (no muy diferente del anterior): o ser un psiquiatra en Manhattan o permanecer al lado de sus ancianos padres, quienes, por lo demás, pronto o tarde irían a parar a algún campo de concentración. Escuchemos de los propios labios del doctor Frankl qué fue lo que eligió y debido a qué razones:

"Una tarde, cubriéndome con la cartera la estrella amarilla que debíamos llevar en la chaqueta, me fui a la catedral. Había un concierto de órgano. Me dije que debía escuchar atentamente la música y

110 SARTRE, Jean Paul. *El existencialismo es un humanismo...* Op. cit., pp. 41-45.

reflexionar sobre el asunto en cuestión. 'Relájate, Viktor, estás muy distraído. Trata de meditar y contemplar, alejado del tumulto de Viena'. Me preguntaba qué debía hacer: ¿sacrificar mi familia por amor a la causa a la que había dedicado mi vida, o sacrificar tal causa por amor a mis padres?" Cuando se está en tal disyuntiva se desea vivamente recibir una respuesta del cielo.

"Dejé la catedral y volví a casa. Todo era normal. Vi sobre la radio un trozo de mármol y pregunté a mi padre qué era. El señor Frankl era un judío piadoso y había recogido aquella piedra de entre los escombros de una gran sinagoga; formaba parte de la tabla que contenía los Diez Mandamientos y tenía una letra hebrea inscrita. Mi padre me explicó que aquella letra representaba la fórmula abreviada de uno de los mandamientos, concretamente el que dice: 'Honra a tu padre y a tu madre para que se prolonguen tus días sobre la tierra que el Señor, tu Dios, te va a dar' (*Éxodo* 20, 12). Bastó eso para que me decidiese permanecer en Viena, dejando caducar el pasaporte americano"¹¹¹.

¿Ganó o perdió Frankl su libertad al reconocer la importancia de uno de los mandamientos del Decálogo? ¿Y vaya si se prolongaron sus días sobre la tierra! Murió de 92 años, después de haber fundado una escuela de psicoterapia destinada a ayudar a quienes padecen la falta de sentido. La libertad y los mandamientos nos han sido dados para que alcancemos la meta; aquélla es la nave, éstos el timón; aquélla el vehículo, éstos los mapas.¹¹²

Pero, ¿cuál es la meta? Los antiguos cristianos hablaban del *cielo*. Por carecer de una palabra mejor, nos quedaremos con ella. Pero no se preocupen, que no pienso espetarles ahora un sermón acerca de

111 En diálogo personal con E. Fizzotti. Cfr. FIZZOTTI, Eugenio. *De Freud a Frankl. Interrogantes sobre el vacío existencial*. EUNSA, Pamplona 1977, p. 25; *vid.*, también: PAREJA, Guillermo. *Viktor E. Frankl*. Prêmia, México '1990, p. 30.

112 Por esa razón un gran filósofo francés llamó al hombre "independencia dependiente" [LACROIX, Jean. *Psicología del hombre de hoy*. Fontanella, Barcelona 1966, p. 27]. El hombre es libre, pero su libertad no es acósmica; está llamada a alcanzar aquello para lo que fue obsequiada.

un paraíso lleno de olorosas flores, ni de un rincón en el que los ángeles, recostados sobre nubes blanquísimas, se rascan la barriga con una mano mientras ejecutan con la otra primorosas melodías *New Age* valiéndose de una cítara o de un arpa. Olvídense de estas imágenes. Yo tampoco creo en ellas. Todavía bailotean en mi mente estas palabras de Camus que leí en mis tiempos de bachillerato: "No es que hayamos de hacer la bestia, pero no encuentro sentido a la felicidad de los ángeles"¹¹³. ¿Qué descripción habría leído este noble varón para hacerse del cielo una idea tan decepcionante?

Los musulmanes sí pueden decir cómo es su paraíso. *El Corán* nos da buena cuenta de ello con imágenes sumamente vívidas: "Los elegidos, dice, habitarán el jardín de las delicias, descansando en asientos ornados de oro y pedrerías, reclinados y colocados unos enfrente de otros. En torno de ellos circularán jóvenes eternamente jóvenes, con cubiletes, garrafas y copas de una bebida límpida, que no les producirá ni dolor de cabeza ni aturdimiento, con frutos que escogerán a su gusto y carne de esos pájaros que tanto les gustan. Tendrán bellezas de grandes ojos negros. Tal será la recompensa de sus obras"¹¹⁴.

Pero nosotros, los cristianos, ¿qué podríamos decir de nuestro cielo? A San Agustín, siempre tan elocuente, la lengua se le hizo nudo al momento de describir esa patria por la que luchamos. Más que decir lo que es, optó por decir lo que no es: "Allí ningún ciudadano muere, ningún enemigo tiene entrada. Es la casa donde tienes al Dios sempiterno como amigo y donde no temes ningún enemigo. Allí faltará el trabajo y el gemido, allí no habrá oración sino alabanza; allí la visión sin defectos y el amor sin fastidio"¹¹⁵.

Hacia 1559, el Gran Inquisidor de España, "animado de un riguroso

113 CAMUS, Albert. *Bodas*. (Precedido por *El verano*). Edhasa, Barcelona 1980, p. 92.

114 *El Corán*, Sura LVI, 12-23. Época, México 1986, pp. 385-386.

115 Tomo estas palabras de San Agustín de una colección de textos del Santo realizada en 1727 por el R.P. Félix Mayr, O.S.A., traducida por el R.P. Jesús de la Torre, O.S.A. y publicada con el título de *Doctrina de vida espiritual*, Emecé, Buenos Aires, 1944, t.I, pp. 64 y 79.

sentido de contrarreforma", publicó un *Índice* en el que prohibía los libros de religión en lengua vulgar. Esta decisión causó gran desconsuelo a Santa Teresa de Jesús, porque la privaba de muchos libros "que le daba recreación leerlos". Pero el Señor la consoló diciéndole: "Teresa, no tengas pena. Yo te daré libro vivo"¹¹⁶. ¡Ay, si Borges, que se imaginaba el cielo como una biblioteca infinita, hubiera escuchado estas palabras!

¿Qué es, pues, el cielo? Es, ha dicho un sabio maestro de teología (Gerhard Ebeling), no el lugar donde Dios está, sino lo que hay donde está Dios. En realidad no sabemos lo que es el cielo y si debemos llamarlo así, si es un lugar en vez de un estado. Pero una cosa es cierta: *allí*, junto a Dios, "será la realización de los deseos auténticos, de los proyectos verdaderos... será el cumplimiento de nuestras auténticas vocaciones, de lo que hemos querido hacer y ser, y no hemos podido"¹¹⁷.

"Seremos semejantes a Él, porque le veremos tal cual es" (1 Juan 3,2). La Escritura no nos dice otra cosa. Los imaginativos ya pueden empezar a suponer situaciones; a los que no lo somos, nos queda el recurso de la *sorpresa*.

116 CANELLADA, María Josefa. *Cuatro místicos españoles*. Servet, México 1967, pp. 12-13.

117 MARÍAS, Julián. *Problemas del cristianismo*. Planeta -De agostini, Madrid 1995, pp. 112-113.

Capítulo 15

Pecador me concibió mi madre

Hay un pecado al que los teólogos pusieron el nombre de *original*. ¿Por qué original? Este pecado no se llama así porque sea fuera de serie, sino porque con él inicia la serie; no porque sea cosa excepcional pecar con manzanas (recordemos que esto también lo hizo la madrastra de *Blancanieves*), sino porque se sitúa en los mismos orígenes de la existencia humana, y porque a causa de él fue que entró en el mundo el caos y la desgracia.

El primer hombre pecó y, a partir de allí, el mundo pasó a ser un mundo injusto, lleno de transgresiones, de abusos y de muerte.

No importa que pensemos en términos de evolución, que creamos en eso de que los anfibios primero, los reptiles después y por último los mamíferos. Pensemos más bien que, aún cuando la teoría de la evolución resultara cierta, siempre habrá un primer hombre. Pues bien, éste fue el que, torciendo el uso de la libertad, introdujo en el universo el desorden, la injusticia y la decadencia.

Y ahora, una precisión: la creencia en el *pecado original* es para los cristianos una verdad de fe, lo que se dice un *dogma*. La Iglesia habla de él en estos términos: "El hombre, tentado por el diablo, dejó morir en su corazón la confianza hacia su creador y, abusando de su libertad, desobedeció el mandato de Dios... La armonía en que se encontraba, establecida gracias a la justicia original, quedó destruida... A causa del hombre, la creación es sometida a la servidumbre de la corrupción

(*Romanos 8,20*)... Todos los hombres están implicados en el pecado de Adán. San Pablo lo afirma: "por la desobediencia de un solo hombre, todos fueron constituidos pecadores" (*Romanos 5,19*)¹¹⁸.

La libertad del primer hombre, como la libertad humana en general, es una libertad grande, pero no infinita. Observemos que, en el Paraíso, puede comer de todos los árboles, menos del árbol del bien y del mal. Ante él debe detenerse. No pensemos, sin embargo, que Dios le prohíbe comer los frutos de este árbol por una especie de capricho suyo: es que, en cuanto lo haga, su vida ya no *será* la misma. La Iglesia siempre ha interpretado así esta misteriosa prohibición: "El hombre debe detenerse ante el árbol de la ciencia del bien y del mal ya que está llamado a aceptar la ley moral que Dios le da. En realidad, la libertad del hombre encuentra su verdadera y plena realización en esa aceptación. Dios –sólo Él es Bueno– *conoce perfectamente lo que es bueno para el hombre, y en virtud de su mismo amor se lo propone en los mandamientos*"¹¹⁹.

No obstante, el hombre pecó y a partir de ese pecado primero, original, se desencadenó sobre el cosmos una mole aplastante de sufrimientos. Decía un antropólogo –¿lo recuerdan?– que el primer hombre tuvo un padre y una madre animales. Pero el segundo tuvo un padre y una madre humanos: pues a éste fue al que le tocó un mundo más o menos como el nuestro, injusto y lleno de pecado.

Ciertos teólogos medievales, al intentar comprender (la teología es un intento de comprensión) cómo es eso de que todos estamos implicados en el pecado de Adán, llegaron a creer que el pecado original se trasmitía a cada uno de los individuos del género humano a través del semen de su padre, pero la Iglesia nunca aceptó como suya (es decir, como oficial) esta curiosa explicación.

118 CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, nn. 397-402. Coeditores Litúrgicos, México 2ª ed., 5ª reimp., 1997, pp. 103-105.

119 JUAN PABLO II. *Veritatis splendor*, n. 35. Edicep, Valencia 1993, p. 45. (El subrayado es mío).

En teología existe esta feliz expresión: *evolución del dogma*. ¿Qué quiere decir? Ciertamente no que los dogmas cambien, que hoy sea no lo que ayer fue sí, o viceversa, sino que los elementos de interpretación de hoy no son los mismos que los de ayer. La verdad es infinita y no podemos abarcarla más que gradualmente. Los dogmas en cuanto tales, es decir, en cuanto que *verdades* de la fe, no cambian. Lo que evoluciona, por decir así, es nuestra comprensión de ellos. Los cristianos del siglo I ó II creyeron tanto como nosotros en la verdad de la creación. Sólo que ellos no tuvieron que vérselas, por ejemplo, con la teoría de Darwin; y ésta, aunada a otras evoluciones de carácter bíblico y exegético, dan un cariz especial a la cuestión. Creemos en lo mismo, aunque no de la misma manera.

Bien. ¿Pero qué tiene que ver un capítulo acerca del pecado original en un trabajo sobre el problema del mal? Reparemos en esto: todo hombre que nace llega a un mundo en el que las violaciones y las arbitrariedades no escasean, a un mundo vuelto al revés por la injusticia. Y porque los cristianos creemos que *en el principio* (antes del hombre) no era así, hemos creído conveniente detenernos frente a esta seria cuestión. *Dios hizo un mundo finito, pero no hizo un mundo malo*. Este llegó a ser malo por la maldad que produjo una libertad (la humana) que torció el rumbo del camino.

¿Qué recordamos de este pecado? ¿Cómo nos enseñaron en el catecismo a comprenderlo? Una vez, en el jardín del Edén, un hombre llamado Adán y su compañera Eva, a pesar de la prohibición de Dios y por instigaciones de Satanás disfrazado de serpiente, cortaron una manzana del árbol del bien y del mal y se la comieron (¡conste que el texto bíblico nunca dice que fuera una manzana!) Eso les valió nada menos que la expulsión del Paraíso y una maldición no sólo destinada a ellos, sino a todos los suyos que vinieran después. Y nada de colorín colorado, que este cuento no ha acabado, pues aún seguimos sufriendo (quién sabe cuantos miles de años más tarde) las consecuencias de aquella deplorable acción.

Si nos atenemos a la *literalidad* del relato, el pecado original no es otra cosa que un fatal *error gastronómico* en el que no se sabe a quién culpar, si al hombre por desobediente, o si a Dios por poco paciente. Luis González Carvajal, el actual director del Instituto Superior Pastoral de Madrid, tiene toda la razón del mundo cuando en uno de sus deliciosos libros dice que, en lo que se refiere a esto, una interpretación literal resulta francamente *intolerable*. “Parece *intolerable* –escribe– la idea de que un pecado cometido en los albores de la humanidad podamos heredarlo los hombres que hemos nacido un millón de años más tarde”. Y añade: “Quedaría, en efecto, muy mal parada la justicia divina si nosotros compartiéramos la responsabilidad de una acción que ni hemos cometido ni hemos podido hacer nada por evitarla”¹²⁰.

Si aceptáramos la explicación que se ha hecho *popular*, acaso sin quererlo nos convertiríamos en aliados de aquellos que maldicen el nombre de Dios y se ríen de su gran justicia.

De Mark Twain (1835-1910), el escritor estadounidense, todos hemos leído alguna página. ¿Quién no hojeó *Tom Sawyer* o *Huckleberry Finn* cuando era niño? Pero este fino humorista escribió también un libro casi blasfemo que no se publicó a causa de la censura sino hasta 1940, a los treinta años de su muerte. En él despotrica Twain: “Dios desterró a Adán y Eva del jardín y finalmente los asesinó. Todo por desobedecer una orden que él no tenía derecho a emitir. Pero no se contentó con tan poco, tal como veréis. El tiene un código de moral para sí mismo y otro distinto para sus hijos. Exige a sus hijos que traten con justicia –y gentileza– a los ofensores, y que los perdonen setenta y siete veces (*sic*); en cambio, él no trata a nadie con justicia ni gentileza, y ni siquiera perdonó a la ignorante e irreflexiva primera pareja de jóvenes que cometieron su primer y pequeño pecado, ni les dijo: ‘Podéis iros libremente esta vez, os daré otra oportunidad’.

120 GONZÁLEZ CARVAJAL, Luis. *Esta es nuestra fe. Teología para universitarios*. Sal Terrae, Santander 1989, p. 20.

“¿Por el contrario! Decidió castigar a los *hijos* de la pareja a través de todas las épocas hasta el fin de los tiempos, por una ofensa insignificante cometida por otros antes de que ellos nacieran. Todavía los castiga. ¿En forma leve? No, de un modo atroz. Vosotros no supondríais que un ser de este tipo reciba muchas lisonjas. Desilusionaos: el mundo lo llama Infinitamente Justo, Correcto, Bueno, Misericordioso, Clemente, Veraz, Amoroso, Fuente de toda Moralidad. Estos sarcasmos son dichos diariamente en todo el mundo”¹²¹.

¿De qué manera afecta el pecado de Adán a toda su descendencia? Si pensáramos, como Twain, que el pecado original es una *vendetta* de Dios, quizá no nos equivocariáramos mucho si comparáramos a Dios con Al Capone o con algún otro rufián de la mafia siciliana. Pero el pecado original no es una venganza ni un castigo: es la conclusión inevitable del silogismo de la libertad mal encausada. Fue el hombre el que abrió la caja de *Pandora*. Si le habían advertido que ahí dentro había una infinidad de males (“si coméis de ese fruto moriréis”), ¿por qué la abrió?

Aclaro lo que estoy tratando de decir. No es que Dios haya impuesto una pena, es que él sabía que una vez dado ese paso, la caída en el precipicio sería inevitable. Fue el mismo hombre el que *heredó* a sus hijos un mundo *desgraciado*, no que Dios lo hubiera desgraciado para sus hijos.

Si bebemos leche en estado putrefacto, no digamos que Dios nos ha castigado enviándonos una fenomenal diarrea. Pensemos más bien que la diarrea va aneja al hecho de beber leche en estado putrefacto.

He aquí una pregunta nada baladí: ¿Cómo plantear hoy el problema del pecado original de tal manera que no se atente contra la verdad allí contenida y al mismo tiempo se respete la sensibilidad del hombre contemporáneo? Propondré ahora una nueva manera de entenderlo (que no de agotarlo) valiéndome de una palabra hoy tan o más sobada que la panza de Buda: *solidaridad*. Aclaro desde ahora que es solamen-

121 TWAIN, Mark. *Cartas desde la tierra*. Síntesis, Barcelona 1981, p. 44.

te una tentativa de comprensión más que una explicación propiamente dicha; el pecado original podrá entenderse mejor con lo que sigue, pero en esencia es mucho más de lo que sigue: es un misterio.

Empezaremos con esta afirmación: el hombre en cuanto hombre es un ser *precedido*. En efecto, nadie nace de una cigüeña, ni por generación espontánea; tampoco cae del cielo, por decir así, sino que nace de otros hombres, o mejor, de un hombre y una mujer que vivieron antes que él. En un universo donde todos somos mortales, todos somos también hijos. Llegamos, pues, a un mundo¹²² que, si hemos de ser sinceros, otros han edificado en nuestra ausencia. El idioma, las costumbres, las tradiciones de las que vive una sociedad determinada (la nuestra), hemos de aprenderlas y asumirlas. Como ha dicho admirablemente Romano Guardini, todo individuo que llega a este mundo, "entra en la situación de trabajo que le han dejado los que han vivido antes que él; asume los logros con las motivaciones que los animaron y los problemas por los que se han afanado; del mismo modo que él, por su parte, entrega a las generaciones siguientes lo logrado y pretendido por él. Así se sitúa en el contexto de una creación universal"¹²³

La vida entera del hombre se desarrolla, pues, en un ámbito de solidaridad del que, por más que quiera, no podrá sustraerse nunca. La generación presente vive de lo que le dejó la precedente, del mismo modo que la futura vivirá de lo que nosotros hagamos (o deshagamos) para ella. De Jürgen Moltmann, el teólogo alemán, tomaremos una línea que será seguramente clarificadora; ojalá que todo Secretario de Hacienda (sea del país que fuere) anote estas palabras en su agenda personal y las medite de cuando en cuando: "Quien tiene esperanza en el futuro, ahorra en el presente e invierte en dicho futuro. Quien no

122 *Mundo* no significa aquí *naturaleza*, es decir, el conjunto de aquellas realidades que están ahí aún en independencia del hombre. En este momento entendemos por *mundo* el conjunto de fenómenos de los que el ser humano es autor. Más que un mundo natural, un mundo cultural.

123 GUARDINI, Romano. *Preocupación por el hombre*. Cristiandad, Madrid 1965, p. 17.

tiene esperanza y no desea ningún futuro, disfruta el presente y contrae deudas que sus hijos tendrán que pagar más tarde"¹²⁴.

Lo que hagamos o dejemos de hacer hoy, repercutirá mañana sin lugar a dudas, así como hoy repercuten los aciertos y los errores de ayer. ¡El desodorante en aerosol que utilizábamos en la intimidad de nuestro cuarto resulta que afecta a todo el universo! No olvidemos, por favor, aquél párrafo de Jean Cau que citamos al principio: si alguien muere hoy por fractura de cráneo en alguna calle de la gran ciudad, es porque alguien –¿quién, quién?– dejó tirada allí una cáscara de plátano.

No dispongo en este momento de ninguna estadística que pueda proporcionarme los datos exactos, pero son miles los que cada día mueren de hambre en algún punto de la tierra por el solo hecho de haber sido demasiado precedidos, o si se prefiere así, por haber nacido *demasiado tarde*, es decir, mucho después de que otros se han apoderado de todo de una manera indebida. Todo tiene ya dueño: este lote, aquel otro, el prado de más allá; cuando quisimos construir nuestra casa, tuvimos antes que comprar el terreno. Alguien nos lo vendió. Pero, aún cuando no seamos de natural quisquilloso, hemos de hacernos esta pregunta: ¿por qué nos fue vendido? Este alguien que nos lo vendió, ¿cómo se apropió de él? No creo que posea en su caja fuerte ninguna escritura con el sello de la Notaría Celestial. Entonces, ¿por qué en algún momento dijo ser el dueño de ese pedazo de tierra? Si es dueño porque lo compró a su vez, ¿con qué derecho se lo vendía el que se lo vendió? Conclusión: alguien en un pasado remoto llegó, plantó una estaca y dijo: "esto es mío". Pero, ¿quién se lo había dado más que su capricho y sus pistolas?

Una vez, hace muchos años, San Juan Crisóstomo (354-407), predicando en su Catedral, hizo a los fieles ricos esta serie de preguntas: "Y vuestra riqueza, ¿de dónde viene? De nuestros padres, me decís.

124 MOLTSMANN, Jürgen. *La justicia crea futuro. Política de paz y ética en un mundo amenazado*. Sal Terrae, Santander 1992, pp. 12-14.

¿Y de dónde llegó a manos de vuestros padres? ¿De los padres de vuestros padres? Correcto. Y, sin embargo, no podréis continuar así hasta el infinito. Hubo un momento en el que alguien se apoderó de esos bienes injustamente”.

Propondré otros ejemplos todavía: cada mexicano debe al nacer una bonita cantidad de dólares. ¿Y por qué, preguntarán, si él no ha pedido nada, si es apenas un lactante? Porque sí. Simplemente por haber nacido en un país espantosamente endeudado. Y como los préstamos que a nombre de la patria pide un solo hombre (o un pequeño grupo de hombres) se convierten inmediatamente en deuda pública, nacional, resulta que, en sentido estricto, un bebé saliendo del vientre materno es ya un auténtico deudor que si no paga corre el riesgo de ir a la cárcel con todo y biberón. Un niño nacido de una madre con sida tiene muchas probabilidades de nacer contagiado de esta terrible enfermedad; un niño nacido de una madre heroinómana viene a este mundo con los espasmos propios de los heroinómanos, y, sin embargo, él no es culpable de nada: a lo más se podría decir que ha recibido en herencia una penosísima situación existencial.

Convengamos en que muchas comodidades de las que hoy disfrutamos se las debemos a nuestros padres, a nuestros abuelos y bisabuelos; pero no por eso debemos olvidar que muchos de los desórdenes que todavía nos afectan son también *herencia* suya. Querámoslo o no, navegamos en la misma barca.

El judío del Antiguo Testamento sabía mucho más que nosotros, hijos del individualismo capitalista, de esa ineluctable *solidaridad*. Cuando alguno de su raza moría violentamente, exclamaba: “Nuestra sangre ha sido derramada”, como si él hubiera muerto con la víctima (Cfr. *Éxodo*. 20, 5-6; *Deuteronomio* 5,9). De hecho, será hasta muy tarde cuando los escritos veterotestamentarios hablen del hombre como de un ser individual. Pero si no creen en mis palabras, crean al menos en las de Leo Scheffczyk, un gran teólogo recientemente hecho cardenal que dedicó gran parte de su vida a los estu-

dios bíblicos: "Si se interroga al Antiguo Testamento acerca de su concepto del hombre -dice-, hay que pensar de antemano que este concepto no puede observarse en un ser humano concreto, individual, porque el Antiguo Testamento no ha descubierto al individuo... En su conjunto, el Antiguo Testamento entiende por ser humano lo humano en general que todavía no ha sido separado o aislado de la colectividad en que está inmerso"¹²⁵.

Por eso, para el israelita de antes de Cristo, Dios castigaba hasta en los nietos y bisnietos la culpa de los abuelos. Era una manera de decir que lo que uno ha hecho no dejará de afectar a los demás tarde que temprano. Así pues, desde la perspectiva de la solidaridad humana, ya no resulta tan absurdo hablar de *pecado original*, dogma éste que podríamos resumir así: en el principio de la historia humana tuvo lugar una transgresión de la ley de Dios que introdujo el desorden en el mundo. Como este mundo iba a ser la casa de los que nacieran después, dicho desorden no podía dejar de afectarlos a ellos también.

¿En qué consistió dicha transgresión? ¿Era de carácter sexual, como muchos piensan incluso actualmente? Lo ignoramos. Nadie lo sabe. Lo importante aquí no es eso; eso es secundario. Lo digno de mencionarse es que el lugar en que vivimos dejó de ser un paraíso.

El pecado original es un misterio al que podemos acercarnos por medio de ejemplos. Veamos este otro, propuesto en forma de pregunta: ¿los saqueos de que ha sido objeto el diezmado pueblo mexicano por parte de casi todos los políticos del pasado, nos afectan hoy o no nos afectan? ¿No dejaron sumida nuestra economía en un estado francamente deplorable? Y si aquellos robos multimillonarios aún pesan sobre nuestras cabezas, ¿por qué debería extrañarnos que el pecado de la primera pareja haya repercutido negativamente en toda su descendencia y que aún pese sobre ella?

125 SCHEFFECZYK, Leo. *El hombre actual ante la imagen bíblica del hombre*. Herder, Barcelona 1967, pp. 37-38.

Entendámonos: *cada que hablamos del pecado original no queremos decir que se nos impute el pecado cometido por Adán (la culpa personal no puede transmitirse), sino que nos afectan las consecuencias de su pecado*¹²⁶. De ninguna manera mentía el salmista cuando cantaba el salmo 50: "Mira que en culpa nací, pecador me concibió mi madre".

126 GONZÁLEZ CARVAJAL, Luis. *Op. cit.*, p. 31 (El subrayado es mío).

Capítulo 16

Cuando un niño muere ¿Qué se puede decir?

Hacia el siglo XVIII, Gottfried Wilhelm Leibniz clasificó todos los males habidos y por haber en tres grandes grupos, y esa clasificación suya se hizo perdurable. Y con toda razón, porque el mal, aunque abstractamente es uno, siempre se deja ver de tres maneras.

¿Cuáles son éstas? A decir verdad, en las páginas precedentes hemos visto ya cada una por separado, mas para dar una mejor visión del todo, veámoslas juntas aquí.

1. El mal moral o voluntad maligna

También se le puede llamar *pecado*. Es esa famosa desviación de la libertad de la que ya hemos hablado con abundancia. El Papa Juan Pablo II en una de sus encíclicas dio una larga lista de estos actos que no son simples bagatelas, sino acciones intrínsecamente malas, es decir, acciones que lo son siempre y por sí mismas "independientemente de las ulteriores intenciones de quien actúa y las circunstancias". Mal moral (o pecado) es *"todo lo que se opone a la vida, como los homicidios de cualquier género, los genocidios, el aborto, la eutanasia y el mismo suicidio voluntario; todo lo que viola la integridad de la persona humana, como las mutilaciones, las torturas corporales y mentales, incluso los intentos de coacción psicológicas; todo lo que ofende a la dignidad humana, como las condiciones in-*

frahumanas de vida, los encarcelamientos arbitrarios, las deportaciones, la esclavitud, la prostitución, la trata de blancas y de jóvenes; también las condiciones ignominiosas de trabajo en las que los obreros son tratados como meros instrumentos de lucro, no como personas libres y responsables". En fin, todas esas cosas que "corrompen la civilización humana, que deshonoran más a quienes las practican que a quienes las padecen"¹²⁷, y que ponen de manifiesto una libertad que ha quedado muy debajo de su deber.

2. El mal metafísico

Traigamos a la memoria lo que decíamos en el capítulo 6. Por mal metafísico debemos entender aquel mal que no depende de la voluntad pero que de cualquier manera deja sentir sobre el hombre (ay, el pobre hombre de siempre) el peso de su poder. Todas las catástrofes naturales tienen cabida aquí: los terremotos, las inundaciones, los rayos que caen y calcinan, el mar embravecido que engulle las barcas, las ventiscas del desierto que sepultan las caravanas, la incapacidad de un organismo para producir la insulina que necesita y tantas y tantas cosas más que se podrían agregar aquí sin que por eso termine la lista. Es el mal del que nadie tiene la culpa, el que le impide al círculo ser un cuadrado como le impide al hombre convertirse en Dios. El *mal metafísico*, si hemos de usar una comparación, es el golpe que se da a alguien sin que éste pueda ver la mano que lo golpea. Representa el mal impersonal por excelencia.

3. El mal físico

Todo el mal encontrado en el mundo o en el propio yo es vivido siempre como *sufriamiento*. ¿Qué entra en este grupo? "Los dolores físicos, las enfermedades, los 'incidentes', las penas psicológicas, las angustias, las fobias, las depresiones, las ideas obsesivas, las tristezas

127 JUAN PABLO II. *Veritatis splendor*, n. 80. Edicep, Valencia 1993, pp. 94-95.

espirituales o existenciales, la imposibilidad de alcanzar los propios ideales, las violencias por parte de los demás¹²⁸ y todos esos pequeños males que no por ser pequeños son más fáciles de sobrellevar". Yo hubiera querido, por ejemplo, ser apreciado por tal persona; pero nada: ésta ha pasado frente a mí sin verme. Hubiera querido ser más atractivo, pero he aquí que no se me acercan ni las moscas; todos y todas rehuyen mi presencia. Dice don José Ortega y Gasset: "Hay seres desgraciados que tienen la desventura de reflejarse en los demás al revés de lo que son, como en espejos invertidos, y es su propia vida un *quid pro quo* lamentable, en que toda palabra de ternura les es respondida con una estocada"¹²⁹. Pues bien, yo soy uno de esos seres. Lo que hago bien me lo toman a mal; lo que hago mal me lo toman a peor. Y, en esas condiciones, ¿a quién no va a dolerle la vida?

José Ferrater Mora, el filósofo español, hablando de *las crisis humanas*, dejó a la posteridad estas palabras más verdaderas que el sol: "Puede ser que *este* pequeño percance que *ahora* me ocurre sea minúsculo y hasta ridículo frente a la historia universal. Pero este percance me pasa *a mí*, y la historia universal le pasa más bien a los otros"¹³⁰. Por *mal físico*, pues, hay que entender todo aquello que de alguna manera afecta el mundo de nuestra *subjetividad*, sea esto grande o minúsculo. Tanto el mal metafísico como el moral, desde que son experimentados por un sujeto, se convierten inmediatamente en males físicos. Esto es claro: no se puede vivir más que con dolor el pecado y la finitud.

En teoría, pues, las cosas están resueltas. Sufrimos porque no somos dioses, porque somos libres. Pero saber esto, en definitiva, ¿podrá ayudarnos a sortear las dificultades cuando éstas vengan? Si la pregunta fuera: *¿Por qué el mal y el sufrimiento?*, acaso sí. Pero mucho

128 GEVAERT, Joseph. *Diccionario teológico interdisciplinar*, t. III. Sígueme, Salamanca 1986, p. 382.

129 ORTEGA Y GASSET, José. *Meditación del pueblo joven*. Espasa -Calpe, Madrid 1964, p. 19.

130 FERRATER MORA, José. *Las crisis humanas*. Alianza, Madrid 1983, p. 42.

me temo que la pregunta sea otra. No: *¿Por qué se sufre?*, sino : *¿Por qué sufro yo?* *¿Por qué debía ser yo y no otro la víctima señalada?* “No temo la muerte, solía confesar D.H. Lawrence, lo que temo es morir”¹³¹. Por supuesto: lo abstracto, lo impersonal solo puede suscitar consuelos igual de abstractos y de impersonales.

Tomemos en cuenta la clasificación de Leibniz. Es útil. Pero no caigamos nunca en la tentación de hacerla pasar por una respuesta.

Seamos sinceros: a la hora de explicar el problema del mal, toda respuesta se queda corta. A este problema solo podemos aproximarnos; lo que hay en el centro queda en la oscuridad del misterio. *¿Por qué esto, por qué lo otro y, ultimadamente, por qué yo?* Podemos clasificar el mal que nos aqueja en cualesquiera de los tres grupos anteriores, podemos deshacernos en discursos y en hipótesis, pero el *¿por qué?* siempre estará allí, escapándose de la boca como un alimento no del todo engullido.

“Entonces, el mal... *¿Por qué existe el mal?*”, pregunta el joven protagonista de una novela de Susanna Tamaro a la anciana religiosa que cuida su restablecimiento. –“La respuesta es que no existe ninguna respuesta. El que diga que lo sabe, miente. Cuando un niño muere, *¿qué se puede decir?* Nada. Sólo se puede imprecisar contra el cielo o aceptar ese misterio. El mal es sorpresa y escándalo”¹³².

¿Quiere esto decir que después de haber dado tantas vueltas sobre el asunto nos hemos quedado en las mismas? *¿No!* Quiere decir únicamente que hay a partir de aquí una puerta muy difícil de traspasar. Volvamos la vista al relato de la caída. *¿Qué vemos en él aparte de una pareja segada por la desgracia?* Hay un árbol, un fruto a medio comer, un paradisíaco decorado al fondo y, *¿qué más?* Se oye el rumor de los ríos, de acuerdo, *¿pero qué falta?* No desdeñemos a este

131 LAWRENCE, D.H. *Defensa de Lady Chatterley*. Tor, Buenos Aires 1939, p. 35.

132 TAMARO, Susanna. *Anima mundi*. Atlántida, Buenos Aires 1997, pp. 272-273.

personaje. Falta la serpiente. ¿Y qué papel juega este abominable ser en el conjunto del relato?

Los exégetas modernos están de acuerdo en admitir que el autor sagrado, al señalar a Adán y a su mujer como los responsables de su desgracia tenían un objetivo muy preciso: no implicar a Dios en la génesis del mal. Es como si hubiera querido decir: "Mirad, ya sé que en muchas religiones hay la concepción de un dios bueno creador del bien y de un dios malo creador del mal. Pues bien, esas son tonterías; no penséis vosotros de esa manera. Dios, el único Dios, todo lo hizo perfectamente. Él no es culpable de nada. A quienes hay que culpar, por el contrario, es a Adán y a Eva, pues antes de ellos todo era un paraíso".

Sin embargo, el hagiógrafo (o autor inspirado) tampoco era demasiado ingenuo como para echar sobre la pobre pareja la totalidad de la culpa. En ese caso, nunca se habría atrevido a lanzar a la escena al tentador revestido de serpiente. ¿Qué significa la aparición de este animalejo justamente allí, en medio del drama? Acerca de esto hay explicaciones nada aventuradas; una de ellas es la siguiente: la figura del tentador entre el follaje del Edén quiere decir que el mal no puede (ni debe) explicarse como una *obra* exclusivamente humana, pues hay allí un algo, "una anterioridad del mal sobre la libertad"¹³³ que si bien no disculpa al hombre y a la mujer, por lo menos sí atenúa su falta. San Agustín, el águila de Hipona, captó como nadie la complejidad del problema y la expresó a través de esta serie de preguntas: "¿Quién me hizo a mí? ¿Acaso no fue mi Dios, que no sólo es bueno sino la Bondad misma? ¿De dónde me viene, pues, este querer el mal y no querer el bien?... ¿Quién puso en mí y plantó este semillero de amargura, pues todo yo fui hecho por mi dulcísimo Dios? Si el diablo fue el autor, ¿de dónde vino el mismo diablo?"¹³⁴.

133 NEUSCH, Marcel. *El mal*. Mensajero, Bilbao 1992, p. 48.

134 AGUSTIN, San. *Confesiones*. VII, 3, 5. Apostolado de la Prensa, Madrid 1964, p. 147.

Reconozcamos que las cosas no son tan sencillas. Por un lado, sería una blasfemia culpar a Dios por el mal del universo: ya sabemos que hay cosas que competen al hombre más que a la divinidad; pero, por otro lado, no sería justo decir que el hombre es el único culpable. Él no tiene la culpa de ser finito, de tener que enfermarse y morir, aunque por otro lado sea un pecador y no de los menores. ¿Cómo, entonces, salir de este embrollo? Dios no es culpable del mal, pero el hombre tampoco es culpable de *todo* el mal, pues antes de que su libertad entrara en acción, por decir así, ya el mal estaba allí encarnado en una serpiente. ¿De dónde sale este mal inexplicable? Cuando no se pone suficiente atención sobre este punto, se corre el riesgo de quedar atrapado en este dilema simplón: “¿Quién es el único verdadero culpable? ¿Dios por habernos creado, o el hombre por haberse desviado del buen camino?”. Al intentar responder a esta cuestión es que han nacido todas las teodiceas (*Theós*, Dios; *diké*, justificación. *Teodicea* = justificación de Dios) y todas las antropodiceas (*ánthros*, hombre. *Antropodicea* = Justificación del hombre) que pueden contarse en la historia del pensamiento. Sin embargo, el verdadero problema es otro. ¿De dónde salió la serpiente? Hay aquí, me parece, una buena dosis de misterio que no debemos dejar de tomar en cuenta. “Como afirman los relatos míticos de los dos primeros capítulos del Génesis, existe una vinculación muy estrecha entre el mal y la libertad del hombre. Más aún, el mal no es creación de un Dios malvado, sino la obra de la libertad del hombre. De acuerdo. Pero, ¿por qué era necesario que un Dios bueno hiciera tropezar a su criatura con el mal? ¿por qué era necesario que en cuanto diera la libertad al hombre, éste abusara de ella? ¹³⁵ .

Un teólogo perfectamente ortodoxo, Alfred Läßle, propone este intento de clarificación: “El diálogo con el demonio –escribe– pudo ser solamente una lucha acaecida en lo íntimo del alma, y que el escritor

135 STEINMANN, Jean. *La fe cristiana hoy*. Carlos Lohlé, Buenos Aires 1971, p. 47.

sagrado, siguiendo el uso del oriente antiguo, se sirviera de la escena entre la serpiente parlante y Eva para representar dramáticamente el invisible conflicto que tuvo lugar en el *campo de batalla de la conciencia humana*. Por otra parte, no tiene nada de extraño que, en un ambiente de beduinos, la serpiente astuta y portadora de muerte, simbolice al diablo. No se hace ninguna violencia al texto si se ve en las figuras (serpiente parlante, árbol, fruto prohibido, etc.) una decisión y una prueba espiritual¹³⁶.

La serpiente como símbolo de un conflicto de conciencia. Está bien. Pero, sin duda, es además el símbolo de lo inexplicable con que toda teoría acerca del mal tiene que contar a la hora de emprender su tarea. Hay zonas de misterio: el mal es lo irracional por excelencia.

Dios crea al hombre libre. Éste, desviándose de los mandamientos, peca. Y como a partir de esas dos verdades no se podían deducir todos los males que vemos y sentimos, el escritor bíblico decidió introducir en el relato una figura que pudiera explicar el resto (resto que, por lo demás, no explica gran cosa).

Concluamos este capítulo diciendo, pues, que ninguna teoría, por razonable que sea, dejará al *homo patiens* satisfecho, y que cada vez que salga de su boca un *¿por qué?* anhelante de respuesta y de consuelo, lo mejor será cerrar la boca. *La respuesta al problema del mal es siempre más existencial que intelectual, más práctica que teórica*. El mal está más para ser remediado que para ser explicado.

136 LÄPPLE, Alfred. *El mensaje bíblico en nuestro tiempo. Manual de catequesis bíblica*, t. I. Paulinas, Madrid 1967, p. 86.

Segunda parte

Capítulo 17

“Por qué no has sido el que eres?”

Seamos sinceros y confesémoslo de una vez: no hay ninguna *teoría* (sea ésta filosófica o teológica) que pueda resolver el enigma del hombre doliente. ¿Por qué sufre? ¿Para qué? Muchos filósofos, valiéndose de la pura luz de la razón, quisieron responder estas preguntas y no hallaron mas que una densa oscuridad. Schopenhauer, por lo menos, tuvo que confesar que los resultados a que había llegado no eran lo que se dice muy optimistas: “Me dirán una vez más que mi filosofía no tiene consuelo, y es sencillamente porque digo la verdad, mientras que las gentes prefieren oír decir: ‘Dios Nuestro Señor ha hecho bien todo lo que ha hecho’. Pues id a la iglesia, y dejad en paz a los filósofos. A lo menos, no exijáis que ajusten sus doctrinas a vuestro catecismo”¹³⁷.

Eso haremos justamente, con la venia de Herr Arthur Schopenhauer. Iremos a la Iglesia (con mayúscula), dejaremos en paz a los filósofos y trataremos de comprender lo que dice nuestro catecismo: “Dios Nuestro Señor ha hecho bien todo lo que ha hecho”.

Pero para eso, tenemos antes que aceptar una verdad de sentido común: la de que estamos aquí. Pudimos no haber sido, y sin embargo, aquí estamos, con nuestros pequeños achaques, nuestros medianos complejos y nuestros grandes anhelos. Bajos, altos, guapos, feos,

137 SCHOPENHAUER, Arthur. *Op. cit.* p. 96.

rubios, morenos, carirredondos, chatos, pero aquí. *Fuimos queridos*. Es posible que el dolor nos haga perder de vista esta verdad; es posible que nos disgustemos a nosotros mismos, que no estemos conformes ni con nuestro cuerpo ni con nuestra alma, que quisiéramos ser otros más perfectos. Pero, ¡atención!, en aceptar el propio ser está la mayor virtud. ¿De qué nos serviría que fuésemos inteligentes o simpáticos, si no logramos aceptarnos a nosotros mismos? Aceptarse significa *recibirse*. Mediante la autoaceptación yo me recibo a mí mismo como soy. Pude ser diferente. Pude ser 200,000,000 (doscientos millones) de personas diferentes, si es verdad que en cada eyaculación es ese el número de espermatozoides (cada uno con una información genética distinta) que busca unirse al óvulo para fecundarlo. De esos 200,000,000 (doscientos millones) de espermatozoides sólo uno logra su objetivo cada determinado tiempo, el uno del que yo soy. Mi temperamento, el color de mis ojos, el tamaño de mis manos, el timbre de mi voz, todo pudo ser distinto en mí. Y, sin embargo, no soy otro que yo mismo.

Puede que no sea tan atractivo como los galanes de las películas. Pero, ¿y qué? Los galanes de las películas no tienen cosas que yo sí tengo, y eso nos sitúa (a ellos y a mí) en un plano de estricta igualdad.

Una tentación nefasta y destructora es querer ser otros de los que somos. Cuando Dios nos hizo rompió el molde, como suele decirse, y si nos hizo diferente de los demás es porque *no* quiso que fuéramos repetición de nadie, como lo son los productos salidos de la misma banda transportadora.

Hemos de acostumbrarnos a pensar nuestra *mismidad* en términos de misterio. ¿Por qué tenemos estas cualidades y nos faltan aquellas otras? ¿Por qué se nos dio tal temperamento en lugar de tal otro, *aparentemente* mucho más aceptable? No nos hagamos estas preguntas desgastantes. Mejor pensemos que la misión que se nos ha encargado ejecutar en esta vida se puede llevar a cabo con las cualidades de que disponemos y aún a pesar de ellas. ¿Somos miedosos desde la

cuna y desde antes todavía? Por favor, eso no quiere decir nada; sigamos adelante sin darle demasiada importancia a nuestro temor.

Dios nos prefirió distintos de todos los demás. ¿Por qué razón? "Con cada hombre, dice Martin Buber (1879-1965), el filósofo judío, llega al mundo algo nuevo que nunca existió, algo primero y único... Cada uno debe desarrollar y darle cuerpo a esta unicidad e irrepetibilidad y no rehacer una vez más lo que otro -aunque sea la persona más grande- ya ha realizado. Cuando ya estaba viejo y ciego, Rabí Bunam dijo un día: 'No quisiera cambiar mi puesto con el del padre Abraham. ¿Qué sacaría Dios con que el patriarca Abraham se volviera como el ciego Bunam y el ciego Bunam como Abraham?' La misma idea la expresó con una claridad aún mayor Rabí Sussja quien, en punto de muerte, exclamó: 'En el otro mundo no me preguntarán: '¿Por qué no has sido Moisés?'; me preguntarán, en cambio: '¿Por qué no has sido Sussja?'¹³⁸.

¿Qué significa la valentía? Tomemos cualquier libro que hable sobre las virtudes; o mejor aún, cualquier diccionario que haya a nuestro alcance. "Valentía: s.f. 1. Valor, arrojo. 2. Acción en la que se demuestra esta cualidad". ¿Y cuál es la acción "en la que mejor se demuestra esta cualidad"? En la aceptación de uno mismo. "La auténtica valentía -escribe ahora Romano Guardini-, significa saber que se está puesto en un lugar, no por el pequeño o gran jefe de cada caso, sino por el Señor de la vida, Dios". De este hecho que está en la raíz de cualquier otro hecho, se desprende el siguiente deber: si Dios nos quiso en la vida así como somos, también nosotros hemos de aceptarnos así en ella. "No me puedo explicar a mí mismo, continúa Guardini, ni demostrarme, sino que tengo que aceptarme. Y la claridad y valentía de esa aceptación constituye el fundamento de toda existencia... Dios es aquel que me ha dado a mí mismo... No tiene sentido preguntar, por ejemplo: ¿por qué me ha dado a mí y me ha

138 BUBER, Martín. *El camino del hombre*. El Horeb, Quito 1996, pp. 29-30.

dado como éste que soy, y hoy y aquí? Simplemente (hay que decir): porque El lo ha querido"¹³⁹.

Sören Kierkegaard (1813-1855), el gran filósofo danés, será todavía más categórico: "La raíz de la desesperación –escribe– está en el no querer aceptarse de las manos de Dios; cuando los hombres prefieren ser como los otros, en vez de ser sí mismos, cometen un acto de lesa majestad contra el Señor".¹⁴⁰

Si este querer de Dios de que seamos, y, que seamos estos que somos, fuera la déspota sentencia de un monarca oriental, habría más de una razón para no estar satisfecho con nuestra suerte, pero todo parece indicar que las cosas no son así. Para nuestra ventura, Dios ha hablado y permitido que su voluntad sea conocida por todos. "Así dice el Señor, tu Creador, el que te ha formado: 'No temas, que yo te he rescatado, te he llamado por tu nombre y eres mío. Si pasas por las aguas, yo estoy contigo; si por los ríos, no te anegarán. Si andas por el fuego, no te quemarás, ni la llama prenderá en ti... Porque eres precioso a mis ojos, eres estimado y yo te amo. No temas, yo estoy contigo' (Isaías 43,1-5). "Escuchadme, casa de Jacob y todos los supervivientes de la casa de Israel, los que habéis sido transpor-

139 GUARDINI, Romano. *La aceptación de sí mismo* (seguido de *Las etapas de la vida*) Cristiandad, Madrid 1964, pp. 23 ss. Guardini ve la aceptación de sí mismo como una fidelidad, acaso como la fidelidad más obligada de todas. Veamos lo que dice respecto de una cuestión sumamente actual, la del suicidio: "Tampoco puedo evadirme de lo malo que hay en mí: malas disposiciones, costumbres consolidadas, culpa acumulada. Debo aceptarlo y hacer frente a ello: así soy... esto he hecho...no con rebeldía; eso no es aceptación, es endurecimiento. Sino en verdad, porque sólo ella lleva más allá del mal: soy así, pero quiero llegar a ser de otro modo. La suprema forma de evasión es el suicidio. No es ocioso hablar de él, pues cada vez se convierte más en uno de los grandes peligros de nuestra época. Mengua la fidelidad: también y precisamente como fidelidad al propio ser. La sensación de que ser yo sea un deber se debilita cada vez más, porque desaparece la conciencia de estar dado a sí mismo. Y como los modos de quitarse la vida se hacen más sencillos, el suicidio se vuelve cada vez más fácil y banal. Se ha elogiado como un extremo de valentía objetiva poder concluir en el momento dado sin hacer mucho ruido, pero, ¿es realmente valentía atreverse a algo peligroso hacia afuera, sin responder de ello consigo mismo? La cápsula de cianuro potásico en el bolsillo, ¿no suprime en realidad la auténtica valentía?"

140 KIERKEGAARD, Sören. *Breviario*. Rusconi, Milano 1997, pp. 24 y 28.

tados desde el seno, llevados desde el vientre materno: hasta vuestra vejez, yo seré el mismo; hasta que se os vuelva el pelo blanco, yo os llevaré. Ya lo tengo hecho, yo me encargaré, yo me encargo de ello: yo os salvaré" (*Isaías 46,3-4*). "¿Acaso olvida una mujer a su niño de pecho, sin compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque ella pudiera olvidarse, yo nunca te olvido. ¡Mira cómo llevo tatuado tu nombre en las palmas de mis manos! (*Isaías 49,15-16*). "Los montes cambiarán de lugar y las colinas se desplazarán, pero mi amor no se apartará de tu lado" (*Isaías 54,10*). Miren con cuánta emoción y alegría hace Dios esta declaración de amor a sus criaturas: *El Señor tu Dios está en medio de ti, ¡un poderoso salvador! El exulta de gozo por ti, te renueva por su amor; danza por ti con gritos de júbilo, como en los días de fiesta* (*Sofonías 3, 17-18*).

El depositario primero de estas palabras, el pueblo de Israel, pudo saberse y sentirse objeto de los cuidados divinos. Su vida, sus peripecias a lo largo de la historia y sus grandes sufrimientos, no hubieran tenido sentido y jamás habrían podido ser sobrellevados sin la fe en un Dios que toma en serio al hombre. "Los dioses paganos –escribe un pensador judío de nuestro tiempo– tienen necesidades egoístas, mientras que el Dios de Israel solo necesita la integridad del hombre. La necesidad de Moloc es la muerte del hombre; la necesidad del Señor es la vida del hombre"¹⁴¹.

No creamos nunca que el hombre de fe es un iluso. Él sabe de la existencia del mal y la padece como cualquier otro. Solo que, a pesar de todo, no renuncia a creer. El amor de Dios es más fuerte que la muerte y que todas las contradicciones que pudiera percibir la razón desnuda. Una vez le preguntaron a Elie Wiesel, Premio Nóbel de la Paz 1986 y gran escritor judío, si para él Dios había muerto en Auschwitz; si después de los campos de concentración aún era posible

141 HESCHEL, Abraham Jeshúa. "El concepto del hombre en el pensamiento judío". En RADAKRISHNAN, S. (Ed). *El concepto del hombre*. Fondo de Cultura Económica, México 3ª ed., 2ª reimp., 1993, pp. 150-154.

creer. (Tomemos en cuenta que Wiesel, en plena infancia, estuvo en uno de esos campos y que vio morir en él a toda su familia). Respuesta: "Yo nunca he comprendido el ateísmo. Es una forma de pensamiento, un modo de existencia que me resultan extraños. Un creyente que es muy creyente y que pasa momentos de duda, lo comprendo. Un increyente que pasa por momentos de fe, también lo comprendo. Pero para un verdadero ateo, tal como nosotros lo concebimos, el problema ni siquiera se plantea. Para mí el problema no es la no existencia de Dios, sino precisamente su existencia. Si Dios no existe, entonces ya no hay problema. A menudo me siento en favor de Dios, a veces contra Él, pero nunca sin Él"¹⁴².

"Mi furia busca a Dios -dice don *Morabito*, un hombre casi enano y jorobado en una novela de Salvador de Madariaga-, Él es quien me ha ofendido, mi enemigo, mi verdugo. ¿Yo ateo? Jamás. Eso es bueno para los hombres bien alimentados... Esos sí que pueden darse el lujo de ser ateos ...Pero yo, yo, que me paso la vida luchando contra su voluntad, yo...no"¹⁴³.

El hombre bíblico grita porque sabe que alguien lo escucha; de lo contrario apretaría los dientes. Se queja porque está seguro de que sus lamentos serán recogidos. Si no hay Dios, no hay por qué levantar la voz. Pero si Dios existe, hay que gritar, lamentarse, cubrirse de saco y ceniza, incluso pleitear con Él, pero siempre frente a Él. En los momentos más duros de la vida, ¿qué le pedían a Dios sus servidores los profetas? Jonás: "Señor, quítame la vida; más vale morir que vivir" (*Jonás* 4,1-3). Elías: "¡Basta, Señor! ¡Quítame la vida, que yo no valgo más que mis padres! (*1 Reyes* 19,3-4). Jeremías: ¡Maldito el día en que nací, el día en que me parió mi madre no sea bendito!...

142 WIESEL, Elie. *Mi protesta se sitúa en el interior de la fe*. Entrevista por P. M. De Saint-Charón. *Le monde*, 31-X-86. Reproducida en VIDA NUEVA, n. 1557, 29 de noviembre de 1986, p.26 (2354). Os suplico que leáis WIESEL, Elie. *La noche. El alba. El día*. Muchnik, Barcelona 1986 (o bien: Milá, Buenos Aires 1988).

143 MADARIAGA, Salvador de. *El enemigo de Dios*. Sudamericana, Buenos Aires 1965, p. 31.

¿Por qué no me maté en el vientre? Habría sido mi madre mi sepulcro... ¿Por qué salí del vientre para pasar trabajos y penas y acabar mis días derrotado?" (*Jeremías* 20, 14-18).

No nos espantemos, pues, si alguna vez nos expresamos como ellos. A veces, es muy recomendable hacerlo. Dios no se enojará por eso. Recordemos lo que escribió una vez Martin Buber, el gran filósofo judío: "Todos los pueblos practican la oración, pero sólo Israel ha convertido la existencia en un *pleito* con el Todopoderoso, una sucesión de preguntas y respuestas, en las que el hombre interroga y Dios contesta"¹⁴⁴.

¡Alcemos la voz, si es necesario! "Sólo Dios que es padre nuestro es capaz de soportar también las rebeliones y los gritos del hijo; es la relación con un Dios tan bueno y fuerte que nos hace posible *litigar* con él"¹⁴⁵

Bertrand Russell (1872-1970), en su *Diccionario del hombre contemporáneo*, despachó el problema del mal en 11 renglones. Dice así en los primeros cinco: "Cuando se comprende que los males fundamentales se deben al ciego impulso de la materia, y que son los efectos, totalmente necesarios, de fuerzas desprovistas de conciencia, y que por tanto no son buenas ni malas, la indignación es tan absurda como Jerjes castigando a Helepanto"¹⁴⁶

¡Con lo que se conforma un hombre sin fe! Tiene razón Elie Wiesel: "Si Dios no existe, entonces ya no hay problema". ¡Pero no, no y no! Aunque sufra, mi alma prefiere a Dios antes que a esas fuerzas desprovistas de conciencia de las que habla Russell. Dios me quiso, me aceptó y me puso en el mundo. Él sabe de mí, y sabe por qué a mí. Mientras lucho con todas mis fuerzas por aceptarme como soy, me pongo en sus manos.

144 BUBER, Martin. *El rabí de la buena fama. Relatos jasídicos*. Milá, Buenos Aires 1988, p. 11.

145 MARTINI, Carlo María. *Ustedes se han mantenido a mi lado en mis pruebas. Reflexiones sobre Job*. Paulinas, Bogotá 1993, p. 54.

146 RUSSELL, Bertrand. *Diccionario del hombre contemporáneo*. Santiago Rueda, Buenos Aires 1955, p. 200.

Capítulo 18

Él nos devuelve la alegría

Hacia la década de los ochentas un intelectual italiano, J. M. Allegro, lanzó al mundo de la opinión pública una hipótesis extravagante: Jesús, aquél al que los cristianos llaman "Señor" y "Salvador", no era otra cosa que la denominación de un hongo de mosca alucinógeno (la *amanita muscaria*) con el que los discípulos se ponían loquitos durante las ceremonias de las primeras comunidades.

Antes otros autores había dicho ya que era el hijo bastardo de una tejedora y de un soldado romano, un extraterrestre, un psicópata, un mito astral. No nos extrañaría que a otro más se le ocurriera decir mañana que era piedra muy antigua, por ejemplo, o un collar, o una prehistórica camisa de fuerza desenterrada en el Mar Muerto por alguno de los apóstoles. Desgraciadamente, en el reino de la imaginación todo es posible.

Durante el siglo XVIII se empezó a decir también que, en definitiva, ese hombre llamado Jesús ni siquiera había existido. No nos metemos a transcribir párrafos enteros de F. Volney o de Bruno Bauer, que fueron los primeros en poner por escrito este tipo de dudas. Durante 18 siglos la realidad histórica de Jesús jamás había sido puesta en duda. A partir de finales del siglo XVIII y principios del XIX ya se vale salir del anonimato intelectual con cualquier ocurrencia.

Esto, claro está, no nos espanta. Si ciertos nazistas de hoy han

tenido la audacia de afirmar públicamente que los judíos de los campos de concentración no morían sacrificados sino de tifoidea, aún cuando viven algunos sobrevivientes del holocausto y aún cuando hemos visto con nuestros propios ojos los hornos crematorios, ¿por qué nos va a extrañar que alguien se obstine en negar la existencia de un ser que vivió hace 2000 años?

Sin embargo, Jesús de Nazaret no es un *mito*, ya que su *historia* se puede localizar y datar. Es cierto que como Sócrates y como muchos otros maestros de la antigüedad, no escribió nada y que, por lo mismo, no disponemos de ningún documento salido de sus manos. Pero poseemos, en cambio, ciertos documentos escritos por sus primeros discípulos, y es gracias a ellos que podemos conocerlo tanto en sus obras como en sus palabras.

Se pensará, tal vez, acaso, que esto es ya en sí mismo tendencioso; que son necesarios otros testimonios más imparciales, pues "nadie es buen juez de su propia causa". De acuerdo. ¡Pues esos testimonios también existen! De ellos podemos colegir que Jesús no es el sueño de un *peyotazo*, ni un invento de los curas, y que su tránsito por la tierra es algo meridianamente cierto. Lo más interesante de estas *noticias* que veremos a continuación es que provienen de hombres no cristianos e incluso de perseguidores de cristianos. No nos extrañe, pues, que abunden en ellas denuestos y maldiciones. Reparemos únicamente en que no maldecían a seres fantasmales.

La primera de estas *alusiones* (creo que no debemos llamarlas de otro modo) a Cristo y a los cristianos se halla en una obra de Flavio Josefo, el historiador judío. Este sabio varón, que hacia los años 93 y 94 publicó una historia del pueblo hebreo titulada *Antigüedades de los judíos* (o *Antigüedades judaicas*), dice así al referirse a un acontecimiento que tuvo lugar en Jerusalén en el año 62: "Anás reunió el sanedrín e hizo comparecer a Santiago, hermano de Jesús llamado el Cristo y con él hizo comparecer a varios otros. Los acusó de ser in-

fractores de la ley y los condenó a ser apedreados"¹⁴⁷. (¿Quién puede decir, entonces, que Cristo y los cristianos no existieron?).

Abramos ahora los *Anales* de Cornelio Tácito. Esta obra fue escrita hacia los años 110-112, en tiempos del Emperador Trajano. En ella, al referirse al incendio de Roma, dice nuestro autor que Nerón, buscando echar por tierra los rumores que lo hacían culpable de haber incendiado la ciudad y para "descargarse", "comenzó a castigar con exquisitos géneros de tormentos, a unos hombres aborrecidos por el vulgo por sus excesos, llamados comúnmente cristianos. El autor de este nombre fue Cristo, el cual, imperando Tiberio, había sido ajusticiado por orden de Poncio Pilato, procurador de Judea. Por entonces se reprimió un tanto aquella perniciosa superstición; pero tornaba otra vez a reverdecir, no solamente en Judea, origen de este mal, sino también en Roma...

"Fueron pues castigados al principio los que profesaban públicamente esta religión, y después, por indicios de aquellos, una multitud infinita, no tanto por el delito del incendio que se les imputaba, como por haberles convencido de general aborrecimiento al género humano... A unos vestían de pellejos de fieras, para que de esta manera los despedazasen los perros; a otros ponían en cruces; a otros echaban sobre grandes rimeros de leña, a los cuales, en faltando el día, pegaban fuego para que, ardiendo con ellos, sirviesen de luminarias en las tinieblas de la noche"¹⁴⁸.

Tácito no abrigaba ninguna simpatía por el cristianismo; sin embargo, no deja de mencionar dos cosas que ya por el Evangelio teníamos por ciertas: 1) que Jesús de Nazaret fue ejecutado "en tiempos de Poncio Pilato", y 2) que el cristianismo nació en la región de Judea. Por lo demás, no nos resulta asombroso que diga que los cristianos ya constituían en aquel tiempo "una multitud infinita".

147 JOSEFO, Flavio. *Antigüedades de los judíos*, 29,9,1. t. 3, Clie, Tarrasa 1988, p. 342.

148 TÁCITO, Cornelio. *Anales* (libro XV). Porrúa, México 1975, p. 256.

Suetonio, el famoso biógrafo de *Los doce césares* es mucho más escueto. Como de pasada dice que después del incendio de Roma “los cristianos, una clase de hombres llenos de supersticiones nuevas y peligrosas, fueron entregados al suplicio”¹⁴⁹.

De Cristo y los cristianos también habla una carta que el legado imperial en las provincias próximas al Mar Muerto y gobernador de Bitinia, Plinio *el Joven*, envió al emperador Trajano para pedirle un consejo. He aquí un fragmento de la mencionada carta:

Plinio al emperador Trajano. Salud.

Cosa solemne es para mí, señor, exponerte todas mis dudas; porque, ¿quién puede decirme o instruirme mejor? Nunca he asistido al proceso y sentencia de ningún cristiano. Así es que ignoro sobre qué recae la información que se hace contra ellos, y hasta dónde puede llevarse el castigo. Vacilo mucho acerca de la diferencia de edades. ¿Deben ser castigados sin distinción de jóvenes y ancianos? ¿Debe perdonarse al que se arrepiente?... ¿Es el nombre lo que se castiga en ellos? ¿Qué crímenes hay unidos a ese nombre? ¿He aquí las reglas que he seguido en las acusaciones presentadas ante mí contra los cristianos. A los que han confesado serlo, les he interrogado por segunda y tercera vez, y les he amenazado con el suplicio. Y a él los he mandado si han persistido. Porque, fuera lo que quisieran lo que confesasen, he creído que debía castigarse su desobediencia e invencible obstinación... (Los que apostataron) decían que todo su error o falta se limitaba a estos puntos: que en determinado día se reunían antes de salir el sol y cantaban sucesivamente himnos en honor de Cristo, como si fuese Dios; que se obligaban bajo juramento, no para crímenes, sino a no cometer robo ni adulterio; a no faltar a la promesa...; que después de esto, acostumbraban separarse y que después se reunían para comer en común manjares inocentes...¹⁵⁰:

¿Qué se puede concluir de la lectura conjunta de estos documentos? Por de pronto, tres cosas: 1) que ya para la segunda mitad del siglo I de nuestra era, el cristianismo era una potencia difícil de

149 SÜETONIO, Cayo. *Vida de Nerón Claudio*. En *Los doce Césares*. Sarpe, Madrid 1985, p. 204.

150 PLINIO EL JOVEN. *Cartas* (Carta XCVII). Secretaría de Educación Pública, México, 1984, pp. 349-350.

abatir; 2) que se había propagado por casi todo el mundo conocido; que tenía su "pegue", poniendo en jaque a las religiones idolátricas y 3) que ya desde esa época, Cristo era adorado como Dios.

Este último punto es importantísimo. Para los cristianos Jesús es la encarnación de Dios. Dios se hizo hombre y es éste Jesús del que aunque sea con desprecio hablaron los historiadores romanos y judíos. Como dice el *Credo* "por nosotros y por nuestra salvación bajó del cielo. Y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre". Aquel Jesús que existió realmente, que recorrió los caminos de la Palestina de hace 2000 años, aquel a quien sus discípulos oyeron, vieron y tocaron, era Dios encarnado en la persona del Hijo: Jesucristo. Era "Dios y hombre verdadero", es decir, perfecto hombre y perfecto Dios.

Los creyentes decimos que Cristo es Dios por muchas razones. Pensemos, por ejemplo en sus milagros, en su poder sobre la enfermedad y los elementos de la naturaleza, pero, sobre todo, veamos este solo hecho trascendente: su resurrección. Antes de ella, los discípulos *creían* en él, pero con una sabiduría del corazón todavía incapaz de dar razón de sí misma. En un primer momento, lo que empujó a los discípulos a seguirlo era un algo "más afectivo que doctrinal"¹⁵¹. Les atraía Jesús; su personalidad los cautivaba y su palabra los enardecía, pero, en sentido estricto, no fue sino hasta la pascua, el día de la Resurrección, cuando pudieron decir con seguridad: "¡En realidad, este era el Hijo de Dios!" (*Mateo 27,54*). "Dios ha resucitado a Jesús y nosotros somos testigos" (*Hechos 2,32*). La *fe* inicial, que podía muy bien confundirse con una mera *atracción*, estaba ahora plenamente justificada.

Según los especialistas en la materia, el *credo* más antiguo de la Iglesia, es esta profesión de fe cristológica: "¡En verdad el Señor ha resucitado y se le ha aparecido a Simón!" (*Lucas 24,34*).

La resurrección del Señor es el núcleo, el centro de la fe y sobre ella

151 DUCI, Francesco. *Jesús llamado Cristo*. Paulinas, Madrid 1983, p. 19.

edificaron su existencia los primeros cristianos. Por esta verdad eran capaces de entregar la vida. Dice Orígenes (185-253), el escritor más fecundo de la antigüedad cristiana: "El argumento claro y evidente de la resurrección de Cristo es el de la vida de esos discípulos entregados a una doctrina que humanamente ponía en peligro su vida; una doctrina que, de haber inventado ellos la resurrección de Jesús de entre los muertos, no habrían enseñado con tanta energía. A lo que hay que añadir que, conforme a ella, no sólo prepararon a otros a despreciar la muerte, sino que lo hicieron ellos los primeros"¹⁵².

Cuando Ignacio, el santo obispo de Antioquía (+107) se enteró de que ciertos cristianos influyentes tramitaban su indulto en las altas esferas de la política romana, él, encadenado y todo, camino del martirio, les escribió una bellísima carta en la que les decía: "Yo os lo suplico, no mostréis para conmigo una benevolencia inoportuna. Permitidme ser pasto de las fieras... Trigo soy de Dios y por los dientes de las fieras he de ser molido, a fin de ser hallado como limpio pan de Cristo... No os doy mandatos como Pedro y Pablo. Ellos fueron apóstoles; yo soy solo un condenado a muerte. Ellos son ya libres; yo, hasta el presente, soy un esclavo. Sin embargo, cuando hubiere sufrido quedaré liberto en Jesú-Cristo y resucitaré libre en El"¹⁵³.

Por Tácito sabemos (y por muchos otros autores que nos abstendremos de citar) cuáles eran los suplicios a que se veían sometidos los cristianos de los primeros siglos; y, sin embargo, como él mismo dice, el cristianismo "tornaba otra vez a reverdecer". ¿Creen ustedes, acaso, que entregaban su vida y sus posesiones (ya que éstas les eran confiscadas) por una mentira? ¿No los imaginemos tan necios! Para ellos, o Cristo era Dios o no era nada en absoluto. Y si no era nada, ¿a qué entregárselo todo? Como escribió un gran teólogo alemán de

152 ORÍGENES. *Contra Celso*, II, 55. *Cit.*, en JIMÉNEZ, Emiliano. *El credo, símbolo de la fe de la Iglesia*. Ega, Bilbao 1992, p. 108.

153 IGNACIO DE ANTIOQUÍA, San. *Carta a los romanos*, IV, 1-3. En *Cartas camino del martirio*. Aspas, Madrid 1947, p.124.

mediados del presente siglo, "ninguno de los antiguos escritores cristianos han escrito una línea que no dé testimonio de su creencia de que el Señor resucitó verdaderamente y subió a los cielos donde está siempre presente. *El Cristo según la carne, si no fue más que esto, por más que haya sido un héroe o un mártir, los creyentes del cristianismo primitivo habrían prescindido de buena gana de él. Si allí no había más que él, se hubiesen considerado los más miserables de los hombres*"¹⁵⁴.

¿Y qué vino a hacer a este mundo Jesús, aquel del que los cristianos decimos que es Dios y hombre verdadero? La Iglesia siempre ha respondido así a esta pregunta: "El Hijo de Dios se hizo hombre para redimir a los hombres"¹⁵⁵, para rescatarlos de la tristeza de lo finito, de la angustia del pecado y devolverlos al Padre tal como una vez salieron de sus manos: felices y en la completa posesión de su ser. A este acto mediante el cual el Hijo devuelve el hombre al Padre (por el Espíritu Santo) se le llama *redención*.

En el Antiguo Testamento, el término *redención* se utilizaba para referirse, primero, a la liberación de los israelitas del país de Egipto, y, después, para aludir a la liberación de la cautividad de Babilonia. Cuando un hombre estaba en poder del enemigo, cuando era esclavo y alguien rompía sus cadenas y lo sacaba a respirar el aire puro de la libertad, se decía que este alguien lo había redimido. (Por lo menos para el judío, este alguien siempre será Dios, Yahvé, el Todopoderoso). La redención es el paso del calabozo a la luz, de la dependencia al señorío de sí, de los grilletes a las manos libres, de las tinieblas subterráneas al espacio aireado en el que puede respirarse a pleno pulmón. ¡Con qué gozo los israelitas, al recordar las hazañas de su *rescate*, decían de sí mismos que eran "los redimidos del Señor" (*Isaías* 62, 12; 51, 10)!

Pues bien, mediante la muerte y resurrección de Jesucristo, los cris-

154 ADAM, Karl. *Jesus-Christus*. Santa Catalina, Buenos Aires 1940, pp. 25-26.

155 OTT, Ludwig. *Manual de teología dogmática*. Herder, Barcelona 1986, p. 279.

tianos nos sabemos redimidos de una esclavitud aún mayor que la que sufrió el pueblo judío en Egipto y Babilonia: la esclavitud del pecado y de la muerte. El Padre nos entregó a su Hijo, para que el Hijo nos devolviera a las manos del Padre, de las que habíamos caído, o mejor dicho, de las que habíamos querido escapar.

¿Cómo nos imaginamos a este Padre? ¿Cómo un Dios terrible cuya boca está llena de maldiciones e improperios? Escuchen lo que Jesús dice de él: "Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo" (*Juan 3,16*). Y para que no quedara ninguna duda y lo conociéramos mejor, contó la parábola del hijo pródigo. Dios busca al hombre porque le importa su vida. "La principal preocupación de Dios es curar al hombre enfermo, devolverle la salud que ha perdido"¹⁵⁶.

Si hubiera que resumir en pocas líneas la esencia de la fe cristiana, no lo duden, yo diría lo siguiente: Jesucristo, siendo Dios, quiso ponerse del lado del hombre; aún más (*por nosotros y por nuestra salvación*) quiso hacerse *como uno de tantos* y por eso bajó del cielo. Karl Adam, el gran teólogo de Tubinga, cuyas obras echamos de menos en nuestras modernas librerías, utilizó un solo renglón para resumir esta fe: "El hombre es tan grande que Dios sacrifica su vida humana por él"¹⁵⁷.

Sería incorrecto decir que Dios vino, en Jesús, a *ayudar* al hombre. No lo vino a ayudar, lo vino a salvar y a ofrecerle una vida nueva junto a Dios.

Consta por los testimonios de la Escritura que Jesús nunca pactó con la injusticia de los poderosos, ni con la enfermedad, ni con la muerte, sino que, todo lo contrario, durante su vida no hizo otra cosa que luchar contra estos enemigos de lo humano. Él curó a los enfermos, descalificó a los que ponían el sentido de su vida en el *negocio*, resucitó a algunos para mostrar el poder que tenía contra la muerte,

156 ADAM, Karl. *Cristo nuestro hermano*. Santa Catalina, Buenos Aires 1939, p. 102.

157 *Ibid.* p.108.

y Él mismo se entregó a la muerte *por nuestra salvación*. Allí donde la miseria, fruto del pecado o de la injusticia, velaba el brillo de unos ojos, Él posó su mano y trajo nuevamente la alegría. Pero todo esto habría sido aún muy poco si Él mismo no hubiera resucitado. Sus enemigos hubieran tenido razón contra Él: "Este ha salvado a muchos, pero a sí mismo no se puede salvar" (*Lucas 23, 36*). Y lo que es aún peor, la muerte, el principal enemigo, hubiera salido vencedora.

Cuando afirmamos que Cristo resucitó, no decimos cualquier cosa. Decimos que la muerte ha sido vencida y que ya no tiene ningún poder sobre el hombre. En expresión de Lutero, tras la resurrección de Cristo, la muerte es una serpiente a la que le ha sido arrancado el diente venenoso. "La serpiente sigue presente y todavía atemoriza. Pero lo que constituye una situación nueva para nosotros, los cristianos, es el hecho de que esa serpiente que rodea nuestra vida está muerta. Para el que lo sabe ya ha perdido su fuerza terrorífica. La misma muerte biológica que tenemos que morir ha quedado privada de poder, está ella también muerta"¹⁵⁸.

¿Se ve ahora más claro cuál era la misión del Hijo de Dios, Jesucristo Nuestro Señor? Era vencer esa muerte que asfixiaba y hacía insopor- table nuestras vidas. ¿Se ve más claro ahora por qué quiso hacerse hombre? Para morir y, al tercer día, resucitar. Dejó que la muerte se le acercara, la derrotó y ahora nos regala el trofeo de la victoria.

Él, que vivía en el seno del Padre (*Juan 1, 18*) no necesitaba la eternidad: ya la poseía; pero quiso hacernos eternos a nosotros que no contábamos con nada, salvo con nuestro miedo y nuestra gran desesperanza. ¡Hemos sido, pues, rescatados de una prisión mayor: la prisión del sepulcro! ¿Cómo iba Dios a dejar perder lo que amaba tanto?

Hasta hace poco solían decir algunos teólogos que una sola gota de la sangre del Redentor habría bastado para rehacerlo todo. Pero ésta, si se

158 THIELICKE, Helmut. *El sentido de ser cristiano. Invitación al tiempo y a la esperanza*. Sal Terrae, Santander 1978, pp. 84-85.

me permite decirlo así, es una cuestión enteramente bizantina, ya que esa sola gota tenía que ser de la sangre del Hombre Dios, lo que presupone la encarnación. Quiero decir esto: la muestra culmen del amor que Dios nos tiene hay que buscarla sobre todo en la encarnación de la Segunda Persona de la Trinidad; lo demás es un sobreañadido a ese amor. Si es cierto –como lo es– que el Verbo se hizo carne (*Juan 1, 1-18*), entonces hemos de reconocer que “desde ese momento” ya había aceptado *morir por nosotros*, pues ser hombre es tener que pasar por el trance de morir. Si la encarnación no es una burla (;que no lo es!), hay que concluir que Cristo se hizo semejante en todo a nosotros (excepto en el pecado), lo cual quiere decir, a su vez, que desde su *abajamiento* había pasado a formar parte de la dolorida humanidad, y que en cuanto hombre no podía no morir. El gesto máximo de su amor fue la encarnación, y un suplemento de ese amor (si es que todavía se le puede añadir algo a lo infinito) fue la cruz que aceptó de nuestras manos.

Hoy día es común entre los teólogos aceptar esta manera de ver las cosas. Cristo *pudo* no haber muerto en la cruz, haber muerto, por ejemplo, de muerte natural y, con todo, mediante su *muerte* haber redimido al género humano. Desde donde se la vea su muerte será siempre *por nosotros*, pues por nosotros fue que bajó del cielo. “Su venida según la carne –escribió Karl Rahner, el teólogo alemán, refiriéndose al Señor Jesús– es ya el inicio del encuentro con la muerte, porque asume la carne destinada a la muerte”¹⁵⁹. Andrés Torres Queiruga lo dijo con una frase redonda: “Cristo pudo redimirnos sin morir en la cruz, pero no sin morir”¹⁶⁰. La cruz, más que una necesidad, fue otro acto de la humildad divina, que quiso ponerse en nuestras manos para que nosotros aceptáramos volver a las manos de Dios. “El calvario, que no era necesario para la salvación –habla ahora un escritor de principios del siglo xx–, lo era para el amor”¹⁶¹.

159 RAHNER, Karl. *Saggi di cristologia e di mariologia*. Paoline, Milano 1965, p.423.

160 TORRES QUEIRUGA, Andrés. *Recuperar la salvación*. Encuentro, Madrid 1979, p. 175.

161 ROUZIC, Luis. *La alegría*. Difusión, Buenos Aires 1943, p.63.

Así y todo, siempre ha existido la creencia en el seno de la Iglesia de que aún si la humanidad no hubiera pecado, de igual manera el Verbo de Dios se habría encarnado: "tan bello era el hombre y de tal manera lo amaba Dios". Esta intuición, que ya latía en el corazón de San Ireneo (135-200 aprox.), el obispo mártir, y que tomó consistencia con San Buenaventura en el siglo XIII, ha llegado a ser una convicción para muchos intelectuales cristianos de nuestro tiempo. "Con caída o sin ella, escribe el teólogo ruso Paul Evdokimov (1900-1970), Dios ha creado al mundo para ser hombre en él y para que el hombre sea Dios por la gracia"¹⁶². "Por virtud de la encarnación los hombres se han convertido en hijos de Dios y la creación entera ha sido promovida al orden sobrenatural -dice Ignace Lepp-. Aún suponiendo que el hombre no hubiese cometido el pecado original y que, en consecuencia, el mundo estuviera libre de todas las catástrofes que dicho pecado ha acarreado, existen muchas probabilidades de que el Verbo de Dios se hubiese encarnado lo mismo"¹⁶³.

El hombre no puede dudar ya del amor que Dios tiene por él. Es cierto que después de la encarnación de Dios sigue sin haber una respuesta *teórica* a la pregunta por el mal, pero tenemos ya una respuesta existencial, y esta respuesta es la encarnación, la muerte y la resurrección de Jesucristo. En efecto, *él sabía* de las pruebas a las que íbamos a estar expuestos, pero también sabía que no estaríamos solos para combatirlos o soportarlos; que no quedaríamos abandonados y que, finalmente, después de esta vida (merced a su victoria sobre la muerte) podríamos gozar de la infinita felicidad para la que habíamos sido pensados desde el principio de los tiempos. "¿De qué nos serviría haber nacido si no hubiéramos sido rescatados? -canta la Iglesia emocionada en la Vigilia Pascual-. ¿Qué asombroso beneficio de tu amor por nosotros! ¿Qué incomparable ternura y caridad! ¿Para rescatar al esclavo entregaste al Hijo!".

162 EVDOKIMOV, Paul. *El sacramento del amor*. Ariel, Barcelona 1966, p. 69.

163 LEPP, Ignace. *Escándalo y consuelo*. Carlos Lohlé, Buenos Aires 1961, pp.112-113.

Tiene razón Louis Evely: "Cuando lleguemos al cielo nos harán una sola pregunta: '¿Habéis creído en el amor de Dios por vosotros? Más allá de vuestras dudas, de vuestras experiencias dolorosas, de vuestras decepciones infantiles, ¿habéis tenido el arrojo de creer en Dios Padre, en vuestro Padre? A pesar de todo, ¿habéis creído que os amaba?'"¹⁶⁴.

164 EVELY, Louis. *Credo. El símbolo de los apóstoles*. Ariel, Barcelona 1968, p. 69.

Capítulo 19

Amar es también dejarse amar

La única verdadera respuesta al problema del mal es la resurrección de Jesucristo. No existe otra. Gracias a ella sabemos que la muerte no es el final y que todos los horrores de este mundo pasarán. "Si Cristo no resucitó, vana es nuestra fe", dijo san Pablo (*1 Corintios* 15,14). Y vana también nuestra vida, y vano todo lo que hagamos o dejemos de hacer. ¿De qué nos serviría luchar contra esto o aquello que busca minarnos, si al final terminaremos siendo vencidos? ¿Para qué tratar de ser justos, clementes y compasivos, si nada hay más allá de la Justicia, la Clemencia y la Compasión?

La verdad es que no creo mucho en aquellos que predicán la virtud y se glorían de su ateísmo. ¿A qué virtud se refieren? Ha escrito recientemente un filósofo francés: "¿Ser virtuosos en honor a qué? En honor a la fidelidad: por la fidelidad a la fidelidad. Fidelidad al hombre, no a Dios".¹⁶⁵ Pero, ¿para qué ser corteses, amables, laboriosos, honrados y todo lo demás si nada de eso quedará finalmente? Si la virtud es un camino que no lleva a ninguna parte, nada me obliga a transitar por él; si no existe una vida más allá de esta vida, nada es digno de reclamar mi interés y todo pasa a ser banal e intrascendente como la vida misma.

165 COMTE-SPONVILLE, André. *Pequeño tratado de las grandes virtudes*. Andrés Bello, Santiago de Chile 1997, pp.32 y 34.

Respeto a los que practican la virtud por amor a la virtud; admiro a los que se esfuerzan por ser amables aún cuando están seguros de que se borrará el recuerdo de su sonrisa. Los respeto y los admiro sinceramente, pero yo no puedo ser como ellos. ¡Yo me niego a aceptar ese "olvido universal" del que habla Borges!

Me explico: no es que Dios sea sólo *la* condición de mi inmortalidad (eso es kantiano, no cristiano); es que sin Dios, *en último análisis*, no tiene por qué haber condiciones: "Si Dios no existe, todo está permitido". Sartre lo sabía: "Si Dios no existe... no está escrito en ninguna parte que el bien exista, que haya que ser honrado, que no haya que mentir... No encontramos frente a nosotros valores u órdenes que legitimen nuestra conducta".¹⁶⁶ Si no existe Dios, perdemos el tiempo escribiendo y leyendo este libro, perdemos el tiempo luchando contra nuestras enfermedades y decepciones, y perdemos el tiempo viviendo.

Hoy se nos dice más que nunca: "Cuidad vuestra salud: no fuméis, no bebáis, haceos vegetarianos". Sí, pero ¿por qué debo cuidar mi salud si ésta, de todas formas, se me escapará de aquí a 10 ó 20 años a lo mucho? ¡Al final me quedaré sin ella! La cuidamos únicamente para tener más vida; y queremos más vida para tener más *oportunidades* de llegar a la otra vida. ¡Si no existimos mas que para morir, vamos muriéndonos de una vez!

A los ateos de su tiempo (es en ese tiempo cuando empezó realmente a haber ateos), Pascal les aconsejaba la práctica de la virtud como un medio para llegar a la fe. Decía: "¿No sois cristianos? Haced como si lo fuerais y lo seréis; haced obras de caridad y creeréis en aquel que es caridad", etc. Con lo que quería decir que las virtudes son un medio para llegar a aquella otra Virtud (con mayúscula) que es Dios mismo. El cristianismo es ante todo una fe; sólo a partir de allí es que puede y debe haber una moral; pero sin aquella, ésta no tiene gran sentido.

166 SARTRE, Jean Paul. *El existencialismo...* Op. cit., p.40.

*Todos caemos. Cae mi mano.
Y mira las demás: todas ellas caen.
Sin embargo, hay alguien que detiene todas
estas caídas
con dulzura infinita, entre sus manos.*¹⁶⁷

Si Cristo no hubiera resucitado, estos versos de Rilke, el cantor de las rosas y de los ángeles, seguirían siendo bellos, pero con la belleza de los sueños y de los cuentos de hadas. (*Las ciudades invisibles* de Italo Calvino son bellísimas, pero ¡ay! son invisibles). No obstante, lo sabemos, existe alguien que detiene nuestra caída. Estamos seguros de su dulzura infinita. Caemos, pero somos recogidos por el que cayó en la muerte y ahora “vive y reina por los siglos de los siglos”. La pregunta por el sentido de la vida y de la muerte no tiene otra respuesta que la de las manos de Dios.

Bien, ¿pero por qué nos recoge? ¿Qué tenemos de especial para que Él nos tome en serio? Volvemos a lo mismo: porque nos ama. Amar a alguien es decidirse a tomarlo en serio, es necesitarlo. ¿Se han sentido alguna vez necesitados? ¿No? ¿Sí? Pues Él nos necesita, a ustedes y a mí. No ciertamente para que nuestro ser complete el suyo, que es perfectísimo, sino para darse a sí mismo y hacernos plenos. Amar es dar sin medida. Quien no lea el hecho de la Redención desde esta clave, jamás comprenderá nada de nada. Por el momento no se trata de amar en el sentido activo de la palabra, sino únicamente en el pasivo de “dejarse amar”. ¿Somos capaces de aceptar que Dios nos ama? ¿Estamos dispuestos a aceptar ser amados? Dice San Juan evangelista: “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó primero” (1 Juan. 4,10). Podemos rebelarnos, patear, podemos incluso negar este amor o blasfemar, pero no pode-

167 RILKE, Rainer María. “Otoño (De Libro de Imágenes)”. En RILKE, Rainer María. *Antología Poética*. Servet, México 1964, p. 46.

mos escapar de él. "¿A dónde iré lejos de ti? –se preguntaba el salmista–, ¿a dónde de tu rostro podré huir? Si hasta los cielos subo, allí estás tú, si a los abismos bajo, allí te encuentras. Si tomo las alas de la aurora, si voy a parar a lo último del mar, también allí tu mano me conduce, tu diestra me protege" (*Salmo 138*). ¿En qué lugar tendríamos que escondernos para escapar de la mirada amorosa de Dios? ¡Utopía!: no hay ese lugar.

Un error deplorable, hijo de la modernidad autosuficiente, es creer que, en lo que se refiere al amor, el *yo* que ama es el único que cuenta. ¡Por Dios, no! Amar es también dejarse amar, recibir el amor que se nos ofrece como se recibe un regalo. Leamos a Ionesco, al Ionesco de los *Diarios*, al Ionesco pensador, teólogo, poeta. Leámoslo sobre todo en aquella página donde escribe: "Amar quiere decir dejarse amar, es aceptar ser propiedad de alguien, es renunciar más o menos a uno mismo, aceptar que alguien disponga más o menos de uno, no por afición a la sumisión, ni por masoquismo, sino para no desposeer al otro porque el otro sufriría por ello".¹⁶⁸

No se equivocaban los teólogos y místicos del pasado cuando decían que la humildad es un requisito para llegar a la fe. ¡Vaya que se necesita una humildad grandiosa, a toda prueba, para creer que Dios nos quiera eternamente junto a Él!

Si no se comprende este amor, si Dios no es para nosotros mas que un ente que habita en el séptimo cielo totalmente desentendido del mundo de los infelices mortales, entonces no hay manera de entender el misterio de la vida eterna. Una vez le preguntaron a Borges (que estaba a unos cuantos meses de morir) si creía en Dios. Su respuesta fue: "No... a mí me parece que la teología y Dios son ramas de la literatura fantástica. Dios es una invención, tal como el *Centauro* y el *Ave Fénix*. No creo en Dios y no me cabe duda de que de haberlo, no tendría ningún interés específico en relacionarse conmi-

168 IONESCO, Eugène. *Diario I*. Guadarrama, Madrid, 1968, p. 251.

go". Conclusión: "Yo no tengo religión, sino la esperanza grandiosa de morir eternamente, en cuerpo y alma"¹⁶⁹.

En esto Borges no era original. Ya Epicuro, 2200 años antes de Cristo, había dicho la misma cosa: "No es seguro que Dios exista, y si existe lo seguro es que no tenga ningún interés en ocuparse de mis asuntos". Y, sin embargo, entre Borges y Epicuro hay una gran diferencia: éste no oyó nunca hablar de Jesucristo, mientras que Borges sí. Si no oyó nada de Él en alguna iglesia o en alguna Biblia, debió por lo menos haber oído hablar de Él en los libros de Chesterton, a quien admiraba. En fin....

Según una famosa encuesta realizada en España en 1992, en lo referente a las *postrimerías*, es decir, a las realidades que el creyente espera después de esta vida, las cosas andan más o menos así: Creen firmemente en la otra vida el 43,8%; tienen duda o no saben qué pensar, el 40,2%; y no creen en absoluto, el 7,5%. Las cifras que reporta Italia son, a este respecto, muy similares: del 80% que dice creer en Dios, sólo el 43% cree en la vida después de la muerte¹⁷⁰. Como si Dios y vida eterna tuvieran nada o muy poco que ver entre sí.

Acaso sea yo muy ingenuo, pero para creer en la existencia de la vida perdurable no preciso de grandes argumentos. Me basta con pensar así: El amor es el deseo de que el otro viva. Si yo amo a alguien, quiero que viva, que viva siempre y conmigo; o sea, no lejos de mi radio de acción ni ausente de mi diaria actividad. En sentido estricto, y en esto me adhiero plenamente a François Mauriac (1885-1970), "el amor es la imposibilidad física de vivir lejos del objeto amado, de respirar un aire distinto del que él respira"¹⁷¹. Pues bien, si Dios me

169 BORGES, Jorge Luis. *En voz de Borges*. (Entrevista de Waldemar Verdugo-Fuentes). Oasis, México 1986, pp. 38, 40 y 42.

170 Cfr. MARDONES, José María. *¿A dónde va la religión? Cristianismo y religiosidad en nuestro tiempo*. Sal Terrae, Santander 1996, p. 19; VANZAN, Piersandro. *Contestualizzazione socioculturale e discernimento teologico pastorale del New Age*. En FIZZOTTI, Eugenio (Ed.), *La dolce seduzione dell'Acquario*. Libreria Ateneo Salesiano, Roma 1998, p. 74

171 MAURIAC, François. *Así opino yo*. Mateu, Barcelona 1961, p. 54.

ama, se sobreentiende que *quiere* que viva. Y como Él es omnipotente y todopoderoso, su *querer* no tiene ninguna limitación y ya es en sí mismo *poder*. En Dios, pues, el amor es el poder de que el otro viva. Y vive siempre, aunque ya se haya ocultado a la vista de los hombres. Jesús, el único que ha hablado perfectamente la lengua humana y la lengua divina, lo dijo muchas veces: "Dios no es un Dios de muertos, sino de vivos, pues para él todos viven". Lo que nosotros no podemos (a nosotros sí se nos muere lo que amamos), Dios lo puede hacer perfectamente, y así se convierte en el único verdadero amante.

La fe en la vida eterna no es mas que la fe en el amor que Dios nos tiene, sólo que expresada con diferentes palabras. Si creemos que Dios es un ser personal que se interesa particularmente por nosotros porque nos ama, ya estamos preparados para creer en el dogma de la resurrección de los muertos y, consecuentemente, en el de la vida que no se acaba. Una verdad lleva necesariamente a la otra. "Existir -escribió Jean Guitton- significa ser dignos de ser infinitamente"¹⁷²

Pero, atención: esto no quiere decir que nuestra muerte personal sea un suceso sin importancia. ¡Claro que no! Hay otra vida y yo deseo participar en ella de todo corazón, pero, aún así, aquella vida "siempre será *otra cosa* con respecto a mi actual siendo yo"¹⁷³, y, por lo tanto, la temo como se temen las cosas radicalmente nuevas. ¡No quiero morirme! Si de mí dependiera, aquí me quedaría por siempre. ¡A pesar de todo, es tan bella esta vida!

Me aterra tener que morir... pero, pensándolo bien, también me aterra pensar que no podría morir. Ay, ¿cómo salir de este embrollo? Me da miedo morir y, sin embargo, no me imagino viviendo 1000 ó 2000 años sin mis amigos entrañables, absurdamente solo. ¿Qué durante esta "eternidad" podría hacerme de nuevas amistades? Sí, pero de

172 GUITTON, Jean. *Perqué credo*. Società Editrice Internazionale. Torino 1973, p. 124.

173 FULLAT, Octavi. *La actual peripecia de creer*. Nova Terra, Barcelona 1970, p. 266.

ninguno de ellos podría ser "amigo de por vida", amigo de toda la vida: sería, pues, infiel desde el primer momento.

Cada vez que voy a la pequeña ciudad en que nací, de la que tuve que salir hace 15 años, me encuentro con mucha gente desconocida. Los niños de entonces son ahora jóvenes padres de familia. Pues bien, para ellos, yo soy un extranjero, no me conocen ni quieren conocerme. Es natural: toda su vida se ha edificado en mi ausencia. Y si todo esto pasa en solamente 15 años, ¿qué no pasará en 100? Sería el ser más solo del planeta. ¡Qué bien entendió esto Julien Green (1900-1998), el escritor francés, cuando escribió en su *Diario*: "Un hombre que ve desaparecer a muchas personas mayores que él y a otras tantas de su edad, se encuentra aislado poco a poco en un mundo del que no habla la lengua, en el que no es comprendido y donde se halla como un intruso"! E insiste, ya más confidencial: "Me siento diverso, me siento solo; no hablo la lengua que se habla a mi alrededor... Me siento como un viajero en un país del que no habla bien la lengua!"¹⁷⁴ ¡Y todo porque se sentía viejo en un mundo de jóvenes! Es cierto, después de cierta edad acabaríamos siendo seres incomprensibles en un mundo totalmente incomprensible.

Hace algún tiempo (tengo 30 años de edad, así que no hace mucho), no sé por qué, la idea de la muerte, de morir^{me} se convirtió para mí en una obsesión. En todo momento me sudaban las manos, las piernas me temblaban y mi corazón parecía que iba a dejar de latir. Literalmente, me asfixiaba (¿así es la angustia?). Y en esas condiciones hacía lo que tenía que hacer, cumplía con mis obligaciones, predicaba sobre la alegría y la esperanza. Cuando rezaba la Liturgia de las Horas, mis ojos se quedaban siempre fijos en frases como: "Alzo mis ojos a los montes, ¿de dónde me vendrá el auxilio?", o "devuélveme la alegría de tu salvación". Y allí me quedaba. No había cántico evangélico ni oración conclusiva, cosa que me angustiaba

174 GREEN, Julien. *Verso l' invisibile. Diario 1958-1966*. Rusconi, Milano 1967, pp. 175, 202 y 264.

todavía más. De pronto, la tercera llamada y a salir a misa de 7 de la mañana, de 12, del día, o de 7:30 de la tarde; a mostrar una cara esperanzada, jovial y a tratar de consolar a hombres y mujeres que se debatían entre el cáncer y la desesperación. En el transcurso de uno de aquellos días terribles, entré a una librería de usado que no conocía; en ella encontré dos libros que fueron para mí verdaderamente salvadores. Uno era una antología de cuentos judíos y el otro una novela de Simone de Beauvoir (*Todos los hombres son mortales*)¹⁷⁵. Primero leí la novela. En ella, la autora, atea por lo demás, pretendía demostrar que una vida sumamente larga es absurda, y que morir después de cierto tiempo no es más que un acto de justicia. El protagonista es un noble llamado *Raymond Fosca* que, al sentir que la vida era demasiado corta para luchar por su pueblo, recibe de manos de un viejo judío el elixir de la vida. *Fosca* lo bebe y de allí en adelante nada lo hará morir: ni la peste, ni las heridas de guerra, ni las cuchilladas de sus enemigos. En el siglo XIII ingiere la sustancia y en el XVIII todavía se le ve tomando parte activa en la revolución francesa. Pero nadie lo ama, pues es tenido por monstruo. Las mujeres, que en algún momento se sintieron orgullosas de saberse amadas por un inmortal (“*me llevará en su memoria por los siglos de los siglos*”, “*se acordará de mí siempre*”), advirtieron con desilusión que el señor de *Carmona*, no podía amarlas a ellas, pues amar, en el sentido profundo de la palabra, es entregar la vida por aquello que se ama. ¡*Fosca* estaba condenado a no ser más que un impotente! También los revolucionarios lo hacen a un lado: este hombre tampoco podía morir por la causa. *Fosca* queda solo, solo, solo. Y todo por no haber comprendido desde el principio que vivir humanamente es vivir en presencia de la muerte.

La lectura de este libro fue para mí una revelación. Comprendí su mensaje; se me hizo claro que no debía pedir *aquí* la inmortalidad;

175 BEAUVOIR, Simone de. *Todos los hombres son mortales*. Emecé, Buenos Aires 1951.

que, en vez de eso, debía apresurarme a hacer lo que tenía que hacer y dejar que Dios obrara el resto.

Mucho después leí la antología de cuentos. Allí me encontré uno que, para abreviar, trataré de resumir lo más posible:

Una vez Salomón, el rey sabio, se quejó a Dios por la brevedad de la vida. "Oh, Señor –gemía– esta vida es muy corta. Además me da miedo morir. ¿Es que no hay manera de escapar a este destino?" Dios escuchó la queja de Salomón y le envió un ángel que llevaba en la mano una copa resplandeciente.

–Salomón –dijo el ángel–, ¿ves esta copa? El Altísimo, que te ha escuchado, te ofrece el agua de la vida eterna. Si la bebes, serás inmortal; si en vez de beberla la tiras, no pasará nada y seguirás el camino de todo lo creado. Elige.

Salomón pidió una prórroga para consultar a los sabios de su pueblo. Todos le aconsejaron que sí, que cómo no, que la bebiera: no a cualquier hijo de vecino le hacía el Todopoderoso (Bendito sea) un regalo semejante. Únicamente *Benaia*, un anciano maestro, le pidió que se abstuviera de beber el agua de la vida.

Salomón no se esperaba esta negativa, así que pidió una explicación. *Benaia*, levantando el índice en señal de autoridad, dijo:

–Si tu vida no tiene fin, tus hijos, tus esposas y tus amigos, ¡oh rey!, partirán de tu lado. Cada día, cada semana, tendrás que lamentar una pérdida, y el incesante luto por quienes te rodean colmará tu vida de lamentos y de amargura. *Si no son inmortales aquellos que amas, ninguna felicidad puede reportarte tu propia inmortalidad.*¹⁷⁶

176 SCHLESINGER, Erna C. *La zarza ardiente. Leyendas y cuentos de Israel*. Espasa-Calpe, Buenos Aires 1950, p. 82.

Salomón por toda respuesta tiró el agua al suelo. Había comprendido la lección.

Sé que el símil no es muy afortunado, pero supongamos que desde hace días no deja de dolernos una muela. Ya hemos recurrido a todos los remedios caseros para hacer más llevadera la carga; ya compramos, además, todo el paracetamol de las farmacias, y ni con eso. Resulta que tenemos que ir al dentista. Una vez en el consultorio, sentados en un largo sillón coronado por un reflector que nos marea, seguimos lanzando discretos aullidos mientras el doctor sentencia que la cosa no tiene remedio, que hay que extraer la raíz mediante una laboriosa operación llamada endodoncia. Después de ella, es seguro que nunca más volverá a molestarlos esa muela. ¿Aceptaríamos o no la proposición del dentista? Pues algo semejante ocurre con esta vida. Después de 100 ó 150 años, por ejemplo, se haría demasiado dolorosa y al final tendríamos que ir con el Doctor para que pusiera remedio. Esta vida no está hecha para durar tanto, y "si los que amamos no son inmortales, de nada nos sirve nuestra propia inmortalidad".

Nos duele tener que morir, pero acaso nos dolería más, infinitamente más, en condiciones puramente humanas, no poder morir por más que lo queramos. Al menos para mí, no deseo la suerte de *Fosca*. ¿Quieren que la desee para ustedes?

Dios no nos ofrece, como a Salomón, el agua de la vida. Pero nos da el agua que manó del costado de Cristo, esa agua que brota para la vida eterna. Y, por eso, "aunque la certeza de morir nos entristece, nos consuela la promesa de la futura inmortalidad". Pues para quienes creemos en el Señor, "la vida se transforma, no se acaba; y disuelta nuestra morada terrenal, se nos prepara una mansión en el cielo"¹⁷⁷. En realidad, el Señor lo sabe, no queríamos otra cosa.

177 PREFACIO DE DIFUNTOS I. (*No se nos quita la vida, se nos cambia por otra mejor*). En *Misal Romano*. Conferencia del Episcopado Mexicano-Obra Nacional de la Buena Prensa, México *1998, p. 361.

Capítulo 20

Morir llenos de vida

Ante la inminencia de mi muerte, sólo me queda una cosa: apresurarme, ganarle tiempo al tiempo. No quisiera morirme con las manos vacías; al contrario, antes de cerrar los ojos por última vez, debo dejar *acabado* el ser que soy. La muerte es el punto final de mi biografía. Después de ella, seré lo sido. En esa página se cierra el libro y me es quitada la pluma. "Lo escrito, escrito está". Nada hay más por decir o por hacer.

"Soy como un estudiante que se presenta a examen sin haber hecho sus deberes. Sin haber preparado la lección... Me gustaría repetir el curso" –gime el moribundo rey *Berenguer* en una pieza teatral de Eugène Ionesco-. A lo que responde sabiamente la reina *Margarita*, su esposa: "Tienes que examinarte. Este curso no tiene repeticiones"¹⁷⁸.

¡Ay, no tiene repeticiones! Jamás volveré a nacer, a tener cinco años, a aprender a hablar, a ir a la primaria y a la secundaria y a la preparatoria, a vivir... Después tendré que examinarme. ¿Por dónde se escurrió *mi tiempo*, por qué grieta? Ayer apenas era un niño que se hacía en la cama y hoy ya tengo la edad en que mi muerte no le sorprendería a nadie...

Cuenta Eleni Kazantzakis que en los últimos meses de su vida, su padre, Niko, el gran escritor griego, sentía la tentación de irse a las esqui-

178 IONESCO, Eugène. *El rey...Op. cit.*, pp. 34-35.

nas de las plazas a mendigar minutos: "¡Por favor, dadme un cuarto de hora! ¡Aún me queda mucho qué decir, aún no he acabado mi obra!"¹⁷⁹.

Pero ni con todo el oro oculto en las entrañas de la tierra podemos comprar un solo segundo de vida. ¿Y por qué cuando tuvimos segundos en abundancia, es decir, cuando aún teníamos futuro, no los aprovechamos al máximo? ¡Ah, debimos haber vivido cada minuto como si fuera el último (pues, en cierto sentido, lo era)!

"La gran paradoja de la existencia humana –escribió Eduardo Nicol hace algunos años– es que debemos llegar a la muerte llenos de vida, es decir, ofrendándole a la muerte, a manos llenas, todo lo que nuestro *cuidado* ha obtenido de la vida"¹⁸⁰. ¿Por qué no le dije a mis seres cercanos lo tanto que los amaba? ¿Por qué a los otros que merodeaban en torno a mí para ser reconocidos como personas, no les dije: 'ustedes también sean conmigo'? ¿Por qué me aproximé tanto a unos y me oculté a los demás? ¿Por qué no escribí todo lo que tenía en mente escribir? Sí, mis constantes dolores de cabeza me lo impidieron; pero, ¿por qué no lo hice a pesar de ellos?

Aquel día, el último aquí en la tierra, no queremos que nos recuerden los saldos finales de nuestra cuenta bancaria. ¿Qué nos importarán en esos momentos los ceros a la derecha, si en lo esencial no fuimos mas que unos lamentables ceros a la izquierda? Cuando alguien nos hable de todo lo que *hicimos y dejamos*, protestaremos desde nuestra cama con las mismas palabras que la agonizante madre de Simone de Beauvoir: "No hay que hablar de esas cosas a los enfermos; no les interesa"¹⁸¹.

En aquél momento, sobre todo, queremos haber amado. Pero amado eficazmente y no solo de palabra. ¿Cómo? Habiendo *hecho* algo por

179 KAZANTZAKIS, Niko. *Carta al Greco* (prólogo). Carlos Lohlé, Buenos Aires 1963, p.10.

180 NICOL, Eduardo. *La vocación humana*. COLMEX, México 1950, pp. 9-10.

181 BEAUVOIR, Simone de. *Una muerte muy dulce*. Hermes-Sudamericana, México 1ª ed., 4ª reimp., 1988, p. 91.

los otros, los cercanos y los lejanos. Me convence esta manera de entender el amor: "Amar a un ser humano significa permitirle que coma, que beba, que se vista, que tenga una casa, que adquiera instrucción y cultura, que tenga seguridad social, que desarrolle libremente las dimensiones fundamentales de su existencia"¹⁸².

Según las estadísticas de 1997, en cuanto a pobreza y riqueza las cifras son más o menos las siguientes:

-En América Latina mueren a causa del hambre o de enfermedades no incurables (es decir, remediables) 100 niños cada hora.

-El número de prostitutas infantiles, tan sólo en los Estados Unidos de América, es de cien mil (100,000).

-Cada año, por lo menos un millón (1,000,000) de niñas (y niños) en el mundo pasan a engrosar el grupo de aquellos que se dedican a la venta de sus cuerpos (¿y de sus almas?).

-Doce millones (12,000.000) de niños menores de cinco años mueren anualmente a causa de anemias, diarreas y otras enfermedades ligadas al hambre.

-Tan sólo las 10 personas más ricas del mundo tienen en sus manos la riqueza equivalente al valor de la producción de 50 países.

-La ciudad de México (80% de pobres y 3% de ricos) es la capital de un país que más multimillonarios de fortuna súbita ha generado el mundo de los años noventas.

-Un solo rico mexicano posee la riqueza de diecisiete millones (17,000,000) de mexicanos pobres¹⁸³.

Lo confieso, me aterran estas cifras. Al final de nuestra vida nos

182 GEVAERT, Joseph. *El problema del hombre. Introducción a la antropología filosófica*. Sigueme, Salamanca 1984, p. 59

183 Datos tomados de GALEANO, Eduardo. *Patatas arriba. La escuela del mundo al revés*. Siglo XXI, México, 1998, pp. 17-30.

preguntarán si *hicimos* algo para que las cosas estuvieran a nuestro alrededor un poco mejores; si elegimos honrados en un mundo de ambiciosos. Eso también era amar.

Aqué! día quisiéramos morir en paz. Pero no con la paz de que hablan los libros pseudo optimistas de la Nueva Era. La paz no es cuestión de músicas ni de *mantras*: eso es *relax*, distensión o lo que sea, pero otra cosa. La paz verdadera es hija de la justicia. Y la justicia nace de pensar en el otro. ¿Cuál es el origen de las riquezas humanas? ¿Creemos, acaso que Dios ha hecho ricos y pobres? ¡No! Dios quería un mundo para todos sus hijos, un mundo justo. Pero he aquí por la avaricia de unos hay hambre y miseria por todos lados. Supongamos que tengo al alcance de mi mano un millón de monedas de oro que, por una orden suprema, deberán ser repartidas entre un millón de hombres. Las monedas son lindas y brillantes. Yo las quisiera todas. Poseerlas juntas en un inmenso baúl al lado de mi cama sería algo así como mi sueño dorado. Sé, sin embargo, que con una que tome de más, alguien se quedará sin la que por derecho le corresponde. ¿Qué epíteto merecería yo si tomara dos, o cien, o las que fueran? ¿No sería, por ventura, el de ladrón? Si quiero, pues, que la justicia exista, he de obligarme a pensar que los demás tienen la misma dignidad y las mismas necesidades que yo.

No obstante, si me paso de listo, el desorden se impondrá allí de una manera espantosa, ya que los otros, que no son tontos, dirán: "Bueno, si aquél tomó seis monedas, ¿por qué no he de tomar 10 ó 20?" En efecto, así es como se originan las riquezas terrenales: mediante un acto de despojo. Por último, los que hayan tomado un gran número de monedas, un poco para disculparse ante los ojos de todos, dirán que esa es la ley de la vida y se pondrán a elaborar enjundiosos tratados para probar que verdaderamente existe la *selección natural*, sin omitir sesudas explicaciones sobre lo que debe entenderse por la ley del más fuerte, un poco así como J. D. Rockefeller decía que "la naturaleza recompensa a los más aptos y castiga a los inútiles". Un predicador del siglo XVIII francés, el

padre Thomassin, recordando la enseñanza de los Padres de la Iglesia en torno a este tema de la pobreza y la riqueza, dijo una vez: "Si cada uno comprase y poseyese sólo lo necesario para su sostenimiento y el de su familia, no existirían los indigentes"¹⁸⁴ ;Verdad perenne!

El humorista español Julio Camba, que además de humorista era un fino observador de las sociedades, escribió en uno de sus artículos, refiriéndose a la mendicidad: "Yo no veo por qué la exhibición de mendigos haya de constituir un bochorno mayor que la exhibición de millonarios. Si la miseria es una vergüenza, la riqueza forzosamente tiene que ser otra"¹⁸⁵. En efecto, por un lado está la vergüenza de ser pobres en un mundo objetivamente rico (¿para qué, entonces, tantos bienes de consumo como producen diariamente; mejor dicho, para quién?) Es la vergüenza de la injusticia. Pero por el otro lado está la vergüenza de ser ricos en un mundo de pobres. Y ésta es la peor de todas, pues si aquella es asunto de mala *distribución*, ésta es asunto de pésimos *distribuidores*; aquella es abstracta, anónima; ésta, madre de la anterior, es tan concreta que podría explicarse citando algunos nombres conocidísimos.

Y, sin embargo, de lo que se trata es de no vivir (y morir) avergonzados. Para vencer esta vergüenza fundamental, la antigua sabiduría aconsejaba la austeridad de vida. "De cada uno según sus capacidades, a cada uno según sus necesidades", decía una sentencia programática de Karl Marx (1818-1883), el filósofo de Tréveris. Con todo, no creamos que es solo a partir del marxismo que hay en el mundo una especial preocupación por los pobres. Es más bien en el cristianismo donde los postergados adquirieron su verdadera grandeza. Cristo nació pobre, vivió entre los pobres, recomendó la pobreza (pues es muy difícil que un rico entre en el reino de los cielos: *Marcos 10, 23*) y fue sepultado en una tumba prestada.

184 GROETHUYSEN, Bernard. *Le origini dello spirito borghese in Francia*. Il Saggiatore, Firenze 1964, p. 288.

185 CAMBA, Julio. *Sobre casi todo*. Espasa-Calpe, Buenos Aires 1946, pp. 16-17.

Para los Padres de la Iglesia, la existencia de pobres y ricos no era solamente un fenómeno sociológico interesante: era un pecado que clamaba a la divina justicia¹⁸⁶, pues nadie debe tener más de lo que objetivamente necesita. "Lo que se sale de la necesidad es superfluo e inútil", decía el Crisóstomo; "nada es necesario ni forzoso si podemos vivir sin ello". Aquél día, en el examen de acceso a la eternidad, se nos dirá: "El pan que retuviste era del hambre. Los vestidos que guardabas en tus arcas eran del desnudo. El calzado que se pudrió en tu casa era del descalzo¹⁸⁷. ¿Por qué no diste todo aquello que no ibas a poder llevarte al cielo?"

Seamos sinceros. Los seres humanos estamos "diseñados" de tal manera que nuestra vida no es otra cosa que un continuo trabajar para los demás. Cuando yo muera, mucho me temo que nadie meterá en mi ataúd el auto que tanto me costó comprar, ni mi horno de microondas adquirido a plazos, ni la casa en la que viví por tanto tiempo y que aún sigue llena de mi presencia, ni mis libros...; Ah, mis libros! ¿Con cuánto trabajo los fui comprando de uno por uno! ¿Con cuánto trabajo conseguí, por ejemplo, el *Diario* de Kierkegaard! Y, sin embargo, alguien –sin quererlo y sin buscarlo– se quedará con él, con todos los otros, con todo lo mío. ¿Quién? ¿Trabajé para otro! Cuando salía radiante de las librerías con la nueva adquisición no estaba haciendo otra cosa que parecerme a una hormiga que acumula... para otro. ¿Todos y siempre trabajamos para otro! Y bien, si esto es así, ¿por qué no empezar a repartir el fruto de nuestro trabajo desde ahora, antes de que venga la muerte y nos lo quite?

Según muchos padres de la Iglesia, entre ellos San Juan Crisóstomo, es el hermano, sobre todo el hermano pobre, quien abre a los otros las puertas de la salvación; en otras palabras, que es el pobre el que

186 Para darse una idea de cómo pensaban y amonestaban los Padres a sus fieles en torno a este tema, lean los dos siguientes libros preciosos: GONZÁLEZ FAUS, José Ignacio. *Vicarios de Cristo*. Trotta, Madrid 1991, y GONZÁLEZ, Carlos Ignacio. *Riqueza y pobreza en obras selectas del cristianismo primitivo*. Porrúa, México 1988.

187 BASILIO, San. *Homilía sobre Lc.12, 18: Destruiré mis graneros y edificaré otros más grandes*. En GONZÁLEZ FAUS, Ignacio. *Vicarios de Cristo*, pp. 17-24; o bien: GONZÁLEZ, Carlos Ignacio. *Riqueza y pobreza en obras selectas del cristianismo primitivo*, pp. 33-40.

salva al rico y no al revés: "Dios te ha hecho rico. ¿Por qué te haces a ti mismo pobre? Te ha hecho rico para que socorras a los pobres, para que con tu liberalidad con los otros redimas tus propios pecados. Te ha dado dinero, no para que lo entierres para tu perdición, sino para que lo derrames para tu salvación"¹⁸⁸.

Esta bendición solemne es la que la Iglesia da a los nuevos esposos. Leámosla atentamente: "Que seais testigos del amor de Dios en el mundo, para que los pobres y afligidos, habiendo encontrado en vosotros ayuda y consuelo, os reciban con gratitud algún día en la casa eterna del Padre"¹⁸⁹. Ellos ya tienen allí un lugar; en él nos recibirán. El cielo, ante todo, es la casa de los pobres y de los afligidos. Son ellos quienes abrirán las puertas a los demás.

Que no se nos olvide *No se posee más que lo que uno da o aquello a lo que uno se da*¹⁹⁰. Demos, démonos; repartamos. Entonces moriremos como unos reyes, inmensamente ricos en lo único que cuenta.

¿Qué queremos ser? ¿Qué es lo que más nos gustaría hacer? ¡Démonos prisa!, porque "el tiempo de esta vida no es otra cosa que una carrera hacia la muerte, en la que a nadie se le permite parar un poco, o ir un tanto más despacio"¹⁹¹.

Apresurémonos, quizá mañana sea ya demasiado tarde. Aprovechemos el minuto presente. Hagamos hoy lo que quisiéramos haber hecho para dejar en paz esta vida. Un solo minuto de los que aún poseemos no lo puede comprar ni el petrolero árabe más rico. Con ese solo minuto hagámonos más ricos que él en las únicas cosas que valen.

188 CRISÓSTOMO, san Juan. *Ricos y pobres*. Lumen, Buenos Aires 1990. (Recomiendo también la lectura de esta obra; es una antología de las homilias del santo que tratan expresamente el tema de la pobreza y la riqueza).

189 "Por los esposos. En la celebración del matrimonio, formulario A". En MISAL ROMANO. Conferencia del Episcopado Mexicano- Obra Nacional de la Buena Prensa, México 1998, p. 690.

190 MOUNIER, Emanuel. *De la propiedad capitalista a la propiedad humana*. Carlos Lohlé, Buenos Aires 1984, p.32.

182 AGUSTÍN, San. *Doctrina de vida espiritual*. Emecé, Buenos Aires 1944, t.I, p. 329.

Capítulo 21

Dios pide perdón

Creámoslo. Dios no quiso un mundo sin nosotros, y por eso estamos aquí. ¿Qué el mal oscurece toda la belleza y toda la paz? ¡Estamos aquí! Si Dios no hubiera creído que *a pesar de todo* vivir vale la pena, jamás habría creado la vida. Es posible que no comprendemos ahora el sentido de cuanto nos sucede; no importa, lo comprenderemos más tarde. El mal es un misterio que no permanecerá velado eternamente.

Dios nos conduce. Si camináramos solos, nos perderíamos. Él nos lleva de la mano. El camino está lleno de abrojos y de espinas, pero no nos soltemos. Después será la luz y quedará claro por qué nos llevaban por ese camino precisamente y no por otro. Confíemos en Él, que es el conocedor y dueño de todos los caminos.

George Bernanos (1888-1948), el escritor francés, dijo un día en una famosa conferencia: "Hay en alguna parte del mundo, yo no sé dónde, una madre que oculta su rostro por última vez ante el vacío de un corazoncillo que ya no latirá nunca más, una madre junto a su hijo muerto que ofrece a Dios el gemido de una resignación obstinada, como si la Voz que ha arrojado las estrellas a la inmensidad como un sembrador arroja el grano, la Voz que hace temblar los mundos, acabase de murmurarle dulcemente al oído: *Perdóname. Un día tu sabrás, comprenderás, me darás las gracias. Pero ahora lo que espero de ti es tu*

*perdón. Perdóname.*¹⁹² Por el mal que sufrimos hoy, Dios nos pide perdón. Mañana conoceremos su sentido. Por lo pronto, aferrémonos a estas verdades: "Dios es bueno; si me trajo al ser es porque me tiene reservado algo mayor que esta existencia que hoy me duele; además, todo sucede para el bien de los amados de Dios". Si no somos capaces de decir esto desde el fondo de nuestro corazón, corremos el riesgo de volvernos locos. ¿Por qué esta enfermedad que me ha dejado en cama por más de un mes? ¿No lo sé! Pero *lucho* por creer que era conveniente que yo no saliera de casa durante ese tiempo. ¿Me iba a arrollar un camión, iba a estamparme en mi auto? ¿Iba a hacer algo de lo que después me arrepentiría toda la vida? ¿No lo sé! Pero tengo que decir: "Dios me guardó; mientras yo me quejaba, Él me protegía".

Había una vez un anciano labrador cuyo único tesoro era un caballo viejo. "Un día, el caballo escapó a las montañas. Cuando los vecinos del anciano labrador se acercaban para condolerse con él y lamentar su desgracia, el labrador les replicó: ¿Mala suerte? ¿Buena suerte? ¿Quién sabe? Una semana después el caballo volvió de las montañas trayendo consigo una manada de caballos. Entonces los vecinos felicitaron al labrador por su buena suerte. Este les respondió: ¿Buena suerte? ¿Mala suerte? ¿Quién sabe? Cuando el hijo del labrador intentó domar uno de aquellos caballos salvajes, cayó y se rompió una pierna. Todo el mundo consideró esto como una desgracia. No así el labrador, que se limitó a decir: ¿Mala suerte? ¿Buena suerte? ¿Quién sabe? Una semana más tarde, el ejército entró en el poblado y fueron reclutados todos los jóvenes que se encontraban en buenas condiciones. Cuando vieron al hijo del labrador con la pierna rota lo dejaron tranquilo. ¿Había sido buena suerte? ¿Mala suerte? ¿Quién sabe?"¹⁹³.

Todas las culturas conocen historias semejantes. He aquí otra de ellas: "Un día Akbar y Bírbal fueron a la selva a cazar. Al disparar la escopeta,

192 BERNANOS, George. "Nuestros amigos los santos" (Conferencia en Túnez, 1947). En *La libertad, ¿para qué?* Encuentro, Madrid 1989, p. 197. (*El subrayado es mío.*)

193 MELLO, Antonio de. *Sadhana. Un camino de oración*. Sal Terrae, Santander ³1993, pp. 155-156.

Akbar se hirió en el pulgar y gritó de dolor. Bírbal le vendó el dedo y le endilgó el consuelo de sus reflexiones filosóficas: Majestad (pues Akbar era el rey y Bírbal solamente su visir), nunca sabemos lo que es bueno o malo para nosotros. Al emperador no le sentó bien el consejo, se puso hecho una furia y arrojó al visir al fondo de un pozo abandonado. Continuó después caminando solo por el bosque, y en esto un grupo de salvajes le salió al encuentro en plena selva, lo rodearon, lo hicieron cautivo y lo llevaron a su jefe. La tribu se preparaba a ofrecer un sacrificio humano, y Akbar era la víctima que Dios les había enviado. El hechicero oficial de la tribu lo examinó al detalle y, al ver que tenía el pulgar roto, lo rechazó, ya que la víctima no había de tener defecto físico alguno. Akbar cayó entonces en la cuenta de que Bírbal había tenido la razón, le entró remordimiento, volvió corriendo al pozo en el que lo había echado, lo sacó y le pidió perdón por el daño que injustamente le había causado¹⁹⁴. (Confieso que yo jamás habría regresado al servicio de un rey tan caprichoso y tan poco fiel con sus servidores. ¿En qué momento se le iba a ocurrir echarme a otro pozo más hondo?).

Supongamos que el día de hoy nos hemos sacado la lotería y que mañana, al cobrar el premio, compramos un bonito automovil gris. Si al regresar a casa ocurriera que nos estampáramos en algún punto del trayecto, ¿nos consideraríamos afortunados por haberle pegado al *gordo*, como suele decirse? De nada digamos que es buena suerte hasta no haber visto lo que vendrá después; por la misma razón, tampoco digamos de nada que ha sucedido por nuestra mala suerte. Nosotros lo ignoramos todo. Hoy perdemos nuestro caballo, nuestro único tesoro, y lloramos desconsoladamente. No sabemos que dentro de muy poco Dios nos dará lo que ni siquiera imaginábamos. Hoy se va un amigo y nos sentimos perdidos. Ignoramos que era *necesario* que esto sucediera para que esa amistad demostrara de una vez su

194 VALLES, Carlos G. *Ligero de equipaje. Anthony de Mello, un profeta para nuestro tiempo*. Sal Terrae, Santander 6 1989, pp. 96-100.

verdadero valor. Hoy un ser querido se accidenta, se rompe la pierna y decimos que la vida es injusta, y ni siquiera se nos ocurre pensar que tenía que ser así para que no lo perdiéramos definitivamente. Hoy nos cortamos un dedo y sentimos que el mundo se nos viene abajo, sin imaginar que ha sido precisamente esa herida la que nos ha preservado de una calamidad mayor.

Dios es *providente*; es decir, ve hacia adelante, conoce nuestro futuro y sabe *por qué* debemos caminar hoy por este sendero que nos parece lleno de sufrimientos. Después lo sabremos, seguramente. Por el momento no nos queda otra cosa que plegarnos a su Voluntad con la inamovible certeza de que nada pasará que no sea para nuestro bien definitivo: nos ponemos, pues, en sus manos.

Él está allí, siempre está allí, sobre todo en los momentos de mayor oscuridad. Pero hay que saber verlo, saber descubrir su presencia en medio del drama. Uno de los *ejercicios espirituales* que mayor paz me ha dado siempre, es éste que propone el padre Anthony de Mello, jesuita, en uno de sus libros. (Se trata de afinar los ojos para ver a Dios en todas las cosas).

Vuelve a alguna escena del pasado en la que sentiste dolor o aflicción o daño o temor o amargura... Revive el acontecimiento... Pero esta vez busca y trata de encontrar la presencia del Señor en ese acontecimiento... ¿En qué forma se hace el Señor presente en ese hecho?

O imagina que el Señor en persona toma parte en la escena... ¿Qué papel representa? habla con él y pregúntale la significación de lo que está ocurriendo... Escucha lo que responde¹⁹⁵

195 MELLO, Antonio de. *Op. cit.*, p. 84.

Cuando aquella primera decepción, Él estaba allí. A la hora en que el médico buscaba las palabras para darme a conocer el diagnóstico, Él me veía. Estuvo junto a mí cuando los demás me rechazaron, cuando descubrí la traición, la falsedad, cuando las manos me temblaban de miedo y de coraje. En aquellos momentos, Él me tomaba de la mano y me conducía.

Estoy seguro de que me seguirá conduciendo en el futuro como un pastor lleva a su oveja al lugar del mejor pasto y del agua más cristalina. Así como estuvo conmigo en el pasado, así lo estará en el futuro. Esa es mi única esperanza; por eso "no temo aunque me cerquen los malhechores", aunque el porvenir se adivine opaco. Pese a que todos me digan que estoy solo, tremendamente solo, yo repito con el salmista: "Si paso por cañadas oscuras nada temo, porque tú vas conmigo" (*Salmo 23*).

Escribió Séneca en uno de sus *Tratados*: "Te he oído consolando a otros; ojalá pudiera conocer yo que te sabrás consolar a ti mismo cuando llegue el dolor"¹⁹⁶. Lo confieso sinceramente, no me dan miedo estas palabras del filósofo estoico, aunque tampoco crean que por haber escrito este libro dejaré de gritar cuando haya que hacerlo.

Tampoco está dentro de mis planes consolarme a mí mismo cuando el dolor venga, para mí, en su modalidad más insoportable. En mis planes está pedirle a Él que lo haga: yo no podría. Así como no me pude dar la vida a mí mismo, así tampoco podría darme consuelo. Lo mejor de la vida, aquello que plenifica y apacigua se recibe siempre de manos de otro.

196 SÉNECA, Lucio Anneo. *De la divina providencia*, IV. En *Tratados morales*. Espasa-Calpe, Buenos Aires 1943, p. 18.

Capítulo 22

La amabilidad es una forma de justicia

Creo firmemente en el poder de las palabras. Con Camus, estoy seguro que una palabra mal dicha, es decir, proferida con desagrado, es capaz de despertar todos los rencores y todas las amarguras que llevamos dormidas en el fondo de nuestro cansado corazón. Recordemos aquella gran verdad que dice así: "Hay muchas causas para un suicidio, y de una manera general, las más aparentes no han sido las más eficaces. Raramente se suicida uno por reflexión... Los periódicos hablan a menudo de 'pesares íntimos' o de 'enfermedad incurable'. Estas explicaciones son valederas. Pero sería necesario saber si ese mismo día un amigo del desesperado no le ha hablado con un tono de indiferencia. Ése es el culpable"...¹⁹⁷. Ignoro si estarán de acuerdo conmigo en esto, pero creo que el dolor sería más llevadero si tuviéramos a alguien a nuestro lado para ayudarnos a soportarlo. A veces he llegado a pensar que no es tanto el dolor el que nos hace proferir maldiciones contra la vida, cuanto el constatar que nos hallamos, en lo más duro de la prueba, terriblemente solos.

Un día conocí a una mujer que no hacía mas que reprocharle a su esposo su "maldita" enfermedad. El hombre padecía de cierta afección pulmonar, y el único comentario que podía hacer la mujer ante la reiterada tos del hombre pegado a su tanque de oxígeno, era: "¿Lo

197 CAMUS, Albert. *El mito de Sísifo. Ensayos sobre el absurdo...*Op. cit., p. 94.

ves? Tanto que te dije que no fumaras. ¿Te lo dije o no te lo dije? Podías haberme hecho caso. Pero no. En aquel entonces yo era una loca. Pero mírate ahora. ¿Te traigo un espejo? Eres una piltrafa. Y, sin embargo, es una la que tiene que pagar los platos rotos”.

¡Falso! La mujer no pagaba ni sobrellevaba nada. En todo caso, cargaba su propia cruz, la de tener un enfermo que la solicitaba constantemente, la de ya no poder salir ni ir al cine como en otro tiempo; pero de ninguna manera ayudaba a cargar la ajena.

¡Si nos diéramos cuenta del poder de nuestras palabras! Ellas son capaces de matar o de dar vida. Lo que queramos podemos hacer con ellas.

Hacia el año 1200, en Sicilia, Federico II Hohenstauffen, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, hizo un audaz experimento. Como quería saber cuál era la lengua primitiva de la humanidad, hizo que se criaran 12 niños con todos los cuidados necesarios, pero con la condición de que nadie les hablara (el emperador estaba seguro que si las cosas se hacían de ese modo, el lenguaje “original” surgiría espontáneo de sus labios infantiles). Pero al poco tiempo el experimento se malogró y no quedó un solo niño vivo. ¿Qué había estado mal? Federico II era un hombre rico, dispendioso, capaz de satisfacerle a los niños todas sus necesidades. Entonces, ¿por qué se fueron muriendo éstos de uno por uno? La respuesta es simple: les faltó la palabra. Sin el alimento de la palabra nos venimos abajo, desfallecemos, nos morimos.

Observemos que cuando nos hemos disgustado con alguien, la manera más común de mostrar nuestro enojo es aplicando la “ley de hielo”, negando la palabra. Como si intuyéramos que al obrar así ejerceremos una gran violencia, cometemos algo parecido a un asesinato: “No me interesas ya, para mí, estás muerto”.

Los bereberes tuaregs, hijos del desierto del Sahara, poseen una preciosa imagen para acercarse al misterio de la palabra humana. Dicen en uno de sus *Cantos* que la boca del hombre es “un pozo impuro

habitado por el demonio de la lengua", y, al mismo tiempo, "la vivienda sagrada habitada por el ángel de la palabra". Toda boca, pues, "guarda prisioneros a un demonio y a un ángel"¹⁹⁸. No se trata de abundar demasiado sobre este asunto, pero sí de dejar en claro que con nuestras palabras (y con la actitud que acompaña a las palabras) podemos prestar un gran servicio. Nada hay tan desconsolador que una palabra agria, que un reproche, que la ira y el rencor escurriéndose por entre los dientes.

De Henry James (1843-1916), el escritor inglés, se refiere que en cierta ocasión dijo a un sobrino suyo: "Hay tres cosas importantes en la vida: la primera, ser amable; la segunda, serlo siempre, y la tercera, nunca dejar de serlo".

Por supuesto que yo no diría tanto. Pero sí que, entre las cosas importantes de la vida, está la amabilidad, esa virtud en la que creo firmemente aunque no figure entre las tres virtudes teologales ni tenga un puesto propio entre las cuatro cardinales. Fe, esperanza y caridad; prudencia, justicia, fortaleza y templanza. Pero, ¿y la amabilidad? ¿Dónde, cuándo, se nos ha quedado rezagada, perdida, olvidada?

Los invito a que acojan a todos con amabilidad, con cortesía, con jovialidad. Les aseguro que no quedarán defraudados y que, acaso sin darse cuenta, habrán prestado un gran servicio. Si la justicia es necesaria para hacer menos pesado el dolor, la amabilidad es tan necesaria como la justicia.

Una vez vi por allí un libro acerca de "el beso" cuyo título, hermosísimo por otra parte, era *Sáname con tu boca*. Pues bien, no creo que el ruego que los que sufren nos dirigen (o que nosotros dirigimos a los demás en cuanto seres sufrientes) sea otro que ése. De la boca salen palabras de consuelo y con ella pueden confeccionarse, a modo de arcoiris, una deliciosa sonrisa. Cuando sufrimos no le pedimos al

198 *Cantos de los Oasis del Hogar*. Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, México 1997, p.52.

otro que nos cure, que nos alivie: sabemos bien que no puede hacerlo; queremos solamente que se interese por nuestro dolor, que esté a nuestro lado, que sea "amable", es decir, que se deje amar desde el abismo de nuestro sufrimiento. Nada más; el resto lo hacemos juntos Dios y nosotros.

De Cristo dijo un famoso autor de obras espirituales que era "la sonrisa del Padre"¹⁹⁹. La sonrisa se hizo carne y habitó entre nosotros.

Sonríamos, estemos con los que sufren y nos echan de menos. Hacemos falta allí, a un lado de su cama. Nuestra sonrisa y nuestra presencia serán en esos momentos más efectivos que cualquier discurso.

¡Quién nos diera a conocer el valor de una sonrisa franca, abierta, desinteresada! Si la recibimos, es como si Dios nos sonriera a través de los otros; si la damos, es como si nos convirtiéramos en Dios para los demás. Y en uno y en otro caso, es como si Él -como de hecho sucede- siguiera atento a los pasos del mundo sonriéndole.

Yo les aseguro que hay más alegría en el cielo por una sonrisa dada a tiempo, que por diez mil reproches lanzados a destiempo.

199 CARRETO, Carlo. *Más allá de las cosas*. Paulinas, Madrid 1969, p. 79.

Últimas recomendaciones

(PARA ACORDARSE DE ELLAS EN EL MOMENTO OPORTUNO)

Ahora quiero hablar yo. Ya no quiero citar a nadie, decir que otros dijeron que dijeron que dijeron. ¡Estoy harto y cansado! ¿De qué vale semejante palabrería si nos deja igual, si no nos libra de la muerte ni del miedo que causa el tener que morir?

Te pido un favor. A ti, que habiéndote forzado como todo un hombre has llegado a esta parte final del libro: En la hora en que mi corazón se vuelva loco, cuando el oncólogo se desespere y las radiaciones ya no sirvan para nada; en el momento en que las enfermeras busquen bajo las venas del brazo mi pulso perdido; cuando dé lo mismo que exista o no el sedante, tú no me abandones.

Aunque me veas con los ojos cerrados estaré oyéndote por detrás de los párpados. Desde allí estaré contigo.

Tómame del brazo. No importa que traiga el batín puesto. Déjame sentir un poco de calor en esa estancia que los reflectores no hacen menos fría. Yo te escucharé a pesar del ruido de los aparatos, de la pantallita que registra mis latidos. Estaré atento no a tus labios, pero sí a tu voz. No me digas tu nombre; acaso no podría recordarlo. Pero no importa. Estate conmigo.

Aquél día, por favor, no me recuerdes la existencia de este libro. Tendría que portarme a la altura de lo que dije y acaso mis fuerzas no den para tanto. Háblame mejor de quien me espera. Invítame a arrojarme a sus brazos para que no tema dar el salto. Trátame como si

fuera un niño al que le dan miedo las cosas nunca vistas. Tú no me fuerces. Me va a dar miedo saltar, pero tú estate allí. Contigo a mi lado todo va a ser más fácil. Sólo ténme un poco de paciencia y yo lo haré todo por mí mismo.

Y cuando lo haya dado, cuando me veas allí sin ya estar, alégrate por mi causa. No pienses en otra cosa, que no te alarme el monótono chillido del monitor. Únicamente ciérrame la boca o los ojos y dime adiós. Esa será para mí la mejor prueba de tu amistad.

*Por acuerdo del señor Rector
de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí,
Ing. Jaime Valle Méndez,
el libro Devuélveme la alegría, de Juan Jesús Priego
se terminó de imprimir el 31 de octubre
de 2001 en los Talleres Gráficos de la
Editorial Universitaria Potosina.
Se imprimieron 1000 ejemplares.*





*Editorial
Universitaria
Potosina*